



H

I

S



T

O



MARÍA SILVIA LEONI
TOMÁS ELÍAS ZEITLER

R

I

O



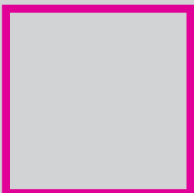
G

R

A

Historia de la Historiografía

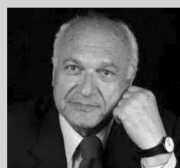
APUNTES DE CÁTEDRA ● HUMANIDADES



F

í

A



Historia de la Historiografía



Leoni, María Silvia

Historia de la historiografía / María Silvia Leoni ; Tomás Elías Zeitler ; editado por Natalia Passicot. - 1a edición para el alumno - Corrientes : Editorial de la Universidad Nacional del Nordeste EUDENE, 2023.

Libro digital, PDF/A - (Apuntes de Cátedra)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-656-228-1

1. Historiografía. 2. Estudios. 3. Historia. I. Zeitler, Tomás Elías. II. Passicot, Natalia, ed. III. Título.

CDD 907.209

Coordinación editorial: Natalia Passicot

Corrección: Irina Wandelow

Diseño y diagramación: Julia Caplan

REUN
Red de Editoriales
de Universidades
Nacionales



© EUDENE. Coordinación General de Comunicación Institucional,
Corrientes, Argentina, 2024

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

25 de Mayo 868 (CP 3400) Corrientes, Argentina.

Teléfono: (0379) 4425006

eudene@unne.edu.ar / www.eudene.unne.edu.ar

Historia de la Historiografía

MARÍA SILVIA LEONI
TOMÁS ELÍAS ZEITLER



LIBRIS

ESTE LIBRO PERTENECE A

.....

.....

APUNTES DE CÁTEDRA



FACULTAD DE HUMANIDADES



Índice

Presentación	6
Capítulo 1. La historia de la historiografía como una subdisciplina <i>María Silvia Leoni</i>	7
Capítulo 2. La historiografía en la segunda mitad del siglo XX. Braudel, Thompson, De Certeau <i>Elías Zeitler</i>	29
Capítulo 3. Historiografías sobre el pasado reciente: Europa, América Latina y Argentina <i>María Silvia Leoni y Elías Zeitler</i>	53
Capítulo 4. Las historiografías regionales y provinciales. Chaco y Corrientes, de los inicios a la profesionalización del campo historiográfico <i>María Silvia Leoni</i>	80

Presentación

Este libro forma parte del material de estudio de la cátedra de Historia de la Historiografía e incluye distintos temas correspondientes a diferentes unidades del programa teórico y del de trabajos prácticos. En todos los casos, su elaboración ha venido a cubrir la inexistencia de material de este tipo para uso de los estudiantes.

El primer capítulo expone un panorama general de la historia de la Historiografía, que supone un trabajo de síntesis y sistematización de una gran cantidad de reflexiones y propuestas historiográficas de diversos autores, así como de herramientas analíticas para el abordaje de la HH.

El segundo capítulo se refiere a tres historiadores claves del siglo XX: Fernand Braudel, Edward Thompson y Michel de Certeau. Se ofrecen los insumos necesarios para el abordaje práctico.

En tercer lugar, proporcionamos algunos aspectos teóricos y una síntesis del desarrollo de la historia reciente, especialmente en el ámbito argentino, por considerarlo un material útil tanto para la enseñanza del nivel como para los cursos de actualización sobre esta temática que venimos realizando.

Por último, sobre la base de nuestros trabajos de investigación, elaboramos un capítulo dedicado a las historiografías de Chaco y de Corrientes, en el que se proporciona un esquema de sus respectivos desarrollos y se reseñan las principales instituciones y los autores, sintetizando así información dispersa.



Capítulo 1. La historia de la historiografía como subdisciplina

MARÍA SILVIA LEONI

... una disciplina específica, autónoma, enriquecedora y apasionante.

Charles-Olivier Carbonell

El concepto historia de la historiografía (HH) apareció a principios del siglo XX para designar una rama de la historiografía que estudia la marcha de esta disciplina dentro del desarrollo histórico general. Su objeto de estudio es, por lo tanto, la propia disciplina histórica. Las actuales discusiones teóricas en torno de la HH buscan responder al planteo sobre su pertinencia como un campo autónomo o como una subdisciplina de la historiografía.

La expresión se deriva de dos significados atribuidos al término *historiografía* en el siglo XIX: 1) escritos históricos (en Alemania); 2) historia literaria de los libros de historia (Francia). Esta denominación busca reemplazar la expresión de uso frecuente «historia de la historia».

Aunque inicialmente su objeto central han sido los historiadores y sus escritos, la expresión HH ha acabado por adaptarse a los cambios producidos en la disciplina histórica y hoy alude a una rama que examina su propia historia en todas sus dimensiones. Krzysztof Pomian (1975) marcó la ampliación del campo al señalar que la HH es una ciencia del conjunto de las prácticas del historiador que debe:

colocar en el centro de sus investigaciones la interacción entre el conocimiento, las ideologías, las exigencias de la escritura, en suma, entre los aspectos diversos y por momentos discordantes del trabajo del historiador y que al hacerlo debiera permitir lanzar un puente entre la historia de las ciencias y la de la filosofía, la literatura, tal vez el arte. O mejor: entre una historia del conocimiento y de los distintos usos que de él se hacen. (p. 952)

El campo de la HH ha continuado ampliándose. De esta manera, hoy se la concibe «como un terreno sin fronteras, un campo de problemas que analiza la escritura de la historia desde puntos de vista tan variados como la historia cultural e intelectual o la historia política y la biografía, pasando por la epistemología y la teoría social, la antropología, la sociología y la historia de las ciencias» (Universidad de Zaragoza, 2010, párr. 7).



Hace más de una década, Alejandro Cattaruzza (2003) mapeaba el campo de la historia de la historiografía y advertía que, además del análisis de la producción historiográfica, aquella buscaba

desplegarse sobre frentes múltiples: las condiciones de producción y la constitución del discurso acerca del pasado; la relación entre los productos de la historia profesional y el mercado de bienes culturales, la organización de «lugares de la memoria colectiva», los aspectos institucionales que impactan en la producción historiográfica y las conexiones que esas particulares instituciones sostienen con los demás sectores del mundo cultural y científico. (p. 204)

Para Alfonso Mendiola (1996), la HH es una reflexión acerca del quehacer del historiador, un modo de preguntar por el tipo de conocimiento que produce la ciencia histórica, ya que la historiografía debe ser entendida históricamente. Su importancia radica en que constituye una nueva forma de autoconciencia de la historiografía, propia de la segunda mitad del siglo XX. Este planteamiento impide la ilusión de pensar que el pasado habla por sí mismo. La HH nos revela hasta qué punto el discurso histórico es, por naturaleza, inestable; previene al historiador contra la ingenuidad y facilita su introspección, al interrogarse sobre las condiciones, los medios y los límites de sus conocimientos, para percibir con mayor claridad cómo se escribe la historia. Así, la HH se ocupa básicamente de las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico y de las formas de producción de la verdad histórica.

En unos momentos de mutación y cambio (crisis) de las ciencias sociales, las perspectivas de la historiografía están estrechamente ligadas a su capacidad de legitimar su situación disciplinar y afirmar la concepción del conocimiento histórico como una investigación racional y universal sobre el curso de las transformaciones humanas. Así, frente a una situación de transición histórica, la historiografía se ve obligada a mirarse en el espejo; en este sentido, la HH:

ha promovido y apoyado también la más clara autoconciencia de lo que hoy significa ser historiador y dedicarse a la práctica de la historia, autoconciencia [...] que no es sólo su pérdida definitiva de la «inocencia», sino y sobre todo la base para que ella pueda ahora proyectarse también con plena conciencia, en los campos antes marginados de la vasta y masiva divulgación histórica, en el terreno de la enseñanza y de la pedagogía de la historia, en el trabajo de construcción museográfica y de rescate y conservación de los vestigios del pasado, y en el espacio de la tarea de transmisión y conservación de los recuerdos, de construcción de la memoria histórica y de restitución del nexo vivo entre los múltiples «pasados» y nuestro presente. (Aguirre Rojas, 2000, p. 152)

Por lo tanto, la HH no es sólo la historia de los estudios históricos, un mero examen de obras históricas, sino también la historia de la *cultura histórica*: considera cómo el conocimiento de la historia y la actitud del hombre hacia el pasado han influido sobre el curso de las cosas en las distintas épocas. La HH se interroga sobre nuestra vinculación con el

pasado, el sentido del tiempo y la conciencia de ser parte de un hilo histórico. Valdei Lopes de Araujo propone como objeto propio de la HH pensar las diferentes formas de acceso al pasado y cómo la *experiencia histórica* revelada en esos momentos puede ser estudiada por una investigación de las formas de continuidad y discontinuidad histórica (Lopes de Araujo, 2006).

En este sentido, Massimo Mastrogrerori (2006, p. 94) define a la historiografía como una de las expresiones de la *tradición de recuerdos*. Los textos de historia forman parte de un desenvolvimiento histórico más general, amplio y variado, en el que otras actividades de diferente naturaleza también juegan un papel: ceremonias, crónicas, bibliotecas, imágenes, excavaciones. La tradición comprende tanto la conservación como la destrucción, la memoria y el ocultamiento. Como objeto de estudio, el abordaje de la «tradición de recuerdos» abarca las condiciones de transmisión de los recuerdos, en relación con la historia política, social, económica y religiosa. La historiografía es, por lo tanto, una manera específica de manifestar la conciencia histórica.

Mendiola (1996) reconoce cuatro supuestos sobre los que se asienta la HH, según los cuales la historiografía:

1. es un saber situado, se inscribe en la dinámica de la sociedad;
2. debe estudiarse a partir de las prácticas que posibilitan su realización, aquello que hace el historiador cuando hace libros de historia;
3. cumple una función social en cada época;
4. es un proceso comunicativo contextualizado, para analizar el discurso historiográfico, debemos conocer el mundo de la producción, la circulación y el consumo de los discursos.

La HH es así una especialidad-guía. Una avanzada de las investigaciones históricas dedicada a explorar las complejidades de la escritura del pasado y orientar a los/as historiadores/as (investigadores, docentes en los diferentes niveles) acerca de las experiencias y las expectativas de futuro que construyen su profesión.

En su formación, el especialista en historia requiere un sólido dominio historiográfico: en la actualidad, no se concibe un investigador o un profesor que no sea capaz de realizar la crítica historiográfica de las obras, los historiadores o los problemas históricos a los que se tenga que acercar en su trabajo.

Podemos señalar tres funciones que puede cumplir la HH en este sentido, según H. W. Blanke (2006, pp. 33-35).

1. Afirmativa: afirmar, fundamentar la propia ideología o perspectiva;
2. Crítica: de modelos tradicionales o redescubrimiento de autores marginales o de precursores ignorados;
3. Ejemplar: ofrecer material ilustrativo para la reflexión teórica.

La HH debe servir también para instruir a los diferentes públicos lectores. Para ponerlos en guardia ante la aparición de las modas ahistóricas y la invasión del mercado editorial por productos que confunden divulgación con vulgarización e invención. Y para recordarles que, como en todas las actividades culturales, son libres de elegir entre las distintas propuestas editoriales.

Los nuevos intereses historiográficos se vinculan con la emergencia de la memoria experimentada en las últimas décadas y con la circunstancia de que los distintos grupos sociales, políticos, étnicos han ido modificando sus relaciones con el pasado. Estos cambios han tomado diferentes formas que se manifiestan, por ejemplo, en la crítica a las versiones oficiales de la historia, el reclamo por la recuperación de un pasado que se denuncia ocultado la ocurrencia de conflictos en torno a lugares simbólicos, la proliferación de museos, la preocupación por la preservación del patrimonio cultural y las luchas por «memoria, verdad y justicia» (Allier Montaño y Crenzel, 2015).

DESARROLLO DE LA HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA

El desarrollo de la HH ha sido lento debido a la ausencia de reflexión metahistórica que ha caracterizado la tradición disciplinar. Si bien hay antecedentes en el Humanismo (La Popelinière, Vossius, Simonetti), la HH se inicia con la Ilustración, con L. Wachler, a partir del cual se caracteriza como una competencia teórica, que se dedicará a diversos aspectos de la teoría de la historia.

Como bibliografía histórica o como historia literaria de la historia, la HH se desarrolló ya a lo largo del siglo XIX, cuando comenzaron a crearse genealogías de maestros y discípulos, y a realizarse análisis sobre el pasado y presente de las investigaciones efectuadas. Así, Leopoldo von Ranke insertó un apéndice a sus *Historias de los pueblos romano-germánicos de 1494 a 1514* (1824), titulado «Para una crítica de los modernos historiadores».

A fines del siglo XIX se inició un proceso en el que confluyeron la democratización de la cultura, la afirmación de los Estados nacionales, el desarrollo de las ciencias naturales y la difusión del historicismo. El resultado de este proceso fue la profesionalización de los estudios históricos y su transformación en disciplina académica. La HH también es resultado de esta transformación comenzó a desarrollarse entonces para trazar el progreso de la investigación histórica desde la antigüedad hasta su forma científica moderna. Arnaldo Momigliano (1984, p. 464) sostiene que «el inevitable corolario del historicismo es la HH como un modo de expresar la conciencia de que los problemas históricos tienen ellos mismos una historia».

En estos primeros trabajos, el análisis y el juicio sobre un historiador y su obra remitía a su horizonte intelectual y a la capacidad de comprensión del pasado que podía evaluarse en dichas obras. Entre dichos trabajos, se destacan Gabriel Monod, quien es autor de *Du progrès des études historiques en France depuis le XV le siècle* (1876), y Camille Jullian, de *Extraits des historiens français du XIXe siècle* (1897).

Entre los nombres paradigmáticos de la HH, ya a comienzos del siglo XX, se encuentra el del suizo Eduard Fueter, con su *Historia de la historiografía moderna* (1911) —una obra muy novedosa en su momento—, donde estudia los historiadores desde Petrarca hasta Burckhardt. Se plantea observar la obra de los historiadores por sí mismas y tratar las direcciones más importantes de la historiografía a través de los principales autores. A Fueter (1953), abierto a las nuevas corrientes, le interesaban la historia económica y social y aquellos historiadores creadores de síntesis de grandes procesos.

Benedetto Croce, filósofo italiano neoidealista, inició la reflexión sobre el objeto de la HH en su *Teoría e historia de la historiografía* ([1915] 1953). Insistió en la importancia de la HH, la necesidad y la posibilidad de esta segunda profundización crítica por parte de los historiadores, como escala y gradación para acceder a través del reconocimiento de las interpretaciones, de su ambiente general cultural y social, a una exposición y a un juicio bien informados y autónomos, libres de repeticiones y homenajes a metafísicas y metodologías derivadas no de la técnica y de la experiencia, sino de principios filosóficos y escolásticos. Atribuyó esta importancia a la «contemporaneidad» de las operaciones intelectuales del historiador. En su obra, se propuso «por un lado, establecer, en forma exacta... el método de semejante historia, en torno al cual veo que persisten, aun entre los mejores, algunas confusiones y perplejidades... y, por otro, delinear sumariamente sus períodos principales» (Croce, [1915] 1953).

Frederick Meinecke (1982), historiador alemán, es autor de un trabajo clásico, *El historicismo y su génesis* (1936), atento a «los principios estructurales y de los criterios de valoración sobre los que descansaban la historiografía y el pensar histórico general». Se dedicó a la historiografía cuando se debatía en Alemania el método de las ciencias del espíritu.

En Francia, la HH fue inicialmente marginal, cuando no ignorada, por ser considerada más bien un campo de literatos. Los análisis se caracterizaron por ser escasos, rápidos, limitados y sin perspectiva histórica. No obstante, la HH contó con dos grandes defensores: Henri Marrou y Georges Lefebvre (1974). Este último dictó un curso en la Sorbona entre 1945 y 1946, publicado con el título de *Nociones de historiografía moderna* (1946), reeditado en 1971 como *El nacimiento de la historiografía moderna*. Por su parte, Marc Bloch se preocupó desde los años 30 por la cuestión de la mentalidad histórica, que analizó con respecto a la sociedad feudal.

La HH tuvo un desarrollo importante en Italia. En las décadas de 1940 y 1950, Arnaldo Momigliano dedicó estudios a la historiografía griega y su relación con la historiografía moderna.

En España han sido pioneros los trabajos de José María Jover Zamora y Juan José Carreras Ares, y se destacaron algunos centros universitarios dedicados a su estudio, como la Universidad de Zaragoza.

En los Estados Unidos, la historia intelectual ha tenido un prestigio mayor y más temprano que en Europa, por lo que ese país contó con especialistas en HH, como Harry E. Barnes, quien publicó *Historia de los escritos históricos* (1937).

En América Latina, la HH tuvo un precoz desarrollo en la segunda mitad del siglo XIX. Son testimonio de ello los trabajos de Manuel Larraínzar (1865) en México, Rafael Seijas (1895)

en Venezuela y José de la Riva Agüero (1910) en Perú. Ya en el siglo XX, son expresivas de una tendencia clara hacia el examen retrospectivo de las formas de escribir la propia historia las obras del argentino Rómulo Carbia (1925) y del cubano José M. Pérez Cabrera (1959).

En el cuarto de siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial, la HH se eclipsa debido a que, en el marco de la búsqueda de la convergencia entre historiografía y ciencias sociales, interesaron más las reflexiones sobre el método histórico. Pero en la década de 1970, los estudios de HH comenzaron a ser vistos como un terreno especial de investigación. Según Gonzalo Pasamar Alzuria (2004), esto se debió a varios factores; por un lado, las propias tensiones y búsquedas dentro del grupo de los historiadores intelectuales norteamericanos, que se plantearon la alternativa de vincularse con las ciencias sociales o emanciparse de ellas a través de los métodos lingüísticos; por otro, las transformaciones que sufrió la disciplina histórica en Europa. El canadiense Serge Gagnon (1973) encontró la causa principal del interés despertado por la HH en la proliferación de presupuestos relativistas o subjetivistas entre los principales historiadores del siglo XX. Al sentido de la retrospectiva se le uniría el de la relativización de las concepciones vigentes, al comprobarse el abismo existente entre la realidad histórica y su conocimiento. Se planteó entonces el problema de la objetividad y la verdad en el campo historiográfico. Como señala Enrique Moradiellos (1996), la historia se aparece como una serie de nuevas lecturas sobre el pasado, llenas de pérdidas y resurrecciones, de vacíos de memoria y de revisiones. Charles-Olivier Carbonell (1997) asegura que las influencias contradictorias y antagónicas de Croce, el marxismo y la Nueva Historia «han conducido a la relativización del conocimiento histórico y, en consecuencia, a la necesidad de un saber en evolución».

Marcaron un punto de inflexión en Francia las obras de Charles-Olivier Carbonell, *Historia e historiadores. Un cambio ideológico de los historiadores franceses 1865-1885* (1976), y de Bernard Guenée, *Historia y cultura histórica en el Occidente Medieval* (1980). No sólo muestran la complejidad del mundo de los historiadores, sino que también examinan la cultura histórica: Guenée la recepción de las obras históricas en el medioevo y Carbonell, la opinión histórica con respecto a la guerra franco-prusiana. El reciente desarrollo de la HH en Francia se debe al creciente proceso de autoindagación, en los intentos de volver a examinar la construcción de las historias nacionales.

Georg Iggers, nacido en Alemania y radicado en Estados Unidos, coeditor de la revista *Storia della Storiografia*, es autor de *La concepción alemana de la historia* (1968), *Nuevas direcciones en historiografía europea* (1975) y *La ciencia histórica en el siglo XX* (1995), en las que analiza cómo la historiografía ha avanzado desde su matriz decimonónica a la pluralidad científico-social.

A partir de los 80, debido a las corrientes posmodernas, se enfatizó la relación entre los textos y los productores de textos, por encima de la relación entre los textos y la realidad que ellos representaban, al considerar que el pasado no existe históricamente fuera de las apropiaciones textuales y constructivas de los historiadores. Ejerció una gran influencia la obra de Roland Barthes, *El discurso de la historia* (1968), que decodifica las operaciones discursivas mediante las cuales los historiadores producen los «efectos de realidad» de

sus obras. En esta línea se sitúa la producción de Hayden White, con su ya clásica *Meta-historia* (1973).

Por otro lado, se ha señalado que estamos inmersos en la *era de la conmemoración*, del patrimonio y la memoria. La reciente apertura de las discusiones sobre el pasado hacia el espacio político y los medios de comunicación ha impulsado el uso de la vía teórica para hacer frente a los desafíos ético-morales surgidos de la irrupción en la esfera pública de temáticas surgidas desde la historia reciente (genocidios, Holocausto, verdugos, víctimas, campos de concentración, fosas comunes). Y, de manera más general, ante la aparición sistemática de las deformaciones de la historia con fines políticos y la instalación de un relativismo que afirma que «cualquier opinión es igual de válida a cualquier otra posible, con independencia de los hechos».

Se ha planteado la necesidad de reflexionar sobre la crisis del orden temporal contemporáneo, simbolizada en la fecha de 1989. Otro hito es el 11S de 2001, caracterizado por la instalación del «presentismo», esa interrogación permanente sobre el tiempo presente. Estas relaciones de la sociedad con el tiempo son una de las vías de análisis privilegiadas para la HH.

Jörn Rüsen señala que la mayoría de los trabajos han venido siendo elaborados dentro de la estructura de una historia nacional y que emerge una perspectiva más amplia que incluye la historiografía europea u occidental y la historiografía de culturas no-occidentales; en este último caso, se trataría principalmente de un único país o una única cultura –China o India, por ejemplo–. Los estudios comparativos son raros. Entre las razones, menciona: la dificultad de aplicar habilidades de investigación especializada a culturas históricas diferentes y el dominio del pensamiento histórico occidental en los estudios históricos en países no occidentales. Esta dominación arrastra el interés académico hacia los orígenes y el desarrollo del modelo moderno de pensamiento histórico (Rüsen, 2006). No obstante, la necesidad creciente de comparación intercultural por causa del gran aumento de la comunicación internacional e intercultural, ha despertado la preocupación por los estudios comparativos y una profundización en su metodología. El desarrollo de la historia global desde fines de la década de 1980 incidió también en esta mirada de la HH.

En las últimas décadas, se ha producido un importante aporte a la reflexión historiográfica desde los Países Bajos, con las Universidades de Groningen y de Leyden, con autores como Frank Ankersmit (2005), Cris Lorenz y Herman Paul (2016). Este último se aproxima a la historia de la historiografía contemporánea a partir de investigaciones principalmente focalizadas en sus aspectos teóricos que abarcan desde los procesos de profesionalización hasta los debates epistemológicos actuales.

Por otro lado, más recientemente se ha comenzado a estudiar la función que ha cumplido la historiografía en la definición de los imaginarios regionales y provinciales. En este sentido, resultan de interés los trabajos desarrollados por autores españoles y latinoamericanos. Para Carlos Forcadell Álvarez, el «provincialismo» constituye un campo de análisis de incumbencia de la historia de las culturas políticas, la historia sociocultural y la historia de las identidades y su abordaje es una manera de reflexionar sobre el papel de la memoria en la configuración de proyectos políticos y de estos en la imaginación de identidades. De esta

manera, se han podido ir estableciendo las particulares prácticas de integración cultural a la nación que se realizaron desde los distintos espacios en diferentes momentos.

Las indagaciones sobre los «usos del pasado» y las «políticas de la historia» constituyen, en la actualidad, una de las áreas de mayor crecimiento en la investigación y en el debate historiográfico, que incluye la reflexión sobre la función social del historiador, así como sobre el papel del Estado y de distintos actores sociales en el diseño de políticas públicas sobre el pasado, fundamentalmente para tramitar el pasado de violencia: comisiones de verdad, juicios y políticas de reparación leyes y referéndums, manifestaciones, políticas educativas y constitución de lugares de memoria.

Uno de los trazos compartidos por los distintos proyectos historiográficos de vanguardia es el del claro florecimiento y expansión en su seno de la HH, observable en la fundación de revistas consagradas a este campo, el incremento de las secciones destinadas al mismo, el surgimiento de asociaciones y redes, y en la organización de eventos de la especialidad. El prestigio de la HH aumentó en 1980, con la creación de una comisión de HH en el seno del Comité Internacional de Ciencias Históricas, patrocinadora inicial de la revista *Storia della Storiografia* (1982) y de posteriores congresos internacionales. En Brasil, la Sociedad Brasileña de Teoría e Historia de la Historiografía (SBTHH), en asociación con universidades, publica *Historia da Historiografia*. Por su parte, la Red Iberoamericana de Historia de la Historiografía es un ejemplo de los vínculos entre distintos centros e investigadores dedicados a la subdisciplina.

Otras revistas especializadas que podemos destacar son: en Francia, *Espaces Temps*; *Cahiers Marc Bloch*; en Italia, *Storia della storiografia*, *Rivista di storia della storiografia moderna*; en España, *Manuscrits*, *Historia Social*, *Historiografías*; en Inglaterra, *History and Theory*, *History Workshop*; en Estados Unidos, *Review*; en México, *Historia y grafía*.

En Argentina, luego del trabajo pionero de Rómulo Carbia, la HH no se desarrolló como subdisciplina hasta las últimas décadas, a partir de los aportes iniciales de Tulio Halperin Dongui y Fernando Devoto (2007). Según Alejandro Eujanian (s/d):

En los últimos veinticinco años, la historia de la historiografía argentina experimentó una renovación alentadora, acorde con las transformaciones que desde antes se venían produciendo en otros campos de la historiografía y de las Ciencias Sociales. Esos cambios fueron el resultado de la recepción de herramientas, enfoques, conceptos y problemas que afectaron a la historia cultural e intelectual en su conjunto: el abandono de una perspectiva genealógica e historizante; el desplazamiento desde los textos canónicos y los autores consagrados a las representaciones del pasado y sus usos; la atención a las interpretaciones considerando los contextos de recepción y producción, los canales de circulación y los diversos lenguajes y soportes utilizados; el estudio de las prácticas, los actores y las instituciones dedicados a producir, difundir y debatir acerca de esas representaciones.

Sin embargo, el área de investigación así conformada continuó siendo relativamente acotada en cuanto a sus temas y, sobre todo, en lo que respecta al espacio en el que concentró su interés. La nación fue el territorio y el problema central y, en ambos sentidos, la referencia

fue Buenos Aires. Había motivos para ello. Allí estaban radicados quienes impulsaron esa renovación; a ese espacio atendieron la mayor parte de los trabajos que habían abordado el tema desde los propios orígenes de la disciplina; allí se habían iniciado los procesos de especialización, institucionalización y profesionalización de las disciplinas dedicadas al estudio del pasado. El caso de Buenos Aires, por otra parte, parecía más compatible con las experiencias europeas y norteamericanas que servían de referencias teóricas y metodológicas, además de definir los problemas que alentaron la reflexión sobre la situación nacional. Por estos motivos, los estudios historiográficos hicieron foco en tres procesos articulados y a la vez analíticamente diferenciables: la formación de los Estados nacionales, la elaboración de relatos y representaciones sobre los orígenes de la nación, y la progresiva transformación de un oficio en una disciplina y luego en una profesión amparada por el Estado y, al mismo tiempo, relativamente autónoma de él.

La inserción de la HH en el campo historiográfico argentino se manifiesta en su inclusión en los planes de estudios universitarios, la conformación de grupos de investigación en el área y una creciente producción. Desde 2015, se realizan las Jornadas Nacionales de Historiografía que reúnen a especialistas en teoría e historia de la historiografía y publica las actas.

Según Mastrogregori (2006, p. 91), desde sus inicios, la HH presenta una situación en apariencia paradójal, que puede resumirse en cuatro puntos:

1. Se han empleado numerosos métodos diferentes, en medio de animadas discusiones, sin que ninguno haya logrado imponerse.
2. Las publicaciones son numerosas.
3. La circulación de los resultados es limitada, aún entre los historiadores profesionales.
4. El interés del público culto no especializado es sumamente débil.

Cuestiones teóricas y conceptuales

Mastrogregori (2006, pp. 91-93) distingue dos modelos de HH, que acotan sus principales territorios y que pueden combinarse: el que la inserta dentro del campo de la historia intelectual y el que la ve como una sociología de la ciencia.

El primer modelo otorga prioridad a la historia de las ideas y se concentra en tres componentes: 1) la erudición y el método histórico; 2) las ideas filosóficas y 3) los géneros literarios. Varía según el autor el énfasis puesto en cada uno de dichos componentes. Veamos cada uno de ellos:

1. Con una detallada investigación sobre cuestiones metodológicas, la HH se ha ido aproximando a la historia de la ciencia. Esta aproximación más teórica, directamente conectada con la epistemología y en diálogo con la filosofía, entiende la historiografía como un espacio para la reflexión sobre el actual estatuto científico de la historia. Una de las preocupaciones que hoy presenta es la transformación que han ido sufriendo las concepciones del tiempo, del espacio, de la causalidad.

2. Croce identifica a la HH con «el desarrollo del pensamiento historiográfico», es decir, las manifestaciones por las que ha ido atravesando la escritura de la historia a la luz del pensamiento filosófico de cada época. Sostiene que «la historia y la filosofía son sustancialmente idénticas», por lo que no pueden distinguirse ni subordinarse una a otra. La HH se vuelve representación de grandes ideas intelectuales. Es el enfoque adoptado por Robin Collingwood en su *Idea de la historia*.
3. Quienes ponen el acento en que las obras historiográficas son básicamente textos, las analizan desde la retórica o la teoría literaria. La retórica es concebida como una teoría de cómo se construye el significado. La historiografía, vista como un análisis de figuras retóricas manejadas por los historiadores del pasado, tiene su máximo representante en el norteamericano Hayden White, quien propone desde una perspectiva textualista del pasado leer el contenido a través de la forma. Radicaliza la relación con la lingüística y con la crítica literaria y llega a la conclusión de que el mundo es un texto. En su *Metahistoria* presenta una teoría formal de la obra histórica, a la cual considera como «una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa» (White, 1992, p. 9). Al estudiar la conciencia histórica del siglo XIX, concluye:

- no puede haber «historia propiamente dicha» que no sea al mismo tiempo «filosofía de la historia»;
- los modos posibles de la historiografía son los mismos modos posibles de la filosofía especulativa de la historia;
- esos modos, a su vez, son en realidad formalizaciones de intuiciones poéticas que analíticamente los preceden y que sancionan las teorías particulares utilizadas para dar a los relatos históricos el aspecto de una «explicación»;
- no hay base teórica apodícticamente cierta para afirmar de manera legítima una autoridad de cualquiera de los modos sobre los demás como más «realista»;
- como consecuencia de esto, estamos obligados a hacer una elección entre estrategias interpretativas rivales en cualquier esfuerzo por reflexionar acerca de la historia-en-general;
- como corolario, la mejor base para elegir una perspectiva de la historia antes que otra es por último estética o moral, antes que epistemológica;
- la exigencia de cientifización de la historia no representa más que la afirmación de una preferencia por una modalidad específica de conceptualización histórica, cuya base es moral o bien estética, pero cuya justificación epistemológica todavía está por establecerse.

Dentro de la crítica literaria, el Nuevo Historicismo, surgido en Estados Unidos en la década del 80 (Stephen Greenblatt), asume la empresa de transformar radicalmente los contenidos y las formas del discurso de la historia. Señala que para la comprensión de las obras literarias se debe hacer referencia al contexto histórico en el que los textos adquieren sentido: las relaciones sociales y económicas, los valores, las creencias, la sicología

colectiva. No podemos separar la literatura de las otras ciencias; aquella tiene efectos muy importantes sobre la historia y viceversa. La consideración textualista de la historia implica que el pasado no está formado por hechos; sino por las huellas textuales de esos hechos; o, más bien, por las huellas que la sociedad ha procurado enviar hacia el futuro, para preservar una imagen determinada de sí misma. La introducción de la semiótica o de la teoría literaria deja ver que la «realidad histórica» es un constructo que emerge de un diálogo entre el historiador y el pasado, pero que no sucede en el vacío, sino dentro de una comunidad de académicos que comparten «criterios de plausibilidad».

El nuevo historicismo toma como uno de sus referentes al francés Michel de Certeau (1993), quien en su trabajo «La operación historiográfica» afirma que esta combina un lugar social, prácticas «científicas» (una disciplina, reglas) y una escritura (la construcción de un texto). El lugar social es el lugar de producción socioeconómica, política y cultural; es un medio de elaboración circunscrito por una profesión liberal, un puesto de observación o enseñanza, una categoría. En función del lugar se establecen métodos, se precisan intereses y se organizan las cuestiones que preguntaremos a los documentos. Por otro lado, el discurso se atribuye credibilidad en nombre de la realidad que supuestamente representa, pero esa apariencia autorizada de lo «real» sirve precisamente para disfrazar la práctica que en realidad lo determina.

El materialismo cultural británico (Raymond Williams), por su parte, se propone analizar todas las formas de significado —y básicamente la escritura— en el contexto y las condiciones reales en que fueron producidos. La HH estudia así los mecanismos formales internos del texto, su posición en relación con su campo discursivo y las relaciones que establece con las distintas generaciones de lectores.

Franklin Ankersmit acude a la contribución de Hans-Georg Gadamer y su «historia de los efectos»; ella se refiere a los efectos que el objeto de estudio ha causado en la investigación precedente. La historicidad no se encuentra sólo en el objeto de estudio, sino también en quien lo aborda perteneciendo a una tradición determinada que conforma su horizonte de expectativas ante tal objeto. El acercamiento del historiador al pasado parte de un cauce abierto por las investigaciones de otros historiadores. Es por ello que un pensamiento histórico debe ser capaz de pensar, al mismo tiempo, su propia historicidad, o sea, historizar los puntos de vista históricos que adopta (Ankersmit, 2005).

El segundo modelo parte del postulado de que la historiografía es una ciencia, por lo que debemos recurrir a la sociología de la ciencia y la etnometodología, que analizan las comunidades de los científicos, sus valores, creencias y métodos. Esta sociología histórica concibe el objeto de la HH como la historia científica de la disciplina y la profesionalización del historiador. Carbonell (1997) sostiene que «la historiografía debe ser estudiada desde un punto de vista sociológico». Se destacan Leonard Krieger, con su *Ranke. The meaning of history* (1977), y el ya citado Iggers (1998).

En este modelo ha tenido gran influencia el estudio khuniano de las revoluciones científicas; en la HH se han introducido los términos *comunidades científicas* y *paradigma*. Una comunidad científica está constituida por aquellos profesionales que: a) practican una especialidad, b) han recibido parecida educación, c) enseñan colegiadamente a sus

sucesores, d) mantienen cierta comunicación interna a través de sociedades, revistas, congresos, sobre la base de una relativa pero efectiva unanimidad de juicios sobre el oficio. Sus miembros son el único auditorio y juez de los trabajos. En cuanto al término paradigma, tiene un doble sentido para Thomas Kuhn:

- ejemplo, modelo, que ofrece soluciones a problemas concretos y que es aceptado universalmente; por ejemplo, obras clásicas de la disciplina.
- compromisos compartidos por una comunidad científica dada, matriz disciplinar: compuesta por elementos teóricos, metodológicos y normativos.

Los paradigmas compartidos lo son de forma más tácita que explícita. Sin paradigmas consensuados no hay ciencia como obra colectiva. La existencia de un paradigma común no implica una teoría común, sino un grado de tolerancia hacia la desviación individual y colectiva. El desarrollo científico no es acumulativo, sino que avanza gracias a rupturas revolucionarias, cuando un antiguo paradigma es reemplazado, completamente o en parte, por otro nuevo e incompatible.

También ha influido la sociología norteamericana de las profesiones —que atiende a los procesos de profesionalización, estrategias profesionales, las relaciones con el Estado y el resto de la sociedad— y Pierre Bourdieu. Se identifica en la labor del moderno historiador una profesión, en cuyo surgimiento y consolidación han intervenido instituciones docentes y científicas (escuelas, sociedades, academias, revistas). La historiografía se ve como un proceso de creación de comunidades científicas y profesionales, y como factor de nacimiento, consolidación y cambio de paradigmas. La ciencia no puede ser reducida a los resultados del pensamiento o de la investigación, sino que es a la vez un modo de vida y de comportamiento, lo que Bourdieu llama «hábito». Este modo de vida exige que haya una comunidad de científicos provistos de todo un conjunto de prácticas de trabajo y comunicación.

No obstante, se han encontrado diferencias entre la disciplina histórica y otras comunidades científicas, las cuales revelan mayor autonomía: la importancia de las modernas tradiciones eruditas que respaldan la investigación histórica, la influencia de las ideologías en los consensos y la explicación de mayor aceptación entre los historiadores, el influjo de la opinión pública y de las comunidades de lectores.

Serge Gagnon propone reconstruir el medio en el que se desenvuelven los historiadores, inventariar los «cuadros sociales de la memoria» (imágenes y símbolos históricos) y examinar el valor ideológico de la historia, dejando de lado la evaluación de la veracidad de las interpretaciones proporcionadas. Se debe atender a la influencia externa de los factores sociales, culturales y políticos. Iggers sostiene que no debe caerse en «un simple reduccionismo en el sentido de que el trabajo del historiador únicamente pudiera deducirse de factores sociales o de que se le pretendiese atribuir una función ante todo ideológica», pero sí «debe verse dentro del marco sociocultural y político en el que se desarrolla».

Blanke (2006, pp. 29-32) distingue diez tipos de trabajos de HH que podemos vincular con los dos modelos arriba analizados.

1. Historia de los historiadores: trabajos monográficos o ensayos dedicados a historiadores prominentes;
2. historia de las obras históricas: se discuten temas, modelos de interpretación y métodos a través de «grandes obras»;
3. balance general: visiones panorámicas sobre estado de la investigación en campos específicos;
4. historia disciplinar: trabajos sobre el desarrollo de las instituciones históricas;
5. historia de los métodos;
6. historia de las ideas históricas: tratan estructuras del pensamiento histórico como parte de la herencia cultural;
7. historia de los problemas: historia de las subdisciplinas, de las relaciones con otras ciencias, de la recepción de acontecimientos históricos particulares o de la relación entre distintas historias nacionales;
8. historia de las funciones sociales del pensamiento histórico;
9. historia social de los historiadores;
10. historia teóricamente orientada.

A los dos modelos arriba desarrollados, agregaremos un tercero: una HH vinculada con la antropología, la historia política, la historia cultural y de las representaciones colectivas, que aborda a la historiografía como una forma más de pensar, en la dimensión de lo espacio-temporal, a la sociedad.

La ampliación del campo de la HH a cuestiones tales como la cultura histórica, las relaciones que mantiene la historiografía con las distintas formas de articulación de las sociedades con su pasado y con la política, ha dado auge a esta línea constituida por los trabajos sobre memoria, enfocados en la manera como los poderes establecidos se fundan a partir de la recreación de un pasado que postulan como compartido. Obras como *Lugares de memoria*, de Pierre Nora, se han convertido en referentes y generado importantes discusiones. Uno de los principales aportes de esta línea de investigación consiste en su capacidad para ofrecer una visión más compleja de los modos en que circulan el conocimiento y la memoria históricos, y plantear los problemas centrales derivados del inusitado interés por el pasado que se observa en las últimas décadas en los más diversos ámbitos políticos y sociales.

Herman Paul (2016) introduce una nueva categoría analítica: las *relaciones con el pasado*. Consiste en aplicar los recursos de que disponen los historiadores al estudio de las narrativas, las experiencias, las esperanzas y los sueños que circulan en la sociedad.

Algunas cuestiones conceptuales

Para perfeccionar el arsenal conceptual de la HH, se ha señalado la necesidad de pensar sobre el concepto operacional de *historiografía*, teniendo en cuenta el debate suscitado en las últimas décadas entre realistas y narrativistas. Se la ha definido como: a) el producto resultante de la práctica de los historiadores, b) una práctica cultural y manifestación de una estructura mental y c) la fase escritural de la actividad investigativa (Paul

Ricoeur). La definición admitida hará que adoptemos diferentes perspectivas y metodologías para su estudio.

El deseo de los historiadores de indagación sobre sí mismos, de diagnósticos y novedad, llevó a determinar *retornos, giros y rupturas* en su trayectoria intelectual. Como estos criterios son susceptibles de una retrospectiva, han ingresado en el repertorio de la HH, aunque se ha advertido y discutido sobre los problemas que plantea el uso de estos términos.

La ampliación del campo de estudio de la HH ha producido la introducción de nociones como la de cultura histórica (Jörn Rüsen), que supone un inconsciente colectivo, una unidad en una realidad compleja.

El concepto de *cultura histórica* y sus homólogos en otras lenguas (como *Historical Culture*, *Geschichtskultur*, *Culture historique*) expresa una nueva manera de pensar y comprender la relación efectiva y afectiva que un grupo humano mantiene con el pasado, con su pasado. Se trata de una categoría de estudio que pretende ser más abarcante que la de *historiografía*, ya que no se circunscribe únicamente al análisis de la literatura histórica académica. La perspectiva de la *cultura histórica* propugna rastrear todos los estratos y procesos de la conciencia histórica social, prestando atención a los agentes que la crean, los medios por los que se difunde, las representaciones que divulga y la recepción creativa por parte de la ciudadanía. (Rüsen, 1994, p. 3)

Para su estudio, ya no se recurre exclusivamente a las obras de los historiadores, sino a los manuales escolares de historia —que aparecen en el siglo XIX—, la mitología, la literatura, el arte, el cine, los medios de comunicación, los museos y otras instituciones culturales como conjunto de lugares de la memoria colectiva, e integra las funciones de la enseñanza, del entretenimiento, de la legitimación, de la crítica, de la distracción, de la ilustración y de otras maneras de memorar, en la unidad global de la memoria histórica.

François Hartog incorpora la noción de *régimenes de historicidad*, que permite exponer «los modos de articulación de estas categorías o formas universales que son el pasado, el presente y el futuro» (Hartog, 2007, p. 15). Un régimen de historicidad es:

el tipo de relación que toda sociedad mantiene con su pasado, a la manera cómo lo trata antes de (y para) utilizarlo al constituir esta suerte de constructo que llamamos historia. La manera cómo una sociedad trata a su pasado y de su pasado. Por orden ascendente de activismo en el tratamiento: la manera en que una sociedad dispone los marcos culturales que establecen los puntos de vista por medio de los cuales su pasado la afecta (más allá de lo que implica para toda sociedad el hecho de tener un pasado), la manera cómo ese pasado está presente en su presente (más de lo necesario), la manera en que lo cultiva o lo entierra, lo reconstruye, lo constituye, lo moviliza, etc. Es así como habría toda una escala de actitudes relacionadas con la variabilidad cultural: acá, el pasado es *magistra vitae*; allá, un lastre insoportable; en otras partes, un recurso inagotable, un bien escaso... El régimen de historicidad definiría una forma

culturalmente delimitada, por ende, convencional, de relación con el pasado. La historiografía sería una de esas formas y, en cuanto género, un elemento sintomático de un supra régimen de historicidad. (Hartog, 2007, p. 15)

Se presta particular atención a la relación múltiple y compleja que ha sido destacada siempre entre memoria e historia, entre los contenidos del recuerdo y la práctica historiográfica. La/s memoria/s son hoy un lugar común de la reflexión social y el terreno, en cuanto dimensión colectiva, en el que se libra una batalla ideológica de notable calado, como lo advierte Julio Aróstegui (2001). Se han convertido, en consecuencia, en el objeto de un renovado interés por parte de ciencias sociales como la antropología, la psicología y, particularmente, la historiografía. La noción de *memoria colectiva*, tomada de un clásico de la psicología y la sociología, Maurice Halbwachs, ha servido para relacionar el modo en que ciertos acontecimientos marcaron vidas individuales y crearon así actitudes colectivas que se integraron en la toma de decisiones o en los comportamientos políticos, ideológicos y culturales.

En los años 80 del siglo XX, una obra colectiva dirigida por Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, abrió unas insospechadas perspectivas al tratamiento historiográfico de la memoria histórica como conformadora de persistentes comportamientos sociales y de una percepción particular de la herencia histórica. El interés por la relación entre la memoria y la historia experimentó desde entonces un gran auge. La noción *lugares de memoria*, introducida por Nora, busca poner de relieve la construcción de una representación y la formación de un objeto histórico en el tiempo. Estos objetos, que cumplen una función simbólica, pueden ser tanto materiales como inmateriales (monumentos, espacios públicos, lugares históricos, emblemas, ceremonias conmemorativas, mitos, palabras clave). Una identidad común se construye en el lenguaje de los símbolos inherentes a la memoria colectiva, los cuales también son usados como armas en la batalla por el control del pasado.

Se suman otros intentos por reexaminar las historias nacionales y sus lugares de memoria, para lo cual se acuñaron nociones como *comunidades imaginadas* (Benedict Anderson) o *invención de tradiciones* (Ernest Gellner, Eric Hobsbawm). Se busca determinar las vinculaciones entre historia y política, historia y memoria, los procesos de legitimación de actores y grupos, y establecer la función social del historiador en cada caso. El enfoque de Anderson hizo hincapié en las condiciones materiales que configuran la cultura y han sostenido los nacionalismos, así como en las instituciones que facilitan su reproducción, desde periódicos y novelas a censos, mapas y museos. Por su parte, una *tradición inventada* es

el conjunto de prácticas normalmente regidas por reglas aceptadas en forma explícita o implícita y de naturaleza ritual o simbólica, que tienen por objeto inculcar determinados valores y normas de conducta a través de su reiteración, lo que automáticamente implica la continuidad con el pasado. De hecho, toda vez que ello es posible, normalmente tienden a establecer la continuidad con un adecuado pasado histórico. (Hobsbawm, 2002, p. 8)

La noción *uso público de la historia*, acuñada por Jürgen Habermas durante la controversia de los historiadores alemanes a mediados de la década de 1980, se presenta como un vocablo de carácter descriptivo y polémico lanzado contra los historiadores conservadores y contra el discurso político que los respaldaba.

Por su parte, *políticas de la historia* hace referencia a los discursos y las prácticas por medio de los cuales se decide quién, cómo, cuándo y bajo qué condiciones escoge lo que la sociedad debe recordar y lo que debe olvidar. Estas elecciones se materializan y evidencian en los usos que públicamente (en la escuela, el espacio público, las conmemoraciones rituales, los museos, monumentos y otros «lugares de la memoria») se hacen de la historia como relato identitario legítimo de la comunidad. Estas políticas de la historia están constantemente en cuestión, ya que los diversos actores sociales buscan consolidar su propia memoria como la hegemónica y se resisten a los olvidos y silencios a los que ellos o sus antepasados pudieran haber sido sometidos. Como resultado, los usos que se hacen de la historia están sujetos a constante resignificación y transformación. Hayden White destacó «el grado en el que la historiografía sirve al sistema de domesticación y disciplinamiento de la sociedad» a través de la educación y la conmemoración, por ejemplo, ya que «su función ha sido, las más de las veces, disciplinar y adaptar la memoria ciudadana del pasado a lo que un grupo dominante en el poder exige de sus ‘sujetos’» (White, 2002, p. 14).

Por último, señalaremos algunas cuestiones suscitadas en torno al uso de nociones problemáticas en HH. Tal es el caso del uso de los conceptos de romanticismo y positivismo para referirse a corrientes historiográficas. ¿Existe una historiografía romántica? ¿Y una positivista? Aunque no hay coincidencia en las respuestas, hoy se tiende a cuestionar el uso de estos términos aplicados al campo historiográfico. Por otro lado, la definición del término historicismo ha merecido diversos análisis.

¿Tiene un método la historia de la historiografía?

En la HH es posible explorar, experimentar y adoptar prácticas metodológicas provenientes de distintos campos de la investigación, tanto por su característica de ser un dominio vivo del conocimiento que está en constante construcción como también por su particularidad de conocimiento fronterizo entre varias áreas de estudio. Es motivo de discusión la existencia de un método propio de la HH, ya que hay distintas disciplinas que pretenden actuar sobre este campo: la historiografía, la filosofía, la sociología, la crítica literaria. Para Mastrogregori (2006, pp. 91-93), podemos distinguir seis métodos dotados de una lógica interna coherente y hasta cierto punto exclusiva, aunque no faltan las combinaciones de diferentes métodos. Ellos son, por orden de aparición:

1. **Bibliográfico, erudito, enciclopédico.** Los nombres de los historiadores y los títulos de las obras se suceden rápidamente y en abundancia, precedidos por los cuadros de interpretación apenas esbozados (Fueter);
2. **Filosófico, pragmático, pedagógico.** Se parte de una imagen, de una definición de la historiografía filosóficamente determinada. El autor destaca en el pasado y valoriza a los historiadores que han preparado y participado de su visión, y excluye o

desvaloriza a los otros. Se acude a las fases del método histórico para el análisis y el relato de la obra de los historiadores (Croce, Meinecke, Collingwood);

3. Científico. La HH es una historia de lo verdadero y lo falso, una exposición de éxitos y fracasos, una verificación empírica de los resultados de la historiografía, un balance de los progresos realizados, que pueden situarse en el interior de una línea de tradición de la ciencia, de maestro a discípulo, de una escuela a otra. La HH se funda sobre el conocimiento directo de las fuentes y en el interés profundo por los mismos problemas históricos que preocuparon al historiador estudiado. Es un método practicado sobre todo por los historiadores del mundo antiguo, para los cuales, por otra parte, la discusión de un problema o la reconstrucción de un acontecimiento dependen, muy a menudo, de la correcta interpretación de una fuente historiográfica (Momigliano, Federico Chabod);

4. Retórico y literario. Muy extendido en el siglo XIX, reintroducido por la *Metahistoria* de Hayden White ([1973] 1992), considera dentro de la obra histórica antes que nada su aspecto narrativo y es indiferente a los trabajos analíticos y preparatorios que dominaron la investigación histórica desde fines del siglo XIX.

White distingue tres tipos de estrategia que los historiadores pueden emplear para obtener distintos tipos de «efecto explicatorio», dentro de las cuales identifica cuatro modos posibles de articulación.

- a. *Explicación por argumentación formal*: formismo, organicismo, mecanicismo y contextualismo;
- b. *Explicación por núcleo argumental*: romance, comedia, tragedia, sátira;
- c. *Explicación por implicación ideológica*: anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo.
- d. *Sociológico y prosopográfico*: examina los esfuerzos de la corporación de historiadores de una manera casi microscópica, en el nivel institucional y político; se manifiesta la influencia de la sociología de las profesiones y de Bourdieu (Carbonell, Noiriell, Iggers). Se trata de una cuarta estrategia que mantiene a los componentes de las otras tres reunidos en un estilo particular de configuración son los *tropos retóricos* (la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía), que ligan semánticamente las oraciones para formar significados en estructuras narrativas;
- e. *Sintético y descriptivo*: sin un proyecto metodológico rígido, aplican a una revista, un congreso o la vida de un historiador el mismo método que aplicarían a cualquier otra actividad cultural o científica (Burke, 1990).

Por otro lado, la HH recurre tanto a métodos cuantitativos como cualitativos. Con respecto a los métodos cuantitativos, la HH ha requerido asociarse con otros espacios del conocimiento más consolidados, tales como la historia del libro, la lectura y los lectores y la historia social, a fin de aplicar las técnicas de la bibliometría, la lexicometría y la lexicografía. En España, Gonzalo Pasamar Alzuria (2004) destaca la importancia metodológica de

las estadísticas para el análisis en la HH en su libro *Historiografía e Ideología en la Postguerra Española: la Ruptura de la Tradición Liberal*, pues por su intermedio logró que aflorara el ambiente socioprofesional e institucional en el que, durante la etapa del primer franquismo (1939-1950), le tocó actuar a los historiadores españoles. Por su parte, Ignacio Peiró Martín (cito en Ramos y Rodríguez Lorenzo, 2008) estudió la composición, estructura, organización y conexiones políticas, institucionales, sociales y culturales de la Real Academia de la Historia de 1845 a 1923, cuantificadas y expuestas en cuadros y gráficos. Otros trabajos han abordado los investigadores del Archivo de Simancas en los siglos XIX y XX, el contenido de los manuales de historia, los contenidos temáticos de publicaciones periódicas, entre otras cuestiones (Ramos y Rodríguez Lorenzo, 2008).

Asimismo, la HH ha requerido vincularse con la historia de la cultura y de las ideas y las mentalidades colectivas para potenciar el análisis cualitativo que es capaz de establecer en torno a la historiografía como una forma de pensar, en la dimensión de lo espacio-temporal, a la sociedad.

El actual *giro historiográfico* plantea introducir al observador en lo observado. Esta «observación de los observadores» permite entender por qué observan lo que observan y cuáles son los límites de estas observaciones (Mendiola, 2005). Toda producción puede ser objeto del siguiente interrogatorio: ¿En qué lugar institucional o social está ubicado su autor? A partir de allí, ¿cuáles son sus elecciones políticas y filosóficas? ¿Cuáles son los presupuestos teórico-metodológicos de los discursos historiográficos? ¿Cuál es el objeto y el sujeto específico de cada tendencia historiográfica? ¿Cuáles son los procedimientos, recursos y técnicas que privilegian? ¿Cuál es la significación atribuida a la historia que fue y que está siendo? (Mendiola, 2005).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUIRRE ROJAS, C. A. (2000). *Pensamiento historiográfico e historiografía del siglo XX*. Prohistoria.
- ALLIER MONTAÑO, E. y Crenzel, E. (coords.) (2015). *Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y memoria política*. Bonilla Artigas Editor.
- ANKERSMIT, F. (2005). *Historia y tropología: ascenso y caída de la metáfora*. FCE.
- ANDERSON, B. (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. FCE.
- ARÓSTEGUI, J. (2001). *La investigación histórica: teoría y método*. Crítica.
- BARNES, H. E. (1937). *Historia de los escritos históricos*. s. i.
- BARTHES, R. (1968). *El discurso de la historia*. Paidós.
- BLANKE, H. W. (2006). Para una nova história da historiografia. En M. Jurandir (org.) *A historia escrita. Teoría e historia da historiografia*. Contexto.

- BLOCH, M. (1949). *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*. Armand Colin.
- BOURDIEU, P. (1999). El campo científico. En P. Bourdieu (ed.) *Intelectuales, política y poder*. Eudeba.
- CARBIA, R. (1925). *Historia de la historiografía argentina*. Coni.
- CARBONELL, C. O. (1976). *Historia e historiadores. Un cambio ideológico de los historiadores franceses 1865-1885*. s. i.
- _____ (1997). El aporte de la historia de la historiografía. En G. Gaddoffre (ed.) *Certidumbres e incertidumbres de la historia*. Norma.
- CATTARUZZA, A. (2003). Por una historia de la historia. En A. Cattaruzza y A. Eujanián (eds.) *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*. Alianza.
- COLLINGWOOD, R. (2000). *Idea de la historia*. FCE.
- CROCE, B. ([1915] 1953). *Teoría e historia de la historiografía*. Imán.
- DE CERTEAU, M. (1993). La operación historiográfica. En *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana.
- DE LA POPELINIÈRE, H. L. V. (1989). *L'histoire des histoires*. Fayard.
- DE LA RIVA AGÜERO, J. (1910). *La historia en el Perú*. Colección de la Universidad Católica del Perú.
- DEVOTO, F. (2007). La historia de la historiografía, itinerarios y problemas. *Prismas. Revista de historia intelectual*, Año 11, (11).
- EUJANIAN, A. (s.f.) Introducción. Dossier. El pasado de las provincias. Actores, prácticas e instituciones en la construcción de identidades y representaciones de los pasados provinciales en la Argentina entre la segunda mitad del siglo XIX y la entreguerra. *Historiapolítica.com*.
- FORCADELL ÁLVAREZ, C. M. y Cruz Romeo, M. (eds.) (2006). *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*. Institución «Fernando el Católico» (C.S.I.C.) Excma. Diputación de Zaragoza.
- FUETER, E. (1953). *Historia de la historiografía moderna*. Nova.
- GADAMER, H. G. (1984). Texto e interpretación. En *Verdad y Método II*. Sígueme.
- GAGNON, S. (1981). *Quebec and its historians. 1840 to 1820*. Harvest House.
- GELLNER, E. (2001). Nación y nacionalismos. (J. Soto, Trad.) Alianza Editorial.
- GUENÉE, B. (1980). *Historia y cultura histórica en el Occidente Medieval*. Aubier.
- HABERMAS, J. (2007). Del uso público de la historia La quiebra de la visión oficial de la República Federal de Alemania. *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, (24), 77-84.
- HARTOG, F. (2007). *Regímenes de historicidad*. Universidad Iberoamericana.

- HOBSBAWN, E. y RANGER, T. (2002). La invención de la tradición, Crítica.
- IGGERS, G. G. (1968). *La concepción alemana de la historia*. Wesleyan University Press.
- _____. (1975). *Nuevas direcciones en historiografía europea*. Middletown.
- _____. (1995). *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Idea Universitaria.
- JULLIAN, C. (1897). *Extraits des historiens français du XIXe siècle*. s. i.
- KUHN, T. (1981). *Mis segundos pensamientos sobre paradigmas*. Tecnos.
- KRIEGER, L. (1977). *Ranke. The meaning of history*. University of Chicago Press.
- LARRAÍNZA, M. (1865). *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México*. Colección digital de la Universidad de Nuevo León.
- LEFEBVRE, G. (1974). *El nacimiento de la historiografía moderna*. Martínez Roca.
- LOPES DE ARAUJO, V. (2006). Sobre o lugar da historia da historiografia como disciplina autonoma. *Locus. Revista de historia*, 12(1), 79-94.
- LORENZ, C. y Berger, S. (2016). *Nationalizing the past. Historians as nation builders in modern Europe*. Palgrave-MacMillan.
- MARROU, H. I. (1965). *Historia de la educación en la antigüedad*. Universitaria.
- MASTROGRERORI, M. (2006). Historiografia e tradicion de lembranças. En J. Malerba, (comp.) *A historia escrita: teoria e historia da historiografia*. Contexto.
- MEINECKE, F. (1982). *El historicismo y su génesis*. FCE.
- MENDIOLA, A. (1996). Una relación ambigua con el pasado: la modernidad. *Tiempo y escritura*.
- _____. (2005). El giro historiográfico. La observación de observaciones del pasado. En L. G. Morales Moreno (comp.) *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*. Instituto Mora.
- MOMIGLIANO, A. (1984). Storicismo rivisitato. En *Fondamenti della storia antica*. Einaudi Paperbacks.
- MONOD, G. (1876). *Du progrès des études historiques en France depuis le XV le siècle*. s. i.
- MORADIELLOS, E. (1996). *El oficio del historiador*. Siglo XXI.
- NORA, P. (dir) (1984-1992) *Les Lieux de mémoire*. Gallimard.

- PASAMAR ALZURIA, G. (2004). The History of Historiography: retrospective analysis and research. En C. Barros y Lawrence McCrank (eds.) *History under debate* (pp. 113-132). Haworth Press.
- PASAMAR ALZURIA (2004). *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*. Universidad de Zaragoza
- _____. (2007). Historia e historiografía española. *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, (43), 5-20.
- PAUL, H. (2016). *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la Historia*. Institución Fernando el Católico.
- PÉREZ CABRERA, J. M. (1959). *Fundamentos de una historia de la historiografía cubana*. Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia de México.
- POMIAN, K. (1975). L'histoire de la science et l'histoire de l'histoire. *Annales E.S.C.*, 935-952.
- RAMOS, E. y Rodríguez Lorenzo, M. Á. (2008). Cantidad y cualidad: la integración de dos perspectivas metodológicas en los estudios contemporáneos de historia de la historiografía: el caso español. *Procesos históricos. Revista Semestral de Historia, Arte y Ciencias Sociales*, (14). Universidad de Los Andes.
- RÜSEN, J. (1994). ¿Qué es la cultura histórica?: Reflexiones sobre una nueva manera de abordar la historia. En K. Füssmann, H. T. Grütter y J. Rüsen (eds.) *Historische Faszination. Geschichtskultur heute* (pp. 3-26).
- _____. (2006). Historiografía comparativa intercultural. En J. Malerba (comp.) *A historia escrita: teoria e historia da historiografia*. Contexto.
- SEIJAS, R. (1895). Historiadores de Venezuela. En *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas letras*. El Cojo Ilustrado.
- SIMONETTI, M. (1968). *Orígenes, De Principiis (Ilepi ópyón) (Classici delle religioni)*. Unione Tipografico-Editrice Torinese.
- Universidad de Zaragoza (2010). Manifiesto editorial. *Historiografías. Revista de historia y teoría*. Unizar.
- VON RANKE, L. (1824) «Para una crítica de los modernos historiadores». En *Historias de los pueblos romano-germánicos de 1494 a 1514*. s. i.
- VOSSIUS, G. J. (1838). *De Historicis Græcis*. Ioannes Maire.
- WACHLER, L. (1833 [2015]). *Handbuch der Geschichte der Litteratur*. Salzwasser-Verlag GmbH.
- WHITE, H. (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Paidós.



_____. ([1973] 1992). *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. FCE.

_____. (2002). Prefacio. En C. Godoy (comp.) *Historiografía y memoria colectiva. Tiempos y territorios*. Miño y Dávila Editores.

WILLIAMS, R. (2012). *Cultura y materialismo*. La marca.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

BERMEJO, J. C. (2000). Hacer historia, hablar sobre historia. En C. Barros (ed.) *Historia a debate*. T. 3.

BREISACH, E. (1994). *Historiography*. University of Chicago.

GOOCH, G. (1977). *Historia e historiadores en el siglo XIX*. FCE.

JENKINS, K. (2006). ¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad. FCE.

LE GOFF, J. (1991). *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Paidós.

LEONI, M. S. y Philp, M. (2021). Presentación. Dossier. Hacia un mapa de los usos del pasado en América Latina. *Cuadernos De Historia*. Serie Economía y Sociedad, (26/27), 201-208.

MALERBA, J. (comp.) (2006). *A historia escrita: teoria e historia da historiografia*. Contexto.

MIDDELL, M. (2013). From Professionalisation to Global Ambitions: the History of History Writing at the Beginning of the Twenty-First Century. *International Journal for History, Culture and Modernity*, 1(1).

ROUSSO, H. (2018). *La última catástrofe*. Editorial Universitaria.

RUDI, T. A. M. (2021). *De l'histoire de l'histoire: o passado dos estudos históricos na França (1933-1810)*. Sociedade Brasileira de Teoria e História da Historiografia.

TURIN, R. (2013). História da historiografia e memória disciplinar: reflexões sobre um gênero. *Historia da historiografia*, (13), 78-95.

Capítulo 2. La historiografía en la segunda mitad del siglo XX. Braudel, Thompson, De Certeau

ELÍAS ZEITLER

Fernand Braudel (1902-1985), Edward Palmer Thompson (1924-1993) y Michel de Certeau (1925-1986) siguen siendo referentes indispensables para investigadores, profesores y estudiantes de la disciplina histórica. Sus escritos consolidaron la posición de la historiografía en el campo de las ciencias sociales, dotaron de robustez al ejercicio del oficio de historiador y estimularon los debates sobre aspectos teórico-metodológicos al interior de nuestro campo. Además, estos textos ofrecen un material valioso para la enseñanza de contenidos históricos, y su lectura en el marco de la cátedra de Historia de la Historiografía (Humanidades-Unne) continúa despertando gran interés en los estudiantes.

Iniciamos este capítulo con un sintético panorama respecto del complejo desenvolvimiento de la historiografía desde su profesionalización en la segunda mitad del siglo XIX al inicio de la renovación historiográfica del siglo XX. A partir de ese esbozo, revisaremos la propuesta de Michel de Certeau, centrándonos exclusivamente en su esquema tripartito para el estudio de la escritura de la historia. Dichas variables nos servirán de referencia para avanzar sobre los aportes de Braudel y Thompson, atendiendo a cuestiones de sus itinerarios biográfico-intelectuales, el estado de conocimientos y prácticas del campo historiográfico y el modo particular en que desplegaron su escritura de la historia¹.

1. La bibliografía utilizada en la cátedra da cuenta de la creciente producción de los estudios historiográficos en las últimas décadas. Para esta síntesis, seguimos los principales referentes del área, destacando las obras generales de: Cardoso (1981), Bourde y Martín (1992), Burke (1993), Iggers (1998), Aróstegui (2001), Prost (2001), Fontana (2001), Moradiellos (2001), Dosse (2003a), Hernández Sandoica (2004), Aguirre Rojas (2004), Corcuera de Mancera (2013) y Aurell *et al.* (2013).



DE LA PROFESIONALIZACIÓN DE LA HISTORIA A LA RENOVACIÓN HISTORIOGRÁFICA

Aurell *et al.* (2013) destacan en el desarrollo de la historia como ciencia la nueva concepción temporal que emergió durante el siglo XIX, el denominado «siglo de la historia». Además, consideran el contexto nacional germano en el que se fundó la Escuela Histórica del Derecho (Friedrich von Savigny, 1814), impulsada por los estudios filológicos, los aportes del método histórico-crítico de B. G. Niebuhr y también por el nacionalismo alemán y el proceso de unificación territorial y estatal: una época caracterizada por la efervescencia del racionalismo y el positivismo, pero también de las tradiciones nacionales que sustentaron las escuelas históricas en distintos espacios europeos (alemán, francés, británico y español). Paulatinamente, se impuso en el campo general de los estudios sociales e históricos la visión del «cientificismo»².

Ese cambio en la concepción del tiempo fue analizado por Koselleck en *Futuro pasado...* (1993), desde una perspectiva semántica de los tiempos históricos. Según su argumento, fue en la etapa bisagra de 1750 y 1850 (*sattelzeit*) cuando se pasó de una concepción de la *historie* como «magistra vitae» a la denominación de *geschichte* como «singular colectivo». Concluye Koselleck que «tras la singularización de la historia, tras su temporalización, tras su prepotencia inevitable y tras su productividad, se anunció un cambio de experiencia que domina nuestra modernidad» (Koselleck, 1993, p. 63)³.

Pero fueron las investigaciones empíricas de Leopold von Ranke, acompañadas por reflexiones sobre la historia como saber y práctica y el ejercicio del oficio del historiador, las que impulsaron decididamente el proceso de profesionalización de la historia y su ingreso como disciplina en los espacios universitarios. Su pretensión de objetividad e imparcialidad, basada en la expresión de *contar las cosas tal como sucedieron* o *mostrar lo que realmente sucedió*, ha generado muy diversas interpretaciones e intensos debates. Principalmente, porque esto puede desembocar en un «realismo ingenuo» sobre el trabajo del historiador, que pretende una reconstrucción fiel del pasado a partir de documentos escritos y de la narración, en tanto forma predilecta para la exposición de los hechos en una trama o relato del mismo⁴.

2. Para Cardoso (1981, pp. 76-77), el «cientificismo» es la visión de la ciencia como «un sistema aislado de lo social, autodeterminado, libre de presiones y ajeno a sus aplicaciones prácticas, que busca la verdad y es la única forma de racionalidad efectiva, libre de contaminaciones especulativas y subjetivas». Para profundizar respecto al surgimiento de la ciencia y el paradigma de la modernidad, ver Pardo (2005).

3. Para Aróstegui (2001, pp. 78-79), hay tres fechas simbólicas que marcan el inicio de la historiografía moderna: 1824, con la publicación de *Historia de los pueblos románicos y germánicos* por Leopold von Ranke; 1876, con la publicación del primer número de la *Revue Historique* en Francia; y 1929, con la fundación de la revista de *Annales de Historia Económica y Social*.

4. Sobre este punto, ver Hourcade (1991), White (1992), Navarro Pérez (1999), Villalobos (2007), Prado Arellano (2010).

En palabras de Aurell *et al.* (2013, p. 201): «La escuela rankeana contribuyó decisivamente a la implantación de la historia como disciplina científica, pero no pudo detener su progresiva tendencia a la instrumentalización política y nacionalista de la historia». Su influencia dejó huellas profundas en la historiografía alemana y también se expandieron sus presupuestos y metodología a otros espacios nacionales, especialmente en Francia, donde se consolidó la Escuela Metódica bajo los preceptos de la investigación histórica que sostuvieron Langlois y Seignobos. Como lo sugiere Pasamar Alzuria, esa metodología que tenía por fin ofrecer un conocimiento disciplinar sólido para la enseñanza hizo posible el surgimiento de un nuevo modelo sobre lo que debía ser la historiografía: «basada en conocimientos acumulativos, en un método socializable, en criterios de autoridad de carácter crítico; eje de la Instrucción pública» (Pasamar Alzuria, 1994, p. 184).

También Dosse (2003a, p. 31) sostiene que, en la escuela metódica: «La finalidad nacional es explícita y el trabajo histórico apunta a un rearme moral de la nación». Fontana (2001, p. 172), por su parte, cuestiona que: «Paradójicamente, estos hombres que se negaban a aceptar la existencia de leyes históricas generales por encima de las realidades nacionales, serían los creadores de unos métodos de investigación que se difundirían universalmente hasta ser admitidos como norma científica de la profesión».

Según la percepción de Huidobro Márquez (2016), este nuevo método también permitió a la historiografía francesa apartarse del discurso retórico del romanticismo y fortalecer la función pedagógica y ciudadana de la historia juntamente con su estatus científico. Frente a este paradigma, el autor señala que durante el período de entreguerras se hicieron esfuerzos por ofrecer un modelo alternativo de historia, principalmente desde los aportes del alemán K. G. Lamprecht (en busca de leyes generales de la historia, a partir de una mirada más colectiva y explicativa), del francés H. Beer (en busca de una síntesis histórica, a partir de la interdisciplinariedad de las ciencias sociales), del belga H. Pirenne (en busca de una historia económica y social, a partir del método comparativo de tipo explicativo) y del francés F. Simiand (quien defendió a la sociología como disciplina de síntesis). Entre los críticos a este régimen historiográfico habría que sumar una variedad de intervenciones desde la historia y otros campos del saber⁵.

Esta renovación historiográfica quedó expresada de manera más certera y profunda a partir de las contribuciones de los *Annales* desde la segunda década del siglo XX. Se ha debatido bastante respecto a la unidad de sus integrantes aglutinados en torno a la publicación de esta revista de historia y a la caracterización como escuela homogénea forjada según sus figuras determinantes. Mastrogregori (1995) sugiere que para comprender la concreción de este proyecto de *Annales* debemos considerar tres elementos: la colaboración entre sus directores (Lucien Febvre y Marc Bloch), la delineación de líneas de investigación originales y la colaboración y difusión por parte de referentes externos

5. Véase Burke (1999) y Aróstegui (2001). Especial relevancia tuvo el debate entre durkhemianos e historiadores en Francia, entre fines del siglo XIX y principios del XX, en torno a los conceptos de «hecho social» y «hecho histórico» (Aróstegui, 2001, pp. 100-103 y 240-242; Dosse, 2003a, pp. 52-54).

a la revista. Pero, como bien lo señala el autor, el impulso de este proyecto también respondió a las necesidades del contexto: un cierto vacío disciplinar que impulsó a renovar la cultura histórica desde el enfoque económico y social, la falta de reflexión metodológica que estimuló las contribuciones en torno a las clasificaciones teóricas empleadas por los historiadores y el agotamiento de los estudios tradicionales que exigió plantear nuevos problemas a las fuentes históricas.

Desde entonces, para Burke (1999), la revista *Annales* promovió la innovación permanente de los estudios históricos en torno a tres ideas rectoras: la sustitución de la narración por la historia analítica, la ampliación temática a todas las actividades humanas y la vinculación fluida con otras ciencias sociales. Según Aróstegui (2001), habría que considerar que, a pesar de la capacidad de la escuela para impulsar un nuevo paradigma historiográfico, sus integrantes no teorizaron al punto de construir una nueva concepción de la historia.

MICHEL DE CERTEAU Y LA «OPERACIÓN HISTORIOGRÁFICA»

Los estudios de Historia de la Historiografía deben mucho a la propuesta desarrollada por Michel de Certeau en *L'Écriture de l'Histoire*⁶, obra que, atendiendo a los debates que generó, fue revisada y tuvo su posterior adaptación al esquema de Paul Ricoeur. Aquí, sólo repasaremos los argumentos centrales del propio autor en torno a la *operación historiográfica*⁷ (Zeitler, 2015).

Al tomar a la historia como objeto mismo de reflexión, y aclarando que empleaba la palabra *historia* en el sentido de *historiografía* (esto es, como práctica/disciplina y como discurso), De Certeau partía de preguntarse qué fabrica el historiador cuando hace historia. Como respuesta propuso el concepto de *operación historiográfica*.

Considerar la historia como una operación, sería tratar, de un modo necesariamente limitado, de comprenderla como la relación entre un *lugar* (en reclutamiento, un medio, un oficio, etc.), varios *procedimientos* de análisis (una disciplina) y la construcción de un *texto* (una literatura). (De Certeau, 2006, p. 68)

Desde esta mirada, la historia es fundamentalmente una práctica, una actividad humana, y la operación historiográfica pretende dar cuenta de la combinación que se da entre un lugar social de producción, de ciertas prácticas científicas y de una determinada escritura de

6. La primera edición de la obra en francés es de 1975. Utilizamos aquí la versión en español de 2006.

7. Sugerimos la lectura de Dosse (2003b), Fuentes Crispín (2007), Ricoeur (2004, 2009, 2010), Lythgoe (2009) y Castro Orellana (2010). Una exposición clara sobre estos «tres pilares de la operación historiográfica» (fase documental, fase explicativa/comprendensiva, representación historiadora) puede verse en Florescano (2012).

la historia. Por eso, para De Certeau (2006, p. 69), atender al lugar social implica reconocer que: «Toda investigación historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un medio de elaboración circunscripto por determinaciones propias».

La ingenua percepción del positivismo y del cientificismo sobre un sujeto objetivo ya había sido cuestionado desde posturas teóricas que hicieron foco en el reconocimiento de la subjetividad y el lugar social del sujeto. Pero lo que pretende señalar De Certeau es que no es posible aislar un texto historiográfico de una institución del saber que se expresa en doctrinas, disciplinas, escuelas y lenguajes específicos. Esa combinación entre sistemas socioeconómicos y de simbolización lo lleva a sostener que: «un discurso ideológico guarda siempre una proporción fija con un orden social determinado» (De Certeau, 2006, p. 73). Negar esto es lo que, paradójicamente, puede atentar con la propia cientificidad que pretende alcanzar un discurso, pues representa lo *no dicho*, es decir, el silencio respecto a la conformación de ese saber y lugar.

Además de estas cuestiones institucionales, el autor considera un conjunto de presiones, privilegios y estrategias que se despliegan al interior de cada espacio social y que condicionan de diversas formas, y con diferente intensidad, el trabajo de los historiadores. Por eso, es primordial atender a la vinculación que todo autor mantiene con los pares, pues en estos círculos se establecen y controlan criterios de validación del saber, de preguntas y problemas, de metodologías y técnicas, de conceptos y fuentes, de un estado de la cuestión. Para De Certeau (2006, p. 76): «Cada resultado individual se inscribe en un conjunto cuyos elementos dependen estrechamente unos de otros, y cuya combinación dinámica forma a la historia en un momento dado».

El posicionamiento de los historiadores frente a la sociedad estaría condicionado por varios factores: pertenencia a un grupo, relación con sectores sociales, imposición de reglas profesionales, posibilidades y límites para escribir, publicar o enseñar. En palabras del autor: «Desde el acopio de los documentos hasta la redacción del libro, la práctica histórica depende siempre de la estructura de la sociedad» (De Certeau, 2006, p. 78). Es el lugar social el que permite o prohíbe ciertas investigaciones y producciones y es en el margen de lo posible con lo imposible que se configura o fabrica una historia, la que se define en esa relación del lenguaje con los límites del cuerpo social.

Considerar la historia como una *práctica* pretende superar las limitaciones de una sociología de la historiografía a favor de una perspectiva programática que atienda a sus técnicas de producción y a los instrumentos que emplean los historiadores, dado que estos constituyen formas de intervención que modifican o renuevan la interpretación del pasado, que ejercen una manipulación al organizar y transformar el material de trabajo y redistribuir el espacio (De Certeau, 2006).

Finalmente, la historia también es una forma de escritura que, en tanto discurso, enfrenta dos coacciones: la primera, porque aparenta estar al final, aunque en sentido estricto está desde el comienzo; la segunda, porque debe marcar un fin al proceso de investigación llenando las lagunas que esta dejó. En ese sentido, y a pesar de la distancia, práctica y escritura encuentran su conexión:

De hecho, la escritura historiadora –o historiografía– permanece controlada por las prácticas de donde resulta; más aún, ella es en sí misma una práctica social que fija a su lector un lugar bien determinado al redistribuir el espacio de las referencias simbólicas. (De Certeau, 2006, p. 102)

En otras palabras, el discurso que surge del campo de la experiencia por medio de la escritura pretende situarse por fuera de ella, disociarse del tiempo para poder ofrecer modelos sobre el pasado. En este punto, De Certeau (2006, p. 103) formula un último interrogante que responde de forma incisiva: «¿Qué es lo que *fabrica* el historiador cuando se convierte en *escritor*? Su mismo discurso lo debe confesar».

El problema central al que arriba el autor es que la escritura exige la imposición de un orden cronológico, dominado por esa *ley enmascarada* que posibilita construir un tiempo discursivo sobre el tiempo de las cosas: se plantea así un viejo dilema en torno a la referencia temporal del texto. El recurso de la cronología por parte de los historiadores es en definitiva un servicio prestado para construir un escenario a la temporalización, por eso De Certeau (2006, pp. 106-107) hablará de una *escenificación cronológica*, un no-lugar que «señala el intersticio entre la práctica y la escritura».

De lo anterior, De Certeau desprende un segundo problema en torno a la discursividad: la combinación en la escritura de un sistema de sentidos con un proceso de selección y clasificación, que hace posible la inteligibilidad y la normatividad del relato histórico. Además, al pretender ofrecer un contenido verdadero, este genera un desdoblamiento que puede observarse en tres aspectos: entre la narrativización y la semantización del contenido, entre el saber propio y el saber del otro, y entre el acontecimiento y el hecho. Con esto, concluye que, si bien la escritura no consiste en llegar a un fin, el discurso histórico termina imponiendo «reglas que evidentemente no son las de la práctica, pero que, diferentes y complementarias, son las de *un texto que organiza lugares con el fin de una producción*» (De Certeau, 2006, p. 114).

FERNAND BRAUDEL: AUTOR/CONTEXTO, PRÁCTICAS Y ESCRITURA

Desde el marco ya esbozado sobre el devenir del desarrollo historiográfico, consideremos ahora algunas cuestiones específicas del recorrido personal de Fernand Braudel. Para Aguirre Rojas (1994), la complejidad y la especificidad del itinerario biográfico-intelectual de Braudel dificultan su reconstrucción, más aún porque sus experiencias de formación, docencia e investigación en diferentes espacios (Francia, Argelia, Brasil) lo marcaron como un *hombre de frontera*:

como un individuo ubicado en una situación de encrucijada en la que desde los márgenes o desde la frontera de un cierto ambiente, ha podido recibir también las influencias y el impacto de otros ambientes, de otras tradiciones culturales y de otras perspectivas o miradas en torno al universo de las ciencias sociales vigentes. (Aguirre Rojas, 1994, p. 113-146).

Según el esbozo biográfico de Aguirre Rojas (1994), el trayecto intelectual de Braudel está marcado por la publicación de sus dos obras más relevantes, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949) y *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV al XVIII* (1979), así como por su experiencia en Argelia (1923-1932) y Brasil (1935-1939), además de las vicisitudes que atravesó en Francia durante la segunda Guerra Mundial. El autor identifica seis fases en su devenir personal. Una primera fase (1902-1927) corresponde a su etapa formativa como alumno de la carrera de historia en Francia, bajo la influencia predominante del modelo erudito y positivista, pero con un primer acercamiento a la historia económica y la influencia de la geografía. En la segunda fase (1927-1937) se observa un proceso de madurez intelectual que lo lleva a una percepción más compleja del mundo mediterráneo, a partir de su inserción en la Escuela de Annales y la inclinación hacia la historia económico-social, lo que despierta su interés por alcanzar la síntesis histórica tomando a las civilizaciones como fundamento explicativo. En el tercer período (1937-1949), como prisionero de guerra, inicia un arduo trabajo de reorganización y análisis de fuentes que desembocará en su concepción histórica de la «larga duración» y la concreción escritural de su tesis doctoral. La cuarta etapa (1949-1963), momento en el que asume desde 1956 como director de *Annales*, está caracterizada por los aportes epistemológicos y metodológicos que realizó en el esfuerzo por construir una teoría de las civilizaciones, además de intervenir con relación a ciertas problemáticas de las ciencias sociales de ese momento. Un quinto período (1963-1979) se inicia con el desarrollo de una explicación general sobre el capitalismo y la modernidad, a partir de un diálogo crítico con el marxismo. Esta trayectoria finaliza en una sexta etapa (1979-1985) marcada por el inconcluso proyecto de escribir una historia de Francia de larga duración, y también por su consagración académica y pública como historiador.

Esa «colosal figura, que se hizo a sí misma», como dice Ruiz Martín (1986, p. 153) en un texto homenaje a Braudel tras su fallecimiento en 1985, no paró de extenderse desde la publicación de su tesis sobre el Mediterráneo en 1949, la que permaneció por mucho tiempo en «el ranking de las tesis doctorales» (Ruiz Martín, 1986, p. 157) y más decididamente con la publicación de su texto sobre la *larga duración* en 1958⁸. Tras su consagración como historiador, siguió una demandante actividad de cursos y disertaciones, viajes a diferentes países, reediciones de su obra y reconocimientos académicos, aunque no por eso estuvo exento de críticos de raíz positivista, marxista o economicista. Según Burke (1999, pp. 43-47), los principales aspectos que se criticaron a la obra de Braudel fueron: la tesis de la quiebra de la burguesía, el vacío sobre las mentalidades colectivas, la organización del libro, el determinismo geográfico, entre otros.

Desde un análisis agudo que repasa algunos abordajes de Lucien Febvre, Vidal de la Blache y Ratzel, estableciendo vinculaciones entre lo histórico y lo geográfico, Fernando Devoto muestra cómo la concepción braudeliana no respondió directamente a la influencia

8. Ver *La historia y las ciencias sociales* de F. Braudel (1970), donde se traduce al español su artículo «La larga duración» de 1958.

que pudo tener de los modelos geográficos tradicionales, pues su formulación respecto a la relación de los hombres con el medio fue diferente, aunque ambigua, en tanto conducía al investigador a moverse permanentemente entre los polos de lo social y lo espacial: «primero de la sociedad en su proyección hacia el espacio, luego del espacio hacia la sociedad» (Devoto, 2000, p. 130). Algo posible de concretar mediante una operación heurística (rastreando la imposición del medio a los hombres y las luchas de los hombres para adaptar el espacio) y una operación conceptual (hechos geohistóricos de primera y segunda categoría). Por todo esto, Devoto concluye que: «La construcción braudeliana vista en una perspectiva temporal reposa, menos en la victoria interdisciplinar, alternada según cada obra, de la geografía vidaliana o ratzeliana sobre la sociología durkhemiana, o viceversa, que en una combinación a la vez de un fuerte naturalismo con una idea también fuerte de ciencia social» (Devoto, 2000, p. 132)⁹.

Revisemos ahora algunos aspectos de la escritura de Braudel en su obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*^o. Como lo explicaba Braudel en el prólogo a la primera edición francesa de 1949, la primera parte trataba de «una historia casi inmóvil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que lo rodea» (Braudel, 2016, T. 1, pp. 20-21), que prácticamente escapaba al tiempo. La segunda tenía que ver con una historia de ritmo lento o «una historia social, la historia de los grupos y las agrupaciones» (Braudel, 2016, T. 1, p. 21), que refería a las economías y los Estados, las sociedades y las civilizaciones. La tercera era la historia de los individuos y de los acontecimientos, es decir, la historia tradicional del momento. Según él, esta descomposición de la historia en tres pisos o tiempos (geográfico, social, individual) respondía principalmente a una necesidad de exposición que afrontaba el desafío de ensamblar dichos elementos para ofrecer una explicación de conjunto.

En el prefacio de 1953 a la primera edición española, Braudel remarcaba que en esta propuesta de nueva historia era fundamental la incorporación de explicaciones provenientes de otras ciencias sociales y alertaba a los lectores que deberían ellos mismos combinar las tres partes del libro expresadas en diferentes retratos e imágenes del Mediterráneo. Mientras que, en el prólogo a la segunda edición francesa, escrito en 1963, tras reseñar el origen del problema central de la obra, Braudel reconocía que ante las nuevas y numerosas investigaciones que siguieron la línea de su trabajo se le presentaron «insidiosas cuestiones de método» (Braudel, 2016, T. 1, p. 28) en el intento por integrar nueva información, aunque el problema básico seguía siendo el mismo.

9. Para Moradiellos (2001, p. 127), lo innovador desde la perspectiva braudeliana fue la consideración del tiempo y el espacio histórico como «dimensiones despolitizadas». Según el autor, esto impulsó los estudios desde la estadística y la cuantificación, y abrió camino para el desarrollo de la historia de las mentalidades.

10. Como ya señalamos, la publicación original en francés es de 1949 y fue traducida al español por primera vez en 1953. Para el tomo primero seguimos aquí la primera edición electrónica en español de 2016 y para el tomo segundo usamos la segunda edición en español de 1987.

En la introducción a la primera parte, titulada «La influencia del medio ambiente», planteaba el recurso a un tipo de geografía *sui generis* que atiende a los factores humanos. Para Braudel (2016, T. 1, p. 31), se trataba de «una historia a cámara lenta que permite descubrir rasgos permanentes», porque la geografía sólo era el medio para «recrear las más lentas de las realidades estructurales», para poder «verlo todo en una perspectiva según el punto de fuga de la duración más larga», y así «descubrir el movimiento casi imperceptible de la historia». Sin embargo, en el cierre de esta sección reconoce que, si bien el propósito era concentrarse en los rasgos constantes, en lo permanente y estable, «en todo aquello que se repite, en la estructura de la vida mediterránea» (Braudel, 2016, T. 1, p. 535), el estudio de las ciudades lo condujo también a la evolución y a las condiciones cambiantes de ese mundo en constante movimiento.

Al introducir la segunda parte, titulada «Destinos colectivos y movimientos de conjunto», señala el paso de la perspectiva de larga escala temporal, que busca lo inmóvil o cuasi inmóvil a una historia social que «se propone tratar una historia de ritmo más próximo a lo individual: la historia de los grupos, de los destinos colectivos, de los movimientos de conjunto» (Braudel, 2016, T. 1, p. 536). El interés estaba puesto en las estructuras sociales y en sus mecanismos de movimiento, las coyunturas, abordando «los problemas relativos a las economías, a los Estados, a las sociedades, a las civilizaciones, a los indispensables intermediarios, y finalmente, a las diferentes formas de guerra» (Braudel, 2016, T. 1, p. 537).

En las conclusiones de esta sección, Braudel advierte que los resultados obtenidos evidenciaban que «no hay una sino unas coyunturas, historias que se superponen al tiempo que se desarrollan simultáneamente», ni siquiera en los ciclos económicos, por lo que la pretendida unidad coherente quedaba abierta a debates y discrepancias: «El análisis coyuntural, aún en el caso de realizarlo a diferentes niveles, no puede nunca proporcionarnos una verdad redonda e indiscutible» (Braudel, 1987, T. 2, p. 329).

En la introducción a la tercera parte, titulada «Los acontecimientos, la política y los hombres», aunque reconocía el acercamiento que esta escritura podía tener con la historiografía tradicional rankeana, Braudel fundamentaba que toda historia global debía recurrir a este tipo de estudio, «pero a condición de que seamos conscientes de que esta historia implica una elección entre esos acontecimientos» (Braudel, 1987, T. 2, p. 336). Como cierre de la obra, el historiador francés defendía su proyecto afirmando que:

Es, además, un intento de historia de una nueva especie, una historia global, escrita en tres registros diferentes, a tres niveles diversos, o, y prefiero esta expresión, tres diferentes temporalidades, siendo mi objetivo abarcar en toda su multiplicidad todos los diferentes tiempos del pasado, y afirmar su coexistencia, sus interferencias, sus contradicciones y la riqueza de experiencias que contienen y que nos brindan. (Braudel, 1987, T. 2, p. 787)

¿POR QUÉ SON RELEVANTES LOS APORTES DE BRAUDEL?

El legado de Fernand Braudel sigue vigente. Varias generaciones de historiadores se formaron con el modelo de su obra y quizás se deba a que su propuesta, además de contar con una sólida investigación documental, también implicó una reflexión profunda sobre la cuestión del tiempo histórico. Sin dudas, esto estimuló tempranamente el pensar la historia en términos macro o globales, pero fue precisamente esa búsqueda de una «historia total» lo que potenció el desarrollo de los estudios regionales: bajo esa premisa metodológica, la región se transformó en el espacio predilecto para observar y analizar los procesos históricos, en la búsqueda de los entrelazamientos e interconexiones de aspectos geográficos, económicos, sociales y políticos, aunque ahora bajo la lupa de la escala micro¹¹. Como señala Bandieri (2017, p. 15): «No se trataba de reproducir a Braudel, sino de armar nuevas hipótesis para otros tiempos y otros lugares», con el fin de romper la mirada historiográfica eurocéntrica y poder «identificar diferentes espacios o regiones que mostrasen una unidad histórica en sus relaciones y cambios, independientemente de la soberanía estatal que corresponda».

En este sentido, para Gamboa Ojeda (1997), el aporte braudeliano no se reduce a simples críticas a la historia tradicional, pues en realidad su principal contribución metodológica tiene que ver con el reconocimiento de la pluralidad de las duraciones del tiempo histórico y social. Precisamente, para el autor, los tres niveles de su monumental obra *El Mediterráneo...* responden al planteamiento de tres tiempos históricos, aunque la cuestión no reside sólo en su distinción, sino en las formas de entrelazarlos para comprender mejor los fenómenos históricos, identificando ritmos, variaciones y movimientos, sobre todo en el marco temporal de estructuras y coyunturas.

A pesar de la relevancia que tuvo la propuesta braudeliana sobre la «larga duración» en el lenguaje de los historiadores y en sus reflexiones teórico-metodológicas, y también como teoría del tiempo con alcance general hacia las ciencias sociales, Aguirre Rojas (2000) afirma que los estudios empíricos que efectivamente aplican esta perspectiva siguen siendo escasos. Esta aparente contradicción se podría explicar, según él, desde una doble dimensión: por un lado, la distancia real entre su planteamiento teórico esquemático y su efectiva operatividad histórica; por otro, la revolución profunda sobre el modo de percepción temporal impuesto por la modernidad. Como interpretación alternativa, el autor identifica algunas semejanzas entre la tradición occidental y oriental de percibir lo temporal, concluyendo que: «Más allá entonces de la filiación occidental de la propuesta braudeliana, resulta interesante subrayar estos evidentes puntos de convergencia y de empatía con los esquemas orientales en torno a la dimensión temporal» (Aguirre Rojas, 2000, p. 118).

Para Boutier (2004), muchas definiciones de Braudel —aunque cargadas de metáforas— lo transformaron en el principal vocero de quienes criticaban a la historia acontecimental.

11. Para revisar sobre el juego de escalas entre lo macro y micro, ver los textos de Revel (2011), Levi (2018) y Fernández (2019).

Y si bien sus planteamientos metodológicos ya habían sido presentados en *El Mediterráneo...*, fue recién en el texto *La larga duración*, de 1958, que Braudel expuso sus principales ideas teóricas sobre el tiempo histórico, en un contexto intelectual francés dominado por el estructuralismo antropológico y las críticas a la cientificidad de la historia¹². Su defensa por una propuesta de «geohistoria», decididamente contraria a la historia de corta duración y al acontecimiento (del que tomó distancia, aunque sin rechazarlo completamente), generó acalorados debates, principalmente respecto al grado de determinismo geográfico que esta perspectiva podía implicar al entrar en diálogo con la sociología durkhemiana o la geografía humana¹³.

En palabras de Ricoeur (2004, p. 179): «El verdadero manifiesto de la escuela de los “Annales” debía ser la entera obra maestra de Fernand Braudel». Dado que la crítica más feroz de Braudel hacia la historia tradicional fue contra el acontecimiento como presuposición de que refiere a la acción individual y como variable central del cambio histórico, Ricoeur le reclama no haber interrogado a la narración en sí misma como modalidad de la historia relato tradicional, aunque también remarca que ese «escalonamiento de las duraciones es una de las contribuciones más importantes de la historiografía francesa a la epistemología de la historia» (Ricoeur, 2004, p. 182), pues, a pesar de la existencia independiente de las tres duraciones, prevalece cierta unidad que permite la configuración de una trama de conjunto. Desde su lectura, esta noción de estructura se aplica más al espacio que al tiempo, porque en el segundo plano de la mediana duración «la geo-historia se transforma rápidamente en geopolítica» (Ricoeur, 2004, p. 339), aunque a costa de una falta de coherencia interna entre los sistemas de organización y, finalmente, en la tercera parte integra los acontecimientos en períodos o en relación con las estructuras y coyunturas de los planos anteriores. Con esto, Ricoeur pretende confirmar su tesis de que «sólo juntos, los tres planos de la obra constituyen una *cuasi trama*» (Ricoeur, 2004, p. 347), o un nuevo tipo de trama virtual en tanto síntesis que «al conjugar temporalidades heterogéneas y cronologías contradictorias, nos enseña a relacionar estructuras, ciclos y acontecimientos» (Ricoeur, 2004, p. 352). El punto endeble del esquema, según Ricoeur, sería una lectura contradictoria de *El Mediterráneo...*: una, en la que se pierde el carácter histórico a costa de la prevalencia del tiempo geográfico, y otra, desde la que lo histórico se desprende por la capacidad del plano coyuntural de establecer un equilibrio entre lo episódico y lo estructural.

Más recientemente, a partir de aquella percepción que tuvo Koselleck (1993) sobre las tensiones y las articulaciones que tiene temporalmente toda sociedad entre su campo de experiencia y su horizonte de espera, Hartog (2007, p. 15) fundamentó su propuesta

12. Sugerimos revisar el debate entre la concepción braudeliana de estructura/larga duración y la antropología estructural de Lévi-Strauss (Bourdé y Martin, 1992, pp. 212-218; Dosse, 2003a, pp. 55-63) con el marxismo (Vilar, 1999, pp. 64-77).

13. Sobre las raíces del concepto de «larga duración», puede verse el capítulo «Acerca de Fernand Braudel y la *longue durée* treinta y cinco años después» (Devoto, 2023).

de *regímenes de historicidad* como «una manera de engranar pasado, presente y futuro» que surge de cada experiencia social para aprehender, ordenar y darle sentido a su propia historicidad. Con esto, Hartog reconoce que busca diferenciarse de la propuesta braudeliana, a la que considera como expresión de un modelo de tiempo exterior «en donde las diferentes duraciones se miden todas en relación con un tiempo exógeno» (Hartog, 2007, p. 16), entendiendo al régimen de historicidad como una herramienta heurística o un esquema de análisis, y no como una realidad dada que pueda corresponderse a una época histórica (como en el caso de las estructuras de larga duración).

Mucho antes, Prost, refiriéndose a las dificultades que genera la construcción histórica del tiempo, y el desafío ineludible que deben resolver los historiadores para delimitar sus objetos de estudio, ha señalado que hacer historia: «Significa construir un objeto científico, historiar, lo cual supone ante todo construir una estructura temporal, distanciada, manipulable, puesto que la dimensión diacrónica es lo que distingue a esta disciplina dentro del conjunto de las ciencias sociales» (Prost, 1996, p. 124).

Para Huidobro Márquez, la contribución braudeliana se ve reflejada en su proyecto de historia global que resulta posible a partir de la multiplicidad de temporalidades y las conexiones entre ellas. Esta construcción didáctica engendra problemas de comprensión, sobre todo en fenómenos que se despliegan entre el plano de larga y mediana duración, entre la estructura y la coyuntura. Recordando que estos marcos temporales braudelianos no fueron percibidos como compartimentos cerrados o valores absolutos, el autor concluye que: «La consciencia en esta pluralidad, de esta pluralidad de temporalidades múltiples y no pocas veces contradictorias, implica agregarse a un cambio de estilo, de estrategia y de lógica del operar en la historia» (Huidobro Márquez, 2016, p. 34).

EDWARD PALMER THOMPSON: AUTOR/CONTEXTO, PRÁCTICAS Y ESCRITURA

Intentar hacer una exposición sucinta sobre la trayectoria y las contribuciones de E. P. Thompson, así como de F. Braudel, implica una tarea casi inabarcable de revisión bibliográfica. Nos detendremos únicamente en algunos aspectos centrales de la clásica obra de Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*¹⁴, a partir de una selección de textos básicos, pues como bien lo reconoce Díez Rodríguez (2013, p. 253): «Sobre esta obra se ha dicho casi todo lo que podría decirse»¹⁵.

14. La edición original en inglés es de 1963. Utilizamos aquí la traducción castellana de 1989.

15. Queremos destacar tres números especiales de revistas que nos permiten revisar variados aspectos biográfico-intelectuales, teórico-metodológicos, político-ideológicos, históricos e historiográficos de Thompson: *Historia Social* (1994, núm. 18, que además ofrece una extensa selección bibliográfica), *Sociología Histórica* (2013, núm. 3, en homenaje a los cincuenta años de la publicación de *La formación*), *Rey Desnudo* (2013, Año II, núm. 3, con un suplemento de trabajos presentados en las jornadas interdisciplinarias ¿Qué hacer con E. P. Thompson?, UNQ). En este capítulo, referiremos a varios de los artículos publicados en estos números especiales.

Desde la publicación de *La formación*, Hobsbawm señala que «como historiador y personaje público, Edward Thompson se elevó como un cohete», y ya para la década de los ochenta «fue el historiador contemporáneo más ampliamente citado en el mundo» (Thompson, 2012, p. 21). Su descripción de Thompson como simplemente un «genio» se fundamenta en que: «Es el único historiador que he conocido que tenía no sólo talento, inteligencia, erudición y el don de la escritura, sino la capacidad para producir algo cualitativamente diferente de lo que el resto de nosotros producíamos» (Thompson, 2012, p. 23). Doménech, en el prólogo de esa reedición de *La formación...*, considera que Thompson es «uno de los más grandes historiadores del siglo XX, acaso el más original, profundo e innovador de su segunda mitad» (Thompson, 2012, p. 11) y que su obra sobre la clase obrera resultó fuertemente polémica en los años sesenta, principalmente porque se esgrimió como una sólida crítica contra la postura revisionista-negacionista, así como contra la versión stalinista ahistórica del marxismo y la actitud despolitizada de la nueva izquierda.

Fontana (2001, p. 245) señala que ese grupo de historiadores marxistas británicos de la segunda mitad del siglo XX¹⁶ estaban «en las antípodas del economicismo del marxismo ortodoxo, con una preocupación dominante por la cultura» y que por su innovador enfoque en cuanto a la noción de clase y su rechazo al marxismo dogmático: «Los medios académicos miraron con recelo a Thompson y se sintieron aliviados cuando no mostró ninguna voluntad de “hacer carrera”» (Fontana, 2001, p. 250), en el sentido de que permaneció como un *outsider* del campo académico. Por eso, para Aróstegui (2001, p. 123), uno de los aportes más relevantes de Thompson fue atender al «proceso de creación de una cultura específica de clase a través de las luchas sociales», ya que, al considerar a la clase como una cultura, esta sólo podía ser el resultado de un proceso de lucha.

Para revisar algunos aspectos cruciales de la vida y obra de Thompson, seguimos el sólido y original trabajo de Estrella (2013), quien, desde el *enfoque sociohistórico* que considera a toda obra como un producto cultural (según la conceptualización de Pierre Bourdieu), se propone analizar tres factores determinantes: el «habitus thompsoniano» y los microcosmos que configuraron su matriz de disposiciones historiográficas, la trayectoria biográfico-intelectual de Thompson en relación con la coyuntura política de la escritura de su obra y el campo de posibilidades que implicó en términos de propuestas previas a la toma de posición intelectual de su autor.

En principio, el sistema de posiciones o *habitus* que internalizó Thompson y que configuraron y articularon sus prácticas estuvo marcado por la influencia de la moral metódica de su familia y su formación escolar desde el campo literario. Esta matriz de disposiciones, de tipo humanista-religiosa de salvación y artístico-poética, conforma el *sentido*

16. Kaye (1989, p. 156) muestra que los escritos de Thompson «deben ser considerados en términos de la tradición histórica y teórica» del conjunto de los marxistas británicos. Ver especialmente el capítulo 6 dedicado a Thompson (152-198). Iñigo Carrera (2013) apuesta por un análisis de los instrumentos teóricos y metodológicos que emplean los historiadores para realizar sus investigaciones, a fin de superar la mirada más personalista sobre determinados referentes.

práctico de Thompson a partir del que se construye su trayectoria social e intelectual en torno a tres *microcosmos*: la educación escolar y académica, el régimen de objetividad de la historiografía académica y la vinculación a la militancia intelectual marxista.

En segundo lugar, atiende al contexto de desarticulación política e ideológica propio de la *sociedad de la opulencia*, ante el que Thompson pretendía «rehabilitar el pensamiento histórico y la figura de la *agency* consciente» (Estrella, 2013, p. 152). Además, debía hacer frente al debate teórico y político que implicaba tomar postura al interior de la nueva izquierda respecto a la existencia o no de las clases sociales. Por eso, en su obra *La formación...* se propuso el objetivo historiográfico de «narrar cómo se había formado la clase obrera a partir de experiencias diversas», pero a fin de alcanzar el objetivo político de «encarar su reconfiguración y dotarla de homogeneidad» (Estrella, 2013, p. 153).

El tercer factor que señala Estrella implicó una intervención directa sobre el campo de posibilidades del mundo académico e intelectual del momento, dado que aún entre quienes aceptaban la existencia de las clases se presentaba una diferenciación analítica en cuanto a considerarla sólo como posición en la estructura social (enfoque *sincrónico* propio del funcionalismo sociológico de N. J. Smelser y R. Dahrendorf, pero también del marxismo ortodoxo), o bien, reconocer el proceso histórico de su formación y comportamiento. Pero incluso, desde esta perspectiva *diacrónica*, se presentaba la discusión entre dos formas de abordajes diferentes: la explicación de tipo economicista o determinista y la mirada culturalista¹⁷.

En esa coyuntura, Estrella (2013) concluye que la toma de posición thompsoniana se define por su rechazo al objetivismo ahistórico y al mecanicismo estructuralista, aunque sin abandonar la relevancia del posicionamiento de los sujetos en la estructura social y a favor de una concepción histórica de la experiencia subjetiva que recupera el acontecimiento y la narración histórica. Pero lejos del relato tradicional, Thompson apeló a una historia social (la llamada historia *desde abajo*)¹⁸ que posibilitó una valoración de la acción obrera consciente, colectiva y voluntaria, es decir, como un acto rupturista y performativo, siempre en el marco histórico de relaciones de fuerzas que operan como condicionantes de clase¹⁹.

17. Para profundizar sobre este debate teórico entre la base y la superestructura, focalizando en los aportes de Thompson, sugerimos el artículo de Meiksins Wood (1994).

18. Meiksins Wood (1983) hace referencia a la postura de Bryan Palmer respecto al cuidado que habría que tener con la noción de «historia desde abajo», pues podría desorientar u oscurecer el alcance del interés de Thompson. Sin embargo, el autor considera pertinente el uso del término en tanto refiere a un movimiento historiográfico que «buscó explorar la amplia base social de los procesos históricos e iluminar el papel del “pueblo común” en la conformación de la historia» (Meiksins Wood, 1983, p. 88). También Kaye (1989, p. 203) caracteriza a la «historia desde abajo» como una visión alternativa que focaliza en las masas y no en las élites, pero aclara que «en realidad es un término genérico que incluye diversas aproximaciones, de las que la de los historiadores marxistas británicos, es sólo una».

19. Desde un abordaje socioanalítico muy original, León (2006) pone en diálogo conceptos analíticos de Pierre Bourdieu y Hayden White para analizar la estrategia narrativa de Thompson en *La formación...*,

Revisemos ahora algunos aspectos de la escritura de Thompson en su obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra*²⁰.

En el prefacio a la primera edición de 1963, Thompson comienza aclarando que su concepción de clase parte de considerarla un fenómeno histórico o resultado de una relación histórica, más que una estructura, una categoría o una cosa: «Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia» (Thompson, 1989, p. XIII). Con esta postura, se alejaba tanto de las ortodoxias positivistas como de una rama también ortodoxa del marxismo (y así lo reconoció en el prefacio a la edición de 1980)²¹.

Si la experiencia responde a las relaciones de producción, la conciencia de clase es la expresión cultural de esas relaciones. Por eso, para Thompson (1989, p. XIV): «Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está». Esto lo conduce a disentir con la definición del sociólogo Dahrendorf, quien desde su teoría funcionalista del conflicto social reducía la pertenencia a una clase por el simple hecho de ocupar una posición o un papel social. Contrariamente, la postura del historiador inglés es que: «La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición» (Thompson, 1989, p. XV). Para comprender mejor a la clase social, es necesario, entonces, verla «como una formación social y cultural que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable» (Thompson, 1989, p. XVI).

Del conjunto de la obra, probablemente el capítulo 6, «Explotación», sea el más referenciado y analizado por los historiadores. Su punto de partida era la difundida «correlación entre la fábrica de algodones y la nueva sociedad industrial» (Thompson, 1989, p. 198): expresión que estaba en Marx y Engels y que también compartían otros pensadores conservadores, radicales y socialistas. Sin embargo, Thompson alertaba que «no deberíamos dar por sentada cualquier correspondencia automática, o demasiado directa, entre la

la que se expresa como «una comedia trágica, fuertemente irónica y sinecdóquica, con algunos elementos satíricos» (León, 2006, p. 345). Con su particular «ejercicio de objetivación del discurso intelectual» (León, 2006, p. 363), concluye que su *modo de explicación* narrativa evidencia una «fuerte tensión entre lo práctico y lo teórico, una fuerte preocupación por encontrar siempre un sentido político en los hechos históricos y de tantear la historia como búsqueda de “semillas” libertarias» (León, 2006, pp. 355-356).

20. La edición original en inglés es de 1963. Utilizamos aquí la traducción castellana de 1989.

21. Sobre la cuestión de los *conceptos* empleados por el historiador, Florescano (2012, p. 162) sostiene que: «Generalmente los historiadores utilizan dos tipos de conceptos: los establecidos por la gente en su propio tiempo para designar realidades en las que estaban inmersos (feudo, vasallaje, religión). Por otro lado es común que el historiador recurra a conceptos creados en el tiempo en que se escribe y, por lo tanto, extraños a la época que trata: clases, capitalismo, inflación, etc.». Sugerimos el artículo de Salazar Silva y Cuasposd Cáliz (2020), en el que analizan específicamente las categorías históricas que desarrolló Thompson, destacando su esfuerzo metodológico, teórico y reflexivo.

dinámica del crecimiento económico y la dinámica de la vida social o cultural» (Thompson, 1989, p. 201). Esa abrupta ruptura impediría ver «la continuidad de las tradiciones políticas y culturales en la formación de las comunidades obreras» (Thompson, 1989, p. 202). Por este tipo de observaciones es que Thompson es considerado como un *marxista culturalista*, en oposición a la versión más economicista o determinista del materialismo histórico. De hecho, su afirmación de que «la formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica» (Thompson, 1989, p. 203) expresa con claridad esta postura.

Según entendemos, Thompson no trata de negar la influencia de lo económico, en este caso del sistema fabril, sobre el proceso de formación de la clase obrera inglesa, sino de reconocer el conjunto de experiencias previas a la Revolución industrial que tenían los trabajadores (tradiciones artesanas, religiosas, políticas): «La clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros» (Thompson, 1989, p. 204). En este punto, Thompson sale al cruce contra lo que denomina la visión de la *ortodoxia catastrófica clásica*, enfocada en la miseria de los obreros y la represión estatal, y la *nueva ortodoxia anticatastrófica*, atenta a la tasa de crecimiento económico, las guerras y los problemas comerciales y bancarios. Esa mirada pretendía ofrecer una conclusión más positiva respecto a los resultados de la Revolución industrial, criticando la visión moralizante de la historia, mientras que para Thompson la clave estaba en considerar que «tanto el contexto político como la máquina de vapor tuvieron una influencia determinante sobre la conciencia y las instituciones de la clase obrera que se estaban configurando» (Thompson, 1989, p. 206). Es decir que fue la intensificación tanto de la explotación económica como de la opresión política, unido al sentimiento respecto de esas injusticias, lo que condujo a la conformación de la clase obrera inglesa, y que en esto reside «la naturaleza verdaderamente catastrófica de la Revolución Industrial» (Thompson, 1989, p. 208).

Tras revisar críticamente los análisis de referentes destacados del marxismo, en torno a la situación del nivel de vida de los obreros en el contexto de la Revolución industrial, Thompson cierra el capítulo sosteniendo que entre 1790-1840 «hubo una pequeña mejora en la media del nivel de vida material», aunque paralelamente también «hubo una explotación intensificada, una mayor inseguridad y una miseria humana creciente» (Thompson, 1989, p. 222). Al final de la obra retoma esa controversia, reafirmando que cualquier tipo de evaluación al respecto debe tener en cuenta la experiencia de los obreros, tanto desde lo material como desde lo cultural, especialmente en Inglaterra, donde el proceso de la industrialización fue más doloroso y violento. Puesto que: «No es ni la pobreza ni la enfermedad, sino el trabajo, el que proyecta la sombra más oscura sobre los años de la Revolución Industrial» (Thompson, 1989, p. 496).

¿POR QUÉ SON RELEVANTES LOS APORTES DE THOMPSON?

Ya en el prólogo a *La formación...*, Fontana señalaba que a pesar de los años esta obra «sigue conservando toda su vigencia y su capacidad de sugerir nuevas vías» (Thompson,

1989, p. IX), en gran medida por la calidad que presenta en términos científicos y porque va más allá de la erudición en el intento de encontrar los profundos significados de la historia. Por su parte, Sáenz Loroño y Coma Vives (2002, p. 311) destacan que la revalorización de las luchas sociales que emprendió Thompson puso en cuestión «las teorías liberales de la modernización que minimizan el papel del conflicto social y de la clase trabajadora en la historia», aunque reconocen que, si bien su obra «tuvo límites insospechados», también «su pensamiento padeció algunas contradicciones irresolubles» (Sáenz Loroño y Coma Vives, 2002, p. 333). Más recientemente, pero con similar valoración, Ramírez-Galvis (2023, p. 191) recuerda que desde su publicación la obra de Thompson adquirió «una atemporalidad que le impide envejecer en los polvorientos anaqueles del olvido», probablemente porque fue «capaz de revelar algunos de los asuntos más íntimos de la naturaleza humana» y también porque genera cierta empatía en los lectores ante el relato de las injusticias que padecen los obreros²².

Probablemente, la recuperación de la experiencia histórica es una de las principales contribuciones del enfoque thompsoniano y, para Sorgentini (2000, p. 53), ese rescate implicó «una reivindicación del oficio del historiador como lugar desde el que es posible la construcción de estas nuevas perspectivas teóricas», dado que las críticas que esgrime Thompson contra el modelo althusseriano se sustentan en su pensamiento histórico-social de la experiencia; por lo tanto, esta «no puede ser comprendida sino desde la perspectiva del oficio de historiador a partir de la cual ha sido pensada» (Sorgentini, 2000, p. 80).

Benítez Martín (1996) recuerda que si bien con la publicación de *La formación...* «una bocanada de aire fresco animó los espíritus más críticos», también debe reconocerse que treinta años después –al momento en que escribía– «no podemos contentarnos con unas tesis que Thompson defendió en el fragor de una polémica y una lucha concretas», pues él mismo «nunca pretendió ofrecer respuestas definitivas» (Benítez Martín, 1996, p. 157). Para el autor, debemos valorar y matizar la relevancia de las respuestas que ofreció Thompson en su propio contexto, y rescatar sobre todo su impulso revisionista de la historia y del socialismo que proporcionó «nuevas preguntas desde las que profundizar en estos nuevos análisis» (Benítez Martín, 1996, p. 158).

Una visión diferente parece tener Quesada (2015, p. 140), cuando afirma que la obra de Thompson «es hoy más relevante que nunca como ejemplo histórico». Quesada propone por esto un análisis comparativo de los puntos en común y las divergencias entre la transformación de la sociedad inglesa a inicios de la industrialización y la situación actual de cambio social, atendiendo al «agravio moral» como factor detonante en la formación de una clase obrera con conciencia de lucha, algo que Thompson identificó en el pasado histórico pero que en la actualidad aún no se evidencia, dado que la vía electoral sigue

22. Incluso, hay quien sostiene como hipótesis que Thompson «no fue, en realidad, un historiador marxista sino burgués, puesto que renegó abiertamente de los principios esenciales del marxismo» y, además, fueron sus propias críticas las que «contribuyeron a preparar el terreno para la actual historiografía posmoderna y *girolingüística*» (Rodríguez Acevedo, 2007, p. 10).

siendo la estrategia política moderada «en una dirección que se nos antoja más nostálgica que transgresora» (Quesada, 2015, p. 168).

Si nos planteáramos una *reapropiación crítica del enfoque thompsoniano*, Camarero (2009) señala con agudeza los dos posibles tipos de objeciones a este abordaje. Por un lado, se podría impugnar su desliz metodológico «hacia el terreno del subjetivismo, el empirismo y el culturalismo»; sin embargo, si se analiza el capítulo 6, «Explotación», se observa que hay «una evaporación de los factores estructurales: la explotación aparece en escena en términos subjetivos, entendida más como la percepción de la misma por los obreros que como la extracción de plusvalía». Por otro, ante un peso decisivo de la voluntad y la conciencia, se podría dejar de reconocer «la base material última de la explotación económica de donde surge la lucha de clases», con lo que «se disuelven los criterios sobre los que elaborar la historia social» (Camarero, 2009, p. 142).

Para Díez Rodríguez (2013, p. 253), esa «condición rompedora e innovadora» que manifestó *La formación...*, respondió tanto a su propia «sustancia heterodoxa» como a «la crisis que su autor vive con respecto al marxismo». Para corroborar este punto, el autor señala algunas cuestiones polémicas que surgieron al interior del marxismo ya desde principios del siglo XX²³, cuando la situación de violencia en los países comunistas del este europeo marcó «el arranque del proceso que supondrá el ocaso del marxismo como *movimiento* intelectual que unía de manera inseparable teoría y praxis revolucionaria» (Díez Rodríguez, 2013, p. 259). Por eso, según Díez Rodríguez, la «divergencia thompsoniana» con ese marxismo ortodoxo se expresará en su intento por reconciliar la relación entre *clase* y *conciencia* de clase, por medio de la recuperación histórica de la experiencia y la voluntad, aunque este innovador «revisionismo thompsoniano» debe ser comprendido desde la influencia de William Morris²⁴ y también por cuestiones idiosincrásicas del propio Thompson y su contexto, que podrían explicar, en parte, por qué rechazó una doctrina, a la vez que pretendía ser leal a ella: algo que compartió con «tantos otros que vivieron esta especie de esquizofrenia intelectual funcional» (Díez Rodríguez, 2013, p. 282).

Otros puntos de vista asimismo llegan a valoraciones matizadas, e incluso críticas, del aporte thompsoniano. Para Acha (2013, p. 313): «Thompson no logró plasmar adecuadamente una reinterpretación del marxismo pues se mantuvo dentro del pensamiento de un “materialismo histórico”», aunque destaca su contribución propiamente «historiográfica» frente a las vertientes de tipo «analítica» y «sintética», dominantes en la bibliografía marxista (Acha, 2013, p. 332). Del mismo modo, Iglesias y López (2013, p. 224) intentan dar cuenta de la paradoja que presenta *La formación...*, en tanto: «contiene un complejo trasfondo analítico que permite entrever una práctica historiográfica que elude algunos

23. Una revisión profunda sobre los argumentos de Thompson respecto a la acción humana puede verse en Palmer (2013).

24. Para revisar la vinculación de Thompson con los trabajos de Raymond Williams, sugerimos el artículo de Stavale (2022). Respecto a la influencia de Gramsci, tanto sobre Thompson como en Hobsbawm, ver el estudio comparativo de Sebares (2013, pp. 220-222).

callejones sin salida a los cuales llevaron las proposiciones teóricas que Thompson formuló explícitamente»²⁵. Mucho antes, Fontana (1994, p. 3) recordaba que Thompson «fue durante algunos años un historiador “de moda”», y Millán (1996, p. 66) alegaba que quizás la principal ruptura del marxismo thompsoniano sea haber «cortado los lazos con esa especie de materialismo histórico que se complace en el ejercicio eterno de comprobarse a sí mismo»; aunque frente a las nuevas motivaciones e interrogantes de la historiografía actual, también afirmaba que «el descrédito de muchas interpretaciones de la tradición marxista ha fundamentado un terreno no muy receptivo para un esfuerzo innovador como el que proponía Thompson» (Millán, 1996, p. 75).

Finalmente, cabe destacar que el impulso de esa «historia desde abajo» promovió entre los historiadores un marcado giro hacia la escala micro, en el esfuerzo por comprender las experiencias, representaciones y prácticas de los sujetos. Además de los aportes de Thompson, debemos reconocer especialmente las contribuciones del italiano Carlo Ginzburg (1939) y la historiadora estadounidense Natalie Zemon Davis (1928-2023). Ante la «crisis de los grandes paradigmas» en la historiografía y el cuestionamiento posmoderno sobre la científicidad de las ciencias sociales, sus trabajos revitalizaron teórica y metodológicamente la investigación histórica, mediante el juego de escalas macro-micro, la ampliación de fuentes, la profundización conceptual y la recuperación de la narrativa histórica.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La revisión de las contribuciones de Braudel y Thompson, atendiendo al contexto social de producción de sus obras, las prácticas de la disciplina que emplearon y renovaron, y la escritura misma de la historia que propusieron (siguiendo a De Certeau), nos conduce a reflexionar sobre la relevancia que tienen los estudios históricos en la actualidad. Aunque al interior de la profesión tengamos en claro que la *historiografía* no refiere al simple estudio de los hechos pasados, no deja de sorprender la circulación de este tipo de vaguedades y equívocos, tanto en medios académicos como en la esfera pública.

Quizás por eso, quienes nos dedicamos a la investigación y enseñanza de la historia todavía debemos combatir contra presupuestos simplistas y defender con fundamentos teóricos, metodológicos e historiográficos, el carácter científico de nuestra disciplina, sumado al carácter interrelacionado de las dimensiones propias de la realidad social en el tiempo, los regímenes de historicidad de las sociedades y la complejidad de los fenómenos históricos que exigen un ejercicio crítico de interpretación y comprensión/explicación, además de las exigencias profesionales que requiere el oficio de historiador y la práctica de la enseñanza de la historia.

25. Sobre esta paradoja, ver el texto de Sewell (1994).

La *función social de la historia* no es asunto menor. Por el contrario, en el siglo XXI adquiere mayor relevancia a medida que las sociedades sucumben ante el *presentismo* y la aceleración del tiempo histórico. La ruptura actual entre pasado-presente-futuro, y la brecha cada vez más evidente que las sociedades enfrentan entre el campo de experiencia y su horizonte de espera, nos exigen revalorizar la dimensión social, ética y política que implica el estudio y la enseñanza de la historia. Por todo esto, queremos cerrar este capítulo con tres reflexiones de destacados historiadores que pueden resultar muy esclarecedoras respecto de lo que venimos argumentando:

Para Prost (1996, p. 283): «La cuestión de la función social de una historia que renuncia a decir algo sobre nuestros problemas actuales aparece con claridad si nos interrogamos sobre lo que puede pasar con la enseñanza de esa producción desencantada».

Para Fontana (2001, p. 353): «Uno de los mayores retos que se nos presentan hoy a los historiadores es el de volver a implicarnos en los problemas de nuestro tiempo como lo hicieron en el pasado aquellos de nuestros antecesores que ayudaron con su trabajo a mejorar, poco o mucho, el mundo en que vivían».

Para Pozzi (2020, p. 292): «El comprender un hecho histórico es en sí mismo un acto moral y político, y la capacidad de comunicar esa interpretación histórica es algo que puede, en principio, brindar instrumentos para tomar mejores decisiones políticas y morales en el futuro».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACHA, O. (2013). E. P. Thompson: un marxista contra el marxismo como «materialismo histórico». *Rey Desnudo*, Año II, (3), 312-333.
- AGUIRRE ROJAS, C. A. (1994). (Re)construyendo la biografía intelectual de Fernand Braudel. *Obradoiro de Historia Moderna*, (3), 113-146.
- _____. (2000). *Ensayos braudelianos. Itinerarios intelectuales y aportes historiográficos de Fernand Braudel*. Prohistoria-Manuel Suárez.
- _____. (2004). *La Historiografía en el siglo XX. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?* Ediciones de Intervención Cultural.
- ARÓSTEGUI, J. (2001). *La investigación histórica: teoría y método*. Crítica.
- AURELL, J. et al. (2013). *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Akal.
- BANDIERI, S. (2017). La historia en perspectiva regional: aportes conceptuales y avances empíricos. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 52(1), 11-30.
- BENÍTEZ MARTÍN, P. (1996). *E. P. Thompson y la historia: un compromiso ético y político*. Talasa Ediciones.
- BOURDE, G. y Martin, H. (1992). *Las escuelas históricas*. Akal.

- BOUTIER, J. (2004). Fernand Braudel, historiador del acontecimiento. *Historia Crítica*, 1(27), 239-258.
- BRAUDEL, F. (1970). *La Historia y las Ciencias Sociales*. Alianza Editorial.
- _____. (1987). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (T. 2, 2ª reimp.). FCE.
- _____. (2016). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (T. 1, 1ª ed. elect.) FCE.
- BURKE, P. (ed.) (1993). *Formas de hacer Historia*. Alianza.
- _____. (1999). *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*. Gedisa.
- CAMARERO, H. (2009). Las concepciones de E. P. Thompson acerca de las clases sociales y la conciencia de clase en la historia. *Espacios de crítica y producción*, (40), 136-142.
- CARDOSO, C. F.S. (1981). *Introducción al trabajo de la investigación histórica: conocimiento, método e historia*. Ariel.
- CASTRO ORELLANA, R. (2010). Michel de Certeau: Historia y Ficción. *Ingenium. Revista de historia del pensamiento moderno*, (4), 107-24.
- CORCUERA de MANCERA, S. (2013). *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX* (1ª ed. elect.). FCE.
- DE CERTEAU, M. (2006). *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana.
- DEVOTO, F. (2020). Montaña y emigración: un itinerario historiográfico (o a propósito de Fernand Braudel y el determinismo geográfico). *Estudios Sociales*, Año X, (18), 123-135.
- _____. (2023). *Historiadores en el tiempo: bosquejos y retratos*. Clacso-Flacso.
- DÍEZ RODRÍGUEZ, F. (2013). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*: E. P. Thompson y la crisis del marxismo. *Sociología Histórica*, (3), 251-284.
- DOSSE, F. (2003a). *La historia: conceptos y escritura*. Nueva Visión.
- _____. (2003b). *Michel de Certeau: el caminante herido*. Ibero.
- FERNÁNDEZ, S. (2019). Ver de cerca, ver lo pequeño, ver lo diferente: una cuestión de escala. En C. Salomón Tarquini et al. (eds.) *El hilo de Ariadna: propuestas metodológicas para la investigación histórica* (pp. 39-50). Prometeo Libros.
- FLORESCANO, E. (2012). *La función social de la historia* (1ª ed. elect.). FCE.
- FONTANA, J. (1994). E. P. Thompson, hoy y mañana. *Historia Social*, (18), 3-7.
- _____. (2001). *La historia de los hombres*. Crítica.



- FUENTES CRISPÍN, N. V. (2007). El lugar de producción de la historia: el sujeto histórico Michel de Certeau. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (34), 475-497.
- GAMBOA OJEDA, L. (1997). Fernand Braudel y los tiempos de la historia. *Sotavento*, 1(2), 33-45.
- HARTOG, F. (2007). *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. Universidad Iberoamericana.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (2004). *Tendencias historiográficas actuales*. Akal.
- HOURCADE, E. (1991). El conocimiento histórico objetivo según Ranke. *Estudios Sociales*, (1), 209-214.
- HUIDOBRO MÁRQUEZ, J. C. (2016). Fernand Braudel, la historia y el tiempo. Una introducción. *Revista Somepso*, 1(2), 8-37.
- IGGERS, G. (1998). *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Idea Universitaria.
- IGLESARIO, F. M. y López, D. (2013). Reflexiones en torno a algunos implícitos de la práctica historiográfica de E. P. Thompson. *Rey Desnudo*, Año II (3), 222-232.
- ÍÑIGO CARRERA, N. (2013). La clase obrera en E. P. Thompson y en Karl Marx. *Rey Desnudo*, Año II, (3), 421-430.
- KAYE, H. J. (1989). *Los historiadores marxistas británicos: un análisis introductorio*. Prensas Universitarias.
- KOSELLECK, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós Básica.
- LEÓN, P. C. (2006). El discurso intelectual de E. P. Thompson. *Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (33), 337-364.
- LEVI, G. (2018). Microhistoria e historia global. *Historia Crítica*, (69), 21-35.
- LYTHGOE, E. (2009). Pasado y presente en Paul Ricoeur y Michel de Certeau. Algunas consideraciones. *Tópicos. Revista de filosofía*, (17/18), 173-190.
- MASTROGREGORI, M. (1995). El problema histórico de los primeros *Annales* (1929-1945). *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (36), 9-22.
- MEIKSINS WOOD, E. (1983). El concepto de clase en E. P. Thompson. *Cuadernos Políticos*, (36), 87-105.
- _____. (1994). Entre las fisuras teóricas: E. P. Thompson y el debate sobre la base y la superestructura. *Historia Social*, (18), 103-124.
- MILLÁN, J. (1996). La formación de las clases después de Thompson: algunos debates actuales. *Historia Contemporánea*, (13-14), 63-85.
- MORADIELLOS, E. (2001). *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*. Siglo XXI.

- NAVARRO PÉREZ, J. (1999). Historia magistra políticas. Notas sobre la conexión entre teoría de la *historia* y teoría política en Ranke. *Res publica*, (4), 93-108.
- PALMER, B. D. (2013). La historia como polémica: El análisis de contrarios en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. *Sociología Histórica*, (3), 59-92.
- PARDO, R. (2005). Verdad e historicidad. El conocimiento científico y sus fracturas. En E. Díaz (ed.) *La posciencia. El conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad* (pp. 37-62), Biblos.
- PASAMAR ALZURIA, G. (1994). La invención del método histórico y la historia metódica en el siglo XIX. *Historia Contemporánea*, (11), 183-213.
- POZZI, P. et al. (2020). *Haciendo Historia: herramientas para la investigación histórica*. Clacso.
- PRADO ARELLANO, L. (2010). El hecho histórico y su historia. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 15, 265-280.
- PROST, A. (2001). *Doce lecciones sobre la Historia*. Ediciones Cátedra.
- QUESADA, J. (2015). E. P. Thompson y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*: algunas claves para leer el presente. *Clivatge*, (3), 139-169.
- RAMÍREZ-GALVIS, D. O. (2023). E. P. Thompson y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 60 años después. Diálogo con el historiador colombiano Mauricio Archila Neira. *Revista Cambios y Permanencias*, 14(2), 191-198.
- REVEL, J. (2011). Micro versus Macro escalas de observación y discontinuidad en la historia. *Tiempo Histórico*, (2), 15-26.
- RICOEUR, P. (2004). *Tiempo y Narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo XXI.
- _____. (2009). *Tiempo y Narración. Tomo III: El tiempo narrado*. Siglo XXI Editores.
- _____. (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. FCE.
- RODRÍGUEZ ACEVEDO, J. M. (2007). Del revisionismo británico al posmodernismo: E. P. Thompson. *Nómadas*, (15), 1-14.
- SALAZAR SILVA, F. y Cuaspud Cáliz, A. L. (2020). Las categorías históricas de E. P. Thompson. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 41(122), 111-128.
- SÁNZ LOROÑO, M. A. y Coma Vives, F. (2002). La revolución democrática en E. P. Thompson: una forma radical de escribir historia. *Sociología Histórica*, (3), 311-336.
- SEBARES, F. E. (2013). Thompson y Hobsbawm frente a los dilemas del marxismo historiográfico: concepción de la historia, estrategia teórica y propuesta política. *Sociología Histórica*, (3), 199-250.

- SEWELL, W. H. (1994). Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera. *Historia Social*, (18), 77-100.
- SORGENTINI, H. (2000). La recuperación de la experiencia histórica: un comentario sobre E. P. Thompson. *Sociohistórica*, (7), 53-80.
- STAVALE, S. (2022). En las fronteras del marxismo: un análisis crítico de los principales conceptos de Edward Palmer Thompson y Raymond Williams. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 22(1), 1-17.
- THOMPSON, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica.
- _____. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Capitán Swing Libros.
- VILLALOBOS, R. (2007). Comentarios y bibliografía sobre la historiografía de Leopold von Ranke. *Andamio Historias*, (66/67), 129-134.
- WHITE, H. (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. FCE.
- VILAR, P. (1999). *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Crítica.
- ZEITLER, E. (2015). Cuarenta años de *La escritura de la historia*. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricoeur. *Historiografías: revista de historia y teoría*, (9), 65-80.

Capítulo 3. Historiografías sobre el pasado reciente: Europa, América Latina y Argentina

MARÍA SILVIA LEONI Y ELÍAS ZEITLER

DE LA «MEMORIA COLECTIVA» A LA «HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE»

Las relaciones, ambiguas y cambiantes, entre memoria e historia no son una novedad. En rigor, un rasgo de la vida humana social es precisamente su tendencia a construir en comunidad los relatos de su propio pasado a partir de un insumo esencial, la «memoria colectiva». Ese concepto, tan difundido en los ámbitos culturales e intelectuales de occidente desde las últimas décadas del siglo XX, sigue expresando todavía el fuerte legado decimonónico de la sociología durkhemiana a través de uno de sus discípulos: Maurice Halbwachs (1877-1945)¹.

Sus trabajos pioneros escritos entre 1920 y 1940, *Los marcos sociales de la memoria* ([1925] 2004a) y, póstumamente, *La memoria colectiva* ([1950] 2004b), en los que propuso abordar la memoria desde un enfoque sociológico, fueron recuperados y revisados luego de la Segunda Guerra Mundial: en ese nuevo contexto en el que comenzaba a debatirse públicamente, y con creciente intensidad, el dilema de las sociedades europeas ante la amnesia o el deber de memoria. Siguiendo a Paolo Jedlowski (2000), podemos sintetizar los aportes de Halbwachs en las siguientes tesis: 1) la memoria colectiva se inscribe siempre en marcos sociales que la contienen, 2) toda memoria responde a un proceso de selección y reconstrucción, 3) la principal función de la memoria es reforzar la identidad colectiva.

Para Maurice Halbwachs (2004b), la memoria colectiva se diferenciaba de la historia por dos razones. Por un lado, porque mientras que la memoria colectiva expresa la conciencia de un grupo desde la continuidad del recuerdo, y a pesar de sus irregularidades mantiene el vínculo entre pasado-presente, la historia, en cambio, establece arbitrariamente etapas y períodos marcados por el cambio y la ruptura. Por otra parte, la especialización de la historia junto con su tendencia a un relato homogéneo, sumado a la postura

1. Ver el capítulo de Marie-Claire Lavabre (Pérotin-Dumon, 2007) y el texto de Diego Alberto (2013).



objetiva e imparcial que pretenden los historiadores, evidencia sus diferencias con la memoria colectiva que se manifiesta de forma múltiple.

Si como intuía Pierre Vidal-Naquet (1996), la historia rigurosa puede elaborarse en contra de una memoria colectiva, también es cierto que toda memoria puede enriquecer la mirada del historiador². Asimismo, reconocía que toda memoria colectiva responde a una organización y selección dentro de un proceso de rivalidades sociales propias de las «sociedades plurales», diferente a las «sociedades autoritarias» en las que desde el poder se impone tanto una memoria como una historia oficiales³.

Como bien lo identificó Michael Pollak (2006), esa tradición durkhemiana condujo a Halbwachs a poner el énfasis en la dimensión colectiva de la memoria entendida como «cosa» y en su fuerza institucional capaz de imponer una cohesión social incluso reconociendo su carácter selectivo. Sin embargo, ya se podía evidenciar un cambio de perspectiva en los estudios de memoria que comenzaban a indagar sobre sus procesos constructivos, especialmente de aquellas «memorias subterráneas» que, aun permaneciendo al margen durante mucho tiempo, podían en un contexto favorable irrumpir en la esfera pública con sus propias demandas y reivindicaciones (Pollak, 2006).

En otra investigación (Zeitler, 2022), hicimos referencia a la reflexión de Elizabeth Jelin (2021), a casi dos décadas de la publicación de *Los trabajos de la memoria* —la primera edición fue en 2002—, donde propone entender a las memorias como procesos subjetivos e intersubjetivos, los que se manifiestan en experiencias o instituciones, en marcas materiales o simbólicas. Para Jelin, esto implica el «análisis de la dialéctica entre individuo/subjetividad y sociedad/pertenencia a colectivos culturales e institucionales», considerando también que «las memorias, con sus recuerdos, silencios y olvidos, son siempre plurales y, en general, están en contraposición o aun en conflicto con otras» (Jelin, 2021, p. 11). Además, afirma que dado el carácter construido y cambiante de los sentidos del pasado, los hechos deben ser siempre interpretados: en sus palabras, es necesario «historizar la memoria». Siguiendo a esta socióloga, pionera de estos estudios en Argentina, podemos reconocer a las memorias: 1) como procesos subjetivos, anclados en experiencias y en marcas simbólicas y materiales; 2) como objetos de disputas, conflictos y luchas; 3) y expuestas también a los cambios sobre el sentido del pasado. Según su argumento, lo anterior posibilita pasar de una visión dicotómica de la memoria, como recuerdo subjetivo/ intersubjetivo o verdad histórica, a reconocer la importancia del papel activo y productor de los sujetos individuales y colectivos (Jelin, 2021).

2. Josefa Viegas (2007) ofrece claras definiciones sobre: recuerdo, pasado y memoria colectiva. Marcial Sánchez Mosquera (2008) profundiza sobre los usos y abusos de términos como: recuerdo, memoria (colectiva e histórica), testigo, conmemoración, silencio y olvido, identidad e ideología.

3. Elizabeth Jelin (2000) señala que, a pesar de los consensos que se puedan generar, siempre habrá diversas miradas e interpretaciones sobre el pasado como expresión de las luchas políticas que se libran en torno a los sentidos de la historia y la memoria.

¿Qué es lo nuevo entonces? Como indica Gabriela Águila (2012), no es tanto el interés de los propios historiadores por reflexionar sobre la memoria y el pasado cercano, sino la conformación de un campo disciplinar específico. Para Hugo Fazio Vengoa (2007), ese interés por el presente es constitutivo de la historia misma, y la historia del presente no escapa al campo histórico general ni en términos analíticos ni metodológicos. Asimismo, Gonzalo Pasamar Alzuria (2009) ha mostrado cómo podemos encontrar antecedentes en historiadores de los siglos XVI y XVII, quienes imbuidos en la cultura humanista se destacaron por su gran erudición y el sentido de cambio histórico que percibieron. Como ya señalamos en el capítulo anterior, la tesis de François Hartog sobre el actual régimen de historicidad presentista, anclada en la propuesta de Reinhart Koselleck sobre el *sattelzeit* como bisagra semántica en la historia para mediados del siglo XVIII, reforzó la necesidad de este tipo de estudios⁴. Por su parte, Alejandro Cattaruzza (2011) rastrea esas primeras publicaciones académicas que tomaron a la memoria como objeto de reflexión, destacando la influencia previa que tuvieron la historia oral, los estudios de historia cultural y la crisis social coyuntural desde 1970: «la memoria se tornaba importante precisamente cuando más amenazada se encontraba en virtud de aquellos obstáculos» (Cattaruzza, 2011, p. 159). Pero esa «consagración de la memoria», como bien lo advierten otros referentes, también se manifestó en el vertiginoso crecimiento de un mercado editorial universitario e historiográfico, reforzado por demandas políticas, pedagógicas, incluso judiciales (Peiró Martín, 2004a)⁵.

Quizás, por esto, Jean-Pierre Rioux (1997) alertaba tempranamente sobre la mayor provocación de la memoria que inquietaba a los historiadores hacia fines del siglo XX, incentivando el desafío de objetivar las formas de representación del pasado, no para sacralizarlo, más bien para comprenderlo. Si desde la segunda mitad del siglo XIX lo que estaba en juego era la conformación de una historiografía en sintonía con la memoria nacional –algo que la escuela metódica de rasgo positivista respaldó–, lo sorpresivo para los historiadores en las últimas décadas ha sido la nueva presión memorialística (Rioux hablaba de «fiebre conmemorativa» y «culto del recuerdo») que exigió a la historiografía volverse sobre sí misma para repensar sus fundamentos⁶.

Mucho antes, pero al margen todavía del ámbito académico europeo occidental, el historiador judío Yosef Yerushalmi publicó en 1982 una pequeña obra titulada *Zajor* (palabra en hebreo que se traduce como ‘recuerda’). Su objetivo era entender por qué dentro del judaísmo la historiografía permanecía como una práctica marginal a pesar

4. Para profundizar en este punto, puede verse la introducción «Escribir la historia en el cambio de siglo» de Enzo Traverso (2012, pp. 11-31).

5. Para Ignacio Peiró Martín (2004a), estas obras pretenden generar una conciencia ciudadana que confronta con la historia tradicional en defensa de una actitud crítica. Una exposición más amplia, en Fazio Vengoa (2010).

6. Similar apreciación expuso Andreas Huyssen en su destacada obra *En busca del futuro perdido* (2007).

de la relevancia que siempre tuvo la memoria colectiva del pasado de esta comunidad. Considerando además que en el texto bíblico la orden de recordar (*zajor*) se establece como imperativo religioso para el pueblo de Israel, al autor le llamaba la atención que dicha exigencia de memoria no se expresó en un mayor interés por el pasado en sentido histórico real. Como respuesta, señalaba que no todo hecho histórico adquiere la significatividad necesaria como para transformarse en objeto de recuerdo dentro de un relato o narrativa histórica de intervenciones divinas y acciones humanas; pero también porque fueron los sacerdotes y profetas, y no los historiadores, quienes establecieron las concepciones y significados de la historia del pueblo de Israel (Yerushalmi, 2002). Le interesaba entonces rastrear el significado que el pasado tuvo en la historia, en la memoria y en la escritura de la historia para los judíos, especialmente porque en la Biblia estos elementos están estrechamente vinculados, y «la historiografía no es más que una de las expresiones de la conciencia de que la historia es significativa y de la necesidad de recordar, y ni el significado ni el recuerdo dependen en último término de ella» (Yerushalmi, 2002, p. 15).

Casi cerrando el siglo, François Bédarida (1998) percibía que estábamos ante un viraje historiográfico inclinado por una «rehabilitación del presente». En aquel texto explicaba por qué en los años setenta había defendido la noción de «historia del tiempo presente», cuando circulaban otras denominaciones como «historia inmediata» o «historia contemporánea». Ante la imposibilidad de una cronología precisa de inicio, definía a este nuevo campo historiográfico como «un terreno movedizo, con periodizaciones más o menos elásticas, con aproximaciones variables, con adquisiciones sucesivas», cuya principal característica estaba dada «por el hecho de que existen testigos y una memoria viva» (Bédarida, 1998, p. 22). Para esta historia, y los historiadores profesionales, el desafío no era sólo científico en el sentido de brindar explicaciones sólidas ante la rehabilitación del acontecimiento, sino también hacer frente a esa «demanda social» de interpretación del pasado (Bédarida, 1998, p. 23). Por encima de las objeciones más comunes que pueden hacerse a este tipo de abordaje historiográfico, como el reclamo del «distanciamiento» o la aparente «carencia de fuentes», afirmaba que: «En realidad, la verdadera objeción a poner a la historia del tiempo presente sería la de que debe analizar e interpretar un tiempo del cual no conoce ni el resultado concreto ni el final» (Bédarida, 1998, p. 24). Frente a esto, y atendiendo también al rol que asume el testigo –como testimoniante de un pasado, un sentido y una verdad–, la responsabilidad del historiador es mayor para con el relato que elabora y la «exigencia de verdad»⁷.

7. Fue Annette Wiewiorka (1998) quien advirtió tempranamente que la sociedad occidental había entrado en la «era del testigo». Respecto a la relevancia del testigo, Dora Schwarzstein (2001) señala que el valor de los testimonios también está en atender al impacto que pudo tener sobre los testigos, pues si no consideramos esta faceta, tampoco podremos comprender las respuestas o reacciones que tuvieron ante dichas circunstancias.

Josefina Cuesta Bustillo fue una de las primeras en brindar una concepción dinámica sobre la «historia del tiempo presente» entendiéndola como: «análisis histórico de la realidad social vigente, que comporta una relación de coetaneidad entre la historia vivida y la escritura de esa misma historia, entre los actores y testigos de la historia y los propios historiadores» (Cuesta Bustillo, 1993, p. 11, cito en Allier Montaño, 2018, p. 103).

Retomando esta concepción, Ángel Soto Gamboa (2004) identifica una serie de argumentos que se han esgrimido en contra de la historia del presente: el problema de las fuentes y la distancia temporal, carencia de objetividad y desconocimiento del final, quiebra del *continuum* de la historia de Occidente, independencia del conocimiento y carencia de instrumentos epistemológicos y metodológicos, y el uso político del pasado. Estos argumentos críticos son puestos en duda por Guadalupe Ballester (2013), para quien, en todo caso, refieren al trabajo histórico de cualquier período y no exclusivamente a la historia presente, aunque el rasgo de «pasado abierto» siga siendo su punto débil.

En estas circunstancias, el debate sobre los vínculos entre memoria e historia resultó profundamente abonado por la hermenéutica del reconocido filósofo francés Paul Ricoeur, desde una fenomenología de la memoria y respecto de la escritura de la historia. En el año 2000, en la conferencia Marc Bloch, organizada por el grupo de *Annales*, Ricoeur expuso sucintamente algunas de sus ideas al respecto: en principio, que el problema de la representación iniciaba en la dimensión de la memoria⁸, para trasladarse luego al plano epistemológico de la historiografía, donde afloran las dificultades de la «operación historiográfica», tanto en su fase documental como en la instancia de explicación/compreensión, y en la representación de la escritura⁹. Para Ricoeur (2007), el primer problema respondería a la necesidad de comprobación fáctica del acontecimiento, la huella documental y su carácter probabilístico¹⁰; el segundo estaría dado por la construcción de su objeto de investigación, temporalidades y escalas, y el sentido de la acción humana en el devenir histórico; el tercero implicaría revisar aspectos propios del discurso histórico y sus figuras retóricas en la narración, así como las dificultades que presenta el estudio de la recepción y lectura de una obra historiográfica. Reconoce que, si bien el «deseo de verdad» está presente en toda la operación historiográfica, así como la fidelidad lo está en la memoria, el precio que paga finalmente la historia es el de aceptar «que la memoria siga siendo la matriz de la historia aún cuando la historia haga de ella uno de sus objetos» (Ricoeur, 2007, p. 27).

8. Según Ricoeur (2007), las dificultades de la memoria son consecuencia de la imagen de lo ausente, el recuerdo y la mimesis, el sujeto de la memoria –individual o colectivo– y la pragmática de la memoria –impedida, manipulada, forzada–.

9. En este punto, Ricoeur (2007) recupera y actualiza la propuesta de Michel de Certeau, a la que hicimos referencia en el capítulo 2 de este libro. Para profundizar, ver Ricoeur (2010) y Zeitler (2015).

10. Ricoeur (2007, p. 23) afirma que: «Al juez le corresponde condenar y castigar, y al ciudadano le corresponde militar contra el olvido y en nombre de la equidad de la memoria; al historiador le queda la tarea de comprender sin inculpar ni disculpar».

Unos años antes, Tzvetan Todorov, en su obra *Los abusos de la memoria* ([1995] 2000), alertaba sobre una «memoria amenazada» ante el accionar intencional de apropiación o supresión de la misma por parte de los regímenes totalitarios del siglo XX. Pero si la recuperación de la memoria y la historia era una estrategia de lucha contra los mecanismos de poder de estos regímenes, al adquirir ese rasgo ético como «deber de memoria», resulta necesario que se transforme también en objeto de estudio y reflexión. Por un lado, porque memoria (literal o ejemplar) y olvido no se oponen, más bien responden a un proceso de selección (individual, institucional, estatal) con miras a una determinada utilización del pasado. Por otro, porque memoria y pasado no siempre comparten el mismo lugar social, pues en algunos momentos o ámbitos pueden adquirir diverso grado de interés (para un individuo o comunidad, para la ciencia o la justicia). Ante ese panorama, Todorov (2000) reconocía cierta obsesión europea o «culto a la memoria», como expresión de una nostalgia casi compulsiva por conmemorar el pasado, a riesgo de un desentendimiento de problemas actuales que también exigían la mirada alerta de los intelectuales¹¹.

Enzo Traverso (2007, p. 67) advierte que esa «obsesión conmemorativa» de las sociedades occidentales llevó a que en la actualidad prácticamente «todo se transforma en memoria», y por eso se pregunta por el origen y las formas de esta obsesión. El historiador italiano revisa las relaciones entre historia y memoria haciendo hincapié en el rasgo de *oficio* que adquiere como disciplina para transformar a la memoria en objeto de estudio¹². En sus palabras: «Esto significa aprender de la memoria, pero también pasarla por el tamiz de una verificación objetiva, empírica, documental y fáctica, señalando si es necesario sus contradicciones y sus trampas» (Traverso, 2007, p. 76). Ahora bien, el nexo principal, que es a la vez el punto en discordia entre ambas esferas de la experiencia humana, refiere a la cuestión de la temporalidad: mientras la memoria refuerza la continuidad y la permanencia, la historia pretende alcanzar una ruptura con el pasado para historizarlo. Pero también cabe diferenciar entre memorias fuertes u oficiales y débiles o subterráneas, lo que dependerá de las instituciones, agentes y estrategias que las respalden, habilitando un mayor acercamiento de la historia escrita a las memorias fuertes. Finalmente, la cuestión de la justicia viene a marcar otra escisión: mientras la memoria puede respaldar la verdad judicial en un sentido definitivo y normativo, la historia sólo se escribirá de manera parcial y provisoria, en tanto operación intelectual que reflexiona sobre los fenómenos históricos y sus contextos (Traverso, 2007)¹³.

11. Schwarzstein (2002) alerta que, a pesar de esta obsesión por la memoria, resulta paradójico que también se señale a la amnesia como rasgo característico en la sociedad actual. Respecto a los vínculos entre la memoria colectiva y las ceremonias conmemorativas, sugerimos la lectura de David Díaz Arias (2006-2007), quien ofrece un panorama teórico –partiendo de los aportes de Víctor Turner (1974)– para abordar a las conmemoraciones como rituales que construyen representaciones sociales en torno a la identidad nacional.

12. Como ejemplo, Traverso destaca la investigación de Ludmila da Silva Catela (2001).

13. Carlo Ginzburg (1991) reflexionó agudamente sobre las diferencias entre el trabajo del historiador y del juez.

En definitiva, según la apreciación de Julio Aróstegui (2004b, p. 17): «Los *retos* de la memoria parecen ineludibles en la vida cultural de hoy. Los *trabajos* de la historia no pueden ignorarlos». El historiador español nos recuerda que desde los años noventa del siglo pasado vienen creciendo los estudios sobre la memoria y, desde mucho antes, el interés social por ella. También sugiere cierta correlatividad entre memoria e historia por referir ambas al campo de la experiencia y la temporalidad humanas; en ese sentido, la memoria es más que el acto de recordar o un depósito del pasado, pues refiere a «una facultad fundamentalmente activa, reorganizadora y coordinadora, estructurante» (Aróstegui, 2004b, p. 20). Recuperando algunas ideas de Halbwachs, avanza hacia lo que considera el problema central que deben afrontar actualmente los historiadores: la relación que mantiene la memoria como representación de una experiencia con la historia entendida como «racionalización y objetivación temporalizadas y expuestas en un discurso, por decirlo así, de tal experiencia» (Aróstegui, 2004b, pp. 23-24). Con lo cual, y a pesar de sus puntos de correlatividad, la postura de Aróstegui es que memoria e historia no son lo mismo por cuestiones divergentes entre fiabilidad/veracidad, fragmentariedad/unidad y oralidad/escritura¹⁴. El trabajo de la historia será entonces producir una «historización de la memoria», teniendo al testimonio como punto de convergencia, pero respetando los límites metodológicos propios de la investigación científica que caracterizan a la historiografía como tal, a fin de dar cuenta de los cambios que operan en la memoria y los sentidos que desde ella se elaboran sobre el pasado¹⁵.

Mientras la memoria es valor social y cultural, es reivindicación de un pasado que se quiere impedir que pase al olvido, la historia es, además de eso, un discurso construido, obligatoriamente factible de contrastación y objetivado o, lo que es lo mismo, sujeto a un método. (Aróstegui, 2004b, p. 27)

Desde otro ámbito académico, el historiador Dominick LaCapra (2009), referente de la historia intelectual norteamericana, se detuvo a reflexionar sobre dos aspectos cruciales en la relación de historia y memoria: por un lado, la complejidad que supone el estudio del acontecimiento traumático, marcado por rupturas o cortes en el recuerdo; por otro, el interés creciente por los sitios de memoria vinculados a marcas traumáticas y al duelo

14. Pierre Nora (1984) fue uno de los primeros en sostener la separación de estas dos esferas, sin dejar de reconocer sus puntos de conexión. Unos años después, Henry Rousso (1990) demarcó las etapas por las que atraviesa la memoria en su devenir histórico.

15. Peiró Martín (2004b, p. 294) nos recuerda que, ante ese «exceso de memoria», es mayor la responsabilidad que deben asumir los historiadores y la misma historiografía como disciplina, apelando para ello a «la conceptualización teórica, la complejidad de la interpretación y el sentido crítico de nuestra función social».

asociado a ellas¹⁶. En cuanto al rol del testimonio, advierte que no sólo es una fuente para la historia, en tanto generador de nuevos interrogantes y desafíos de abordaje ante la transferencia implicada entre el testigo y el analista. LaCapra reconoce la importancia de la memoria como fuente de información para dar cuenta de las representaciones y apropiaciones de los sujetos, y la fuerza de las tradiciones, pero resalta por encima de esto una doble función de la historia: «la adjudicación de exigencias de verdad y la transmisión de recuerdos puestos críticamente a prueba» (LaCapra, 2009, p. 34). Sobre el problema de la transferencia del trauma, propone que: «El historiador debe elaborar una posición subjetiva al negociar la transferencia y su implicancia en el entramado trágico de las posiciones de los participantes» (LaCapra, 2009, p. 57). Es decir que su posición no debe limitarse a una actitud de empatía o antipatía, para con la víctima o el victimario, sino buscar una superación de la misma atendiendo al entramado subjetivo que se conformó en esa red de relaciones y que ahora puede, y debería, analizar críticamente (LaCapra, 2009)¹⁷.

De lo anterior se desprende que las apreciaciones respecto a la conceptualización y los alcances metodológicos de la historia del tiempo presente responden a múltiples visiones historiográficas, aunque en términos generales podríamos decir que refiere a fenómenos históricos que todavía están presentes en la memoria colectiva de una generación, y a los que se pretende historizar como acontecimientos en el tiempo y experiencias individuales y sociales, así como en sus diferentes modos de representación y transmisión (Mudrovic y Rabotnikof, 2013; Pescader, 2003; Prades Plaza, 2017).

A modo de síntesis, citamos la caracterización de la historia del tiempo presente según Eugenia Allier Montaña:

1) su objeto de estudio es el presente; 2) el presente está determinado por la existencia de las generaciones que vivieron un acontecimiento; 3) la existencia de coetaneidad entre la experiencia vivida por el historiador y el acontecimiento del que se ocupa; 4) la perspectiva multidisciplinaria del campo; 5) la presencia de demandas sociales por historizar el presente, particularmente respecto a temáticas de violencia, trauma y dolor; y 6) las tensiones y complicidades entre historiadores y testigos. (Allier Montaña, 2018, pp. 110)

16. En otra obra, LaCapra (2005, p. 63) reconocía que: «El estudio de acontecimientos traumáticos plantea problemas particularmente espinosos de representación y escritura».

17. LaCapra (2005, p. 64) propuso el concepto de «desasosiego empático» para referirse a esa posición mediada por la transferencia, en el esfuerzo por alcanzar un conocimiento historiográfico «en el cual las reivindicaciones de verdad no son objetificaciones unidimensionales ni estrechamente cognitivas», y en el que se puedan incluir también los «afectos que pueden exponer el yo a un desasosiego». Una exposición más amplia, en Zeitler (2022).

POLÍTICAS DE MEMORIA Y USOS PÚBLICOS DEL PASADO

La relación de las sociedades con sus respectivos pasados está constituida por una multiplicidad de vínculos de gran complejidad. Entre las problemáticas sustantivas para comprender la vida de las sociedades contemporáneas podemos citar la constitución de los sistemas de representaciones de esos pasados, a través de las interacciones de la industria cultural, la memoria y la historiografía; las políticas de la memoria que despliegan los Estados; las posiciones hegemónicas o subalternas que alcanzan diversas representaciones.

El trabajo que dirigiera Pierre Nora sobre *Les lieux de mémoire* introdujo nociones tales como la de *lugares de memoria*, *memoria oficial* y *políticas de la memoria*.

Los «usos del pasado» y las «políticas de la memoria» constituyen, en la actualidad, una de las áreas de mayor crecimiento en la investigación y en el debate historiográfico, que abarca una serie de temas interconectados en los que la cuestión de la relación entre historia y memoria juega un papel fundamental. Ambas comparten un espacio de poder: la gestión del pasado y el control de las éticas públicas.

Si bien la discusión sobre las relaciones entre historia y memoria no es nueva, cobró significación en las últimas décadas. Existe hoy una abundante bibliografía sobre este núcleo problemático, que ha sido abordado desde distintas disciplinas y diferentes perspectivas debido fundamentalmente al aporte de científicos sociales europeos, estadounidenses y mexicanos.

Los grupos sociales seleccionan del pasado determinados referentes, haciendo recortes de este que se reactualizan según las necesidades del presente. Dado que la memoria colectiva es selectiva, se deben identificar los principios de selección y observar cómo cambian en cada grupo y a través del tiempo, estableciéndose «itinerarios de memoria».

Una noción útil para el análisis, que nos proporciona indicadores de la relación del pasado con el presente, es la de «lugares de memoria». Esta noción abstracta, destinada a desentrañar la dimensión rememoradora de los objetos, más allá de su realidad histórica, se propone poner de relieve la construcción de una representación y la formación de un objeto histórico en el tiempo. Estos objetos (Nora, 1984), que cumplen una función simbólica, pueden ser tanto materiales como inmateriales (monumentos, espacios públicos, lugares históricos, emblemas, ceremonias conmemorativas, mitos, palabras clave).

Una identidad común se construye en el lenguaje de los símbolos inherentes a la memoria colectiva, los que también son usados como armas en la batalla por el control del pasado. De allí la importancia de identificar e inventariar los distintos lugares de memoria surgidos en los diferentes ámbitos, insertándolos en los itinerarios de memoria para luego analizar su valor simbólico, así como relevar las distintas instancias de institucionalización de las memorias y representaciones del pasado por parte del Estado (nación, provincia o municipio) o de grupos sociales y políticos a través de la construcción de monumentos, determinación de lugares históricos, programación de actos conmemorativos, establecimiento de nomenclatura urbana, entre otros.

La noción «políticas de la memoria» hace referencia a los discursos y las prácticas por medio de las cuales se decide quién, cómo, cuándo y en qué condiciones se escoge lo que la sociedad debe recordar y lo que debe olvidar. Estas elecciones se materializan y evidencian en los usos que públicamente se hacen de la historia como relato identitario legítimo de la comunidad (en la escuela, el espacio público, las conmemoraciones rituales, los museos, monumentos y otros «lugares de la memoria»; Groppo, 2002).

Estas políticas de la memoria están constantemente en disputa, ya que los diversos actores sociales buscan consolidar su propia memoria como la hegemónica y se resisten a los olvidos y silencios a los que ellos o sus antepasados han sido sometidos.

Como resultado, los usos que se hacen de la historia están sujetos a constante resignificación y transformación. Hayden White destaca «el grado en el que la historiografía sirve al sistema de domesticación y disciplinamiento de la sociedad», a través de la educación y la conmemoración, por ejemplo, ya que «su función ha sido, las más de las veces, disciplinar y adaptar la memoria ciudadana del pasado a lo que un grupo dominante en el poder exige de sus “sujetos”» (White, 2002, p. 14). La forma en cómo recordamos el pasado tiene un profundo impacto en lo que haremos en el futuro y en cómo viviremos (Hirsch, 1995).

La labor legislativa que se ha desplegado en los últimos años en distintos países con las llamadas leyes memoriales ha obligado a acudir a los historiadores, quienes han entrado en el debate desde distintas posturas. El caso más notorio son las múltiples leyes memoriales francesas emitidas entre 1990 y 2005, que establecen el reconocimiento del Genocidio armenio, de la trata y la esclavitud como crímenes de lesa humanidad, y del papel positivo de la colonización francesa en el norte de África. También podemos incluir el caso español, con la Ley de Memoria Histórica (2007).

En Francia señalamos la siguiente cronología vinculada con estas leyes:

- Affaire Faurisson (1979): sobre negacionismo.
- Ley Gayssot (1990): penaliza la negación del Holocausto.
- Ley armenia (2001): reconocimiento del Genocidio armenio.
- Ley Taubira (2001): sobre esclavitud y trata.
- Ley rapatriés (2005): sobre los beneficios de la colonización.
- Affaire Pétré-Grenouilleau (2005): sobre tráfico de esclavos.
- Asociación Liberté pour l'Histoire (2005): creada contra las iniciativas legislativas de criminalizar el pasado.
- Ley Masse (2007): sobre Genocidio armenio.
- Informe de la Misión de información sobre las cuestiones memoriales de la Asamblea Nacional (2008).

Finalmente, resultan de interés las decisiones del Consejo Europeo de Ministros (2007) y la Declaración de Blois (2008), firmada por historiadores europeos, que señala:

Preocupados por la moralización retrospectiva de la historia y la censura intelectual, hacemos un llamamiento para la movilización de los historiadores europeos y por la sabiduría de los políticos. La historia no debe ser esclava de la política contemporánea, ni tampoco puede ser escrita en la lucha de memorias en competencia. En un estado libre, ninguna autoridad política tiene el derecho de definir la verdad histórica y restringir la libertad del historiador con la amenaza de sanciones penales.

En este punto cabe un llamamiento a los historiadores para unir sus fuerzas en cada uno de sus países para crear estructuras similares a la nuestra y, por el momento, de manera individual firmar el presente recurso de casación, para poner fin a este movimiento hacia las leyes destinadas a controlar la memoria histórica.

Pedimos a las autoridades de gobierno reconocer que, si bien son responsables del mantenimiento de la memoria colectiva, no deberán establecer, por ley y para el pasado, una verdad oficial, cuya aplicación legal puede llevar a graves consecuencias para la profesión de la historia y de la libertad intelectual en general.

Posiblemente, han sido los estudiosos de los fenómenos de la memoria quienes primero y más insistentemente han advertido acerca del carácter, cada vez más problemático, de los usos de la historia. Se ha señalado una proliferación actual de una cultura de la memoria que se habría convertido en una «obsesión memorialista» de grandes proporciones, así como una redefinición de los contornos del espacio público debido a esta obsesión por archivar cualquier trazo del pasado. También se ha constatado que cuantos mayores, traumáticos y acelerados han sido los cambios políticos, sociales y económicos, tanto más se han afirmado las identidades nacionales y culturales en general.

Así, el vocablo *memoria* ha constituido un imprescindible punto de partida y un importante hilo conductor para constatar la complejidad del problema de los usos de la historia. Sin embargo, resulta insuficiente para estudiar todos y cada uno de los problemas que plantea el uso público de la historia.

La expresión «uso público de la historia» fue acuñada por Jürgen Habermas durante la controversia de los historiadores alemanes a mediados de la década del ochenta. Dicha expresión no tuvo una pretensión teórica en el contexto de la polémica. Es más bien un vocablo de carácter descriptivo y polémico lanzado contra los historiadores conservadores y contra el discurso político que los respaldaba. La llamada «disputa de los historiadores» ha contribuido a caracterizar el problema de los usos públicos de la historia, incorporando no sólo este término, sino también plasmando la preocupación de ciertos historiadores por la importancia ética y política de la historia del tiempo presente y reflejando las contradicciones de la mayoría de ellos ante los usos de la historia que traspasan el puro ámbito académico (Acha, 1995; Mann, Nolte y Habermas, 2011).

Su desarrollo en el campo de la historiografía se debe fundamentalmente a la obra del historiador italiano Nicola Gallerano. Uno de los principales aportes de este nuevo dominio de

investigación consiste en su capacidad para ofrecer una visión más compleja de los modos en que circulan el conocimiento y la memoria históricos (Pasamar Alzuria, 2003).

Hoy constituye uno de los más significativos temas de investigación y debate historiográficos, pues viene a resumir los principales problemas derivados del inusitado interés por el pasado que se observa en las últimas décadas en los más diversos ámbitos políticos y sociales¹⁸.

Existen dos perspectivas opuestas para abordar el problema, por un lado, la que se interesa por esos usos, pero tiende a contraponerlos a la historiografía profesional y, por otro, quienes sostienen que la historia como conocimiento social no es prerrogativa de los historiadores y subrayan especialmente el hecho de que estos comparten el espacio público con muchos otros interesados y curiosos. La primera postura tuvo sus mayores defensores entre los miembros de la nueva historia francesa y la segunda entre los historiadores anglosajones partidarios de la historia desde abajo.

Las ciudades son el escenario en el que quedan expuestas, legitimadas o en conflicto las distintas representaciones del pasado que conviven, con mayor o menor armonía, en cada sociedad. En este sentido, el espacio urbano se entiende como el depósito de las representaciones culturales en el que el Estado o los grupos sociales dominantes tratan de imponer determinadas visiones del pasado y seleccionar los hechos sobre los que pretenden —o han pretendido— basar su presente.

A través de los lugares de memoria pueden visualizarse las relaciones existentes entre los grupos gobernantes y la sociedad con su pasado. El lenguaje de la memoria se expresa a través de múltiples medios, entre los cuales revisten especial importancia las formas monumentales y las obras conmemorativas que están ligadas a una pedagogía cívica que torna a la ciudad en instrumento de educación con el fin de inculcar valores cívicos e identitarios (Agulhon, 1994; Zárate Toscano, 2010).

Los trabajos arqueológicos y las instituciones, como los archivos y museos, cumplen también un importante papel en la constitución de lugares de memoria y en la recuperación/invención de tradiciones.

Los estudios han sido receptivos a las propuestas de análisis de los emblemas sociales de Durkheim, la interpretación de la memoria colectiva según Halbwachs (2004b) —y la actualización que de ella hace Ricoeur (2010)—, el estudio del drama social presentado por Víctor Turner (1974), la definición del rito de Marc Augé y de la interpretación de por qué las sociedades recuerdan de Paul Connerton (Díaz Arias, 2007).

A partir del estudio de las fiestas, los historiadores han buscado comprender la memoria y el imaginario colectivo de cada época. Marcan un punto de partida en esta línea los estudios de Mona Ozouf sobre la fiesta en tiempos de la Revolución francesa. Sobre la construcción de monumentos, se destaca el aporte de Maurice Agulhon (1994) y su concepto de «estatuomanía» en Francia.

18. Un ejemplo puede verse en Carreras Ares y Forcadell (2003).

La historiografía alemana de las últimas dos décadas ha añadido dos componentes fundamentales: la paulatina incorporación de una memoria de la segunda Guerra Mundial cada vez más institucionalizada, que ofrece continuamente motivos para el debate en la propia sociedad alemana y la problemática del Holocausto, que ha adquirido una gran notoriedad internacional, sobre todo en el ámbito anglosajón.

En América Latina, principalmente en el Cono Sur, los estudios sobre la memoria, si bien hoy exhiben una mayor diversidad, se vincularon inicialmente con el tema de las dictaduras militares más recientes, tomando como modelo los estudios sobre el Holocausto judío.

A un nivel nacional y regional, los estudios sobre políticas de memoria y usos de la historia han sido trabajados en relación con la historia reciente, involucrando temáticas vinculadas a conmemoraciones, homenajes, planificación urbana y monumental, entre otras. Como ejemplo podemos mencionar los trabajos de Elizabeth Jelin (2002, 2021), Ludmila da Silva Catela (2001, 2022), Florencia Levín (2008), Marta Philp (2006, 2009, 2013) y María Silvia Leoni y María Núñez Camelino (2022).

PANORAMA HISTORIOGRÁFICO DE LOS ESTUDIOS SOBRE EL PASADO RECIENTE EUROPEO, LATINOAMERICANO Y ARGENTINO

En Europa occidental, las investigaciones sobre el pasado cercano han recibido diversas denominaciones (historia muy contemporánea, historia actual, historia del tiempo presente, historia inmediata, historia reciente) y su desarrollo también respondió a demandas y circunstancias propias de cada espacio nacional, adquiriendo relevancia en Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y España. Igualmente diversa ha sido la incorporación de estos temas en los ámbitos de enseñanza media y universitaria, aunque se observa una presencia mayor en las instituciones francesas (Soulet, 1999)¹⁹.

Josefina Cuesta Bustillo (1998), historiadora española pionera en los estudios de historia del tiempo presente, señala que recién en la década de 1980 se difundieron los estudios de memoria en Europa y Estados Unidos. Según la autora, estos primeros trabajos en perspectiva sociológica, y luego también histórica, se enfocaron en analizar las características y los usos de la memoria colectiva, atendiendo también a los silencios y olvidos, y a las instituciones/asociaciones que comenzaron a proliferar en el esfuerzo por defender lugares/sitios que anclaban recuerdos colectivos, impulsando así la creación de museos y la celebración de conmemoraciones: paralelamente, la rápida expansión de investigaciones se patentó en nuevos conceptos que acompañaron al de «memoria», familiar o

19. Fue precisamente Jean-François Soulet (2009) quien apeló al concepto de «historia inmediata», mas que nada por la posibilidad de acceso a las fuentes y los testigos. En cambio, el término de «historia reciente» fue acogido en Latinoamérica, y la obra de Franco y Levín (2007) lo fundamenta en función de las situaciones traumáticas que experimentaron estas sociedades.

popular, burguesa o comunista, de un partido o comunidad, local o nacional, de género, entre otras²⁰.

En Francia, el impulso historiográfico de estos estudios sobre memoria respondió a la temprana creación del Instituto de Historia del Tiempo Presente, en 1978, bajo la dirección de François Bédarida²¹. El texto de Pierre Sauvage (1998) nos ofrece un panorama sobre su surgimiento, métodos utilizados y problemáticas que abordó. En primer lugar, en el devenir cronológico de este enfoque señala que hubo una toma de conciencia por parte de los historiadores franceses respecto a la necesidad de abordar el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial (con René Rémond al frente), estimulados también por los trabajos de investigación periodística que proponían el análisis de una «historia inmediata» (con Jean Lacouture al frente). A esto deben añadirse la incidencia de tres factores: el giro historiográfico a lo político, la aceleración del tiempo histórico y las demandas sociales. En segundo lugar, desde lo epistemológico y metodológico, las primeras reflexiones por parte de los referentes de la historia del tiempo presente se limitaron al uso de las nuevas fuentes, el recurso a la comparación, la vinculación con otras ciencias sociales y la recuperación temporal de la larga duración. Posteriormente, las revisiones y fundamentaciones debieron ampliarse para afrontar las dificultades propias que planteaban el uso de testimonios orales, la implicación subjetiva y ética del investigador, y el desconocimiento de una historia inacabada que todavía estaba en curso (Sauvage, 1998).

Para Anne Pérotin-Dumon (2007), la instalación pública y académica de la historia del tiempo presente en Francia respondió a un nuevo contexto caracterizado por la emergencia de una renovada generación de historiadores biográficamente distanciados de la segunda catástrofe bélica mundial, junto a la apertura de archivos, un sentimiento de ruptura e inicio de un nuevo tiempo histórico a partir de 1945, y la necesidad de repensar el colaboracionismo francés durante la ocupación nazi. En ese panorama: «Un punto de inflexión historiográfica estaba en ciernes» (Pérotin-Dumon, 2007, p. 72). Dentro del marco institucional fundado a fines de la década de 1970, señala que las contribuciones de François Bédarida, Henry Rousso y Pierre Nora fueron fundamentales para la consolidación de este nuevo campo de estudios: las premisas de Bédarida sirvieron para anclar el trabajo del historiador al «acontecimiento dramático» como nexo entre pasado y presente, la postura de Rousso (2018) desafió a comprender ese acontecimiento en la duración media de las representaciones (apelando al concepto de *catástrofe* como brecha para el inicio de lo contemporáneo) y demarcar los límites de la indagación histórica en comparación con la

20. En ese desarrollo conceptual de los estudios de memoria colectiva se sumaron contribuciones teóricas como la de Eric Hobsbawm en torno a la «tradición inventada», de J. Olick y J. Robbins respecto a la «maleabilidad del pasado», de Patrick Hutton sobre el proceso comunicativo del recuerdo, entre otros. También desde lo metodológico fueron importantes los estudios referidos a la oralidad, el trauma, los medios de comunicación, lugares de memoria y capas de memoria (Menjíbar Ochoa, 2005).

21. Por esta temprana institucionalización, el caso francés ha sido considerado como paradigmático (Allier Montaño, 2018).

pericia judicial²², mientras que el programa impulsado por Nora corroboró que el pasado no sólo es asunto de historiadores profesionales y que, de hecho, las formas y expresiones de vinculación que una sociedad establece con el mismo son cambiantes en el tiempo y están atravesadas por la memoria y la identidad (Pérotin-Dumon, 2007).

Para el caso alemán, Walther Bernecker (1992 y 1998) señala que hasta la década de 1970 los estudios de historia reciente se limitaban al período 1917-1945, y que a pesar de la influencia teórica del marxismo no hubo una renovación metodológica en la disciplina histórica, predominando todavía el abordaje de temas políticos, diplomáticos y económicos. Fue de la mano de la historia social y posteriormente de la historia de la vida cotidiana que empezaron a incorporarse investigaciones con nuevos temas y miradas, las que además superaron el corte de 1945 y se aventuraron al análisis del período de posguerra. En este desarrollo jugó un rol importante el Instituto para la Historia del Tiempo Presente de Múnich y la revista que comenzó a publicar desde 1953, además de su labor en la edición de fuentes.

Como ya señalamos, el desarrollo historiográfico alemán estuvo marcado por la *historikerstreit* (polémica o querrela de los historiadores) en torno a los crímenes del nazismo que tuvo como principales referentes a Ernst Nolte y Jürgen Habermas. Sobre el detonante de esta discusión, Bernecker (1998, p. 31) nos aclara que: «No se trataba de presentar nuevas fuentes o resultados de investigación, sino de preguntar si los crímenes y asesinatos del Tercer Reich podían ser “relativizados”, comparándolos con crímenes de otras dictaduras en el mundo». A esto se sumó otro debate más encarnizado entre los historiadores alemanes por la tesis de Fritz Fischer respecto a las causas de la Primera Guerra Mundial y su rol detonante para el ascenso del nazismo: como resultado hubo un impulso de renovación temática —con nuevas preguntas y problemas— y metodológica —con nuevos enfoques y técnicas, además de la interdisciplinariedad—, lo que consolidó a la historia del tiempo presente en una nueva generación de investigadores alemanes (Bernecker, 2018).

En España, al igual que en otros países europeos marcados por los fascismos y la represión estatal totalitaria, los historiadores impulsaron una renovación historiográfica que sacudió la versión oficial franquista, sobre todo respecto a la Guerra Civil (1936-39) y el período de dictadura (1939-75), y de esta manera contribuyeron con sus trabajos de gran rigor empírico «al surgimiento de una conciencia histórica y moral en torno del pasado nacional» (Pérotin-Dumon, 2007, p. 80), a tal punto que, en este caso, fue la memoria pública española la que se nutrió de las investigaciones históricas.

En este país han tenido una merecida relevancia los trabajos de Julio Aróstegui, principalmente su obra *La historia vivida* (2004a). Como lo recalca Allier Montaño (2018), el gran aporte de Aróstegui fue retomar el concepto de *generación* como un fenómeno

22. Una exposición sintética sobre las características que Rousso atribuyó a la historia del presente puede verse en Allier Montaño (2018), quien destaca el rol del testigo y el acontecimiento, las relaciones con el poder y las demandas sociales y judiciales que exigen la experticia del historiador.

histórico caracterizado por la sucesión y la interacción a fin de enfocar los estudios al *presente histórico* del que el historiador es coetáneo y no necesariamente a la inmediatez de un suceso.

Más recientemente, Pasamar (2023) reconoce que los estudios sobre historia del tiempo presente en España no han gozado del mismo prestigio que en el espacio francés, pero aún así se alcanzó un importante avance desde las cátedras universitarias abocadas al estudio de la historia contemporánea a fines de los sesenta, adquiriendo relevancia pública desde los setenta e impulsando investigaciones históricas sobre la Guerra Civil y la dictadura de Franco desde los años ochenta; esto se expresó con publicaciones de libros, revistas especializadas y congresos o jornadas que contribuyeron a su difusión²³.

Respecto a la situación de los estudios de historia reciente en América Latina, la bibliografía es extremadamente abundante, especialmente en los países que evidencian un crecimiento sostenido de investigaciones y publicaciones en torno al pasado reciente como Argentina, Chile, Uruguay y Brasil. Entre las obras que posibilitan una mirada de conjunto y esbozan un panorama del estado actual del conocimiento, cabe destacar: *Historizar el pasado vivo en América Latina* (Pérotin-Dumon, 2007), *Temas y procesos de la historia reciente de América Latina* (López, Figueroa y Rajland, 2010), *Las luchas por la memoria en América Latina: historia reciente y violencia política* (Allier Montano y Crenzel), *Historia reciente de América Latina: hechos, procesos y actores* (Coraza y Dutrénit, 2020).

A modo de síntesis, siguiendo las ideas expresadas por Pérotin-Dumon en el liminar «Verdad y memoria: escribir la historia de nuestro tiempo», de la obra *Historizar el pasado vivo en América Latina* (2007), podemos señalar que los procesos de violencia que irrumpieron fuertemente en los países latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XX, además de sus innegables y catastróficas consecuencias en todos los ámbitos de la vida social, también contribuyeron a la revisión epistémica sobre las formas de acercamiento al pasado y sus maneras de reelaboración desde la memoria y la historia, siendo atravesadas tangencialmente por demandas de verdad y justicia. En ese panorama, se impulsó una profunda renovación historiográfica en la medida que la «historia reciente» abría camino en el estudio del pasado cercano y mientras disputaba terreno con otras disciplinas adelantadas en la temática (la sociología y el psicoanálisis, también la investigación periodística), con otras formas de recuperar la experiencia histórica (la memoria individual o colectiva) y sobre plataformas de debate que ponían en juego diferentes reglas, fuentes y demandas. Si la historia y sus especialistas se hicieron eco de sus limitaciones y reconsideraron sus concepciones y prácticas, también lo tuvo que hacer la archivística, presionada tanto por las demandas de los propios historiadores como por los organismos de derechos humanos o la justicia. En esta situación hubo un replanteamiento metodológico por parte de los investigadores como el desafío de salir en busca de nuevas fuentes (escritas u orales, públicas o privadas) o el cuestionamiento por su condición de cercanía temporal

23. Un panorama historiográfico sobre los estudios de memoria histórica y la transición democrática española, en Ruiz Torres (2007) y Sánchez González (2007).

y, por lo tanto, su carácter provisorio para construir un conocimiento histórico basado en ellas (Pérotin-Dumon, 2007)²⁴.

Si focalizamos en el caso argentino, el abordaje del pasado reciente, en principio, remitió a la experiencia de la última dictadura militar de 1976-1983 como marca traumática colectiva. Lucía Brienza (2008) sugiere que esa fuerte vinculación entre el desarrollo de la historia reciente y los abordajes sobre la última dictadura (manifiesta en el crecimiento de estos trabajos en los últimos años, primero con publicaciones en tono de ensayo y luego como obras de investigación histórica, junto a jornadas y congresos) contradice la idea todavía vigente de un «vacío» o «retraso» historiográfico respecto a esta etapa; pero, sobre todo, sostiene que esta historiografía sobre el pasado cercano no responde linealmente a la incidencia de las memorias sobre el período, pues plantea sus propias preguntas y problemas tomando incluso a dichas memorias como objeto de reflexión.

Omar Acha (2010), en cambio, plantea que los primeros abordajes sobre el pasado reciente se apoyaron más en la *memoria generacional* y desde la *doble inscripción* que tuvieron sus impulsores como protagonistas e intelectuales, considerando además a la violencia como centro de sus enfoques. Esa vinculación, entre lo que Acha denomina *prácticas memoriográficas* y la escritura propiamente historiográfica, dejó una profunda huella política en los primeros trabajos sobre la memoria y la historia reciente, los que tuvieron gran recepción como material de estudio en los ámbitos universitarios e incluso como interpretaciones de base para muchas investigaciones académicas²⁵.

Asimismo, los vaivenes del campo historiográfico fueron sintomáticos tanto de la etapa de intervención estatal sobre los espacios académicos, intelectuales y culturales como también con la apertura democrática y el proceso de renovación y profesionalización. A partir de 1983, hubo un reposicionamiento en el campo historiográfico que se evidenció tanto en sus reglas metodológicas, incluyendo sus formas de acceso y control institucional, como en los parámetros de investigación, producción y divulgación; en la redistribución del capital de sus agentes y en la relevancia de escuelas/corrientes/enfoques, pero, sobre todo, en la misma función social de la historia inclinada fundamentalmente a la defensa de los derechos humanos y los valores democráticos. Para Cattaruzza (2011), recién desde 1996-1997 se afirmaron las nuevas líneas de investigación en torno al pasado reciente, acompañadas por un respaldo institucional que implicó la creación de bibliotecas, archivos y comisiones, así como el impulso de programas, tesis, becas, proyectos y publicaciones²⁶. Para Águila (2012), fueron justamente esos parámetros de profesionalización, afianzados desde el retorno a la democracia, los que en cierta manera vedaron el pasado cercano a los historiadores hasta los años noventa, cuando la recepción de estudios

24. Una obra representativa de este tipo de revisiones es la de Feierstein (2009).

25. En este punto, Acha vuelca su análisis sobre los trabajos pioneros de la politóloga Pilar Calveiro, ex integrante de Montoneros.

26. Sobre los archivos de la represión en Argentina, ver el capítulo de Federico Lorenz en Pérotin-Dumon (2007). Un itinerario más extenso sobre los estudios de memoria, en Cattaruzza (2012).

Europeos sobre el tiempo presente dotó de marcos teóricos e interpretativos para analizar comparativamente el caso nacional²⁷.

Fue Hugo Vezzetti (1986, pp. 6-8) quien retrató en *Punto de vista* un primer esbozo bibliográfico de los abordajes que se habían realizado desde la disciplina psicoanalítica sobre cuestiones como «la acción del terrorismo de estado, la violación de los derechos humanos y sus secuelas clínicas y sociales», llamando la atención sobre la «palpable omisión» que había en los mismos respecto al rol de la sociedad durante la dictadura. Partiendo de aquella reflexión, Sábato (1997) señaló una década después que seguía persistiendo cierta incomodidad ante ese pasado de represión y violencia, al punto de no haberse alcanzado para fines de los noventa una reflexión crítica sobre la responsabilidad social²⁸.

En ese frente de batalla se alzó como un estandarte historiográfico de legitimación la obra colectiva *Historia Reciente: perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, compilada por Marina Franco y Florencia Levín en 2007 y que contó con intervenciones de referentes de los estudios de memoria y el pasado cercano. En la introducción se remarcaba que todos estos investigadores debieron recurrir a nuevas herramientas epistemológicas y metodológicas, muchas prestadas de otras ciencias sociales, y afrontar además desafíos éticos y políticos en el esfuerzo por defender esta especialidad en el campo historiográfico (Franco y Levín, 2007).

Para las autoras, ese pasado cercano se caracterizaba por su permanente «actualización», diálogo con la memoria, interés en la esfera pública, indeterminación cronológica que exige pensar en otro régimen de historicidad y la complejidad de su objeto de estudio marcado por eventos sociales traumáticos. Pero su actual y creciente relevancia respondía no sólo a estos rasgos propios, pues era también sintomática de profundos cambios político-sociales (contexto de la Guerra Fría, fin del progreso de la modernidad, desintegración del bloque soviético) e intelectuales (crisis de metarrelatos o grandes paradigmas, giro lingüístico): todo lo que exigía una revisión de los vínculos entre historia y memoria, el rol del testimonio y las demandas sociales. También reconocían que las investigaciones históricas de rigor profesional tardaron en abordar estos temas y que a las dificultades comunes de estos abordajes (cercanía temporal, acceso a fuentes, implicancia ética, etc.) se sumaban la falta de legitimidad del campo, el desafío de la interdisciplinariedad y la necesidad de espacios de reflexión e intercambio (Franco y Levín, 2007)²⁹.

Ese mismo año, Luis Alberto Romero elaboró un extenso estado de la cuestión sobre los estudios de la violencia en la historia argentina reciente (como capítulo en la obra de Pérotin-Dumon, *Historizar el pasado vivo en América Latina*, 2007) en el intento por delimitar, prioritariamente dentro de la historiografía académica, los nuevos temas, enfoques

27. Para ampliar sobre este período: Lesgart (2002), Spinelli (2008, 2009), Zeitler (2009) y Devoto (2010). Respecto a la función social de la historia, Ballester (2013) plantea la doble categoría del historiador como terapeuta o reparador, y también como sujeto ética y políticamente relevante.

28. Una revisión de esa cambiante memoria sobre la dictadura en Lvovich (2008).

29. Para profundizar en este balance historiográfico, ver Apaza (2007) y Alonso (2018).

y aportes. De esta cartografía de la historiografía argentina, Romero anticipaba algunos campos de estudio con potencial desarrollo, entre ellos: la indagación sobre la violencia política en la larga duración, incluso desde sus formas de ejercicio en el siglo XIX, siempre y cuando se fortalezca el rigor metodológico y la crítica historiográfica de los mismos; el abordaje de la etapa de la última dictadura pero desde una historia social y cultural que de cuenta de otras facetas de la vida social, además de la represión; los trabajos de la memoria y sus formas de reelaboración del pasado³⁰.

Emilio Crenzel (2010) nos recuerda que el agitado debate entre historia y memoria de las últimas décadas del siglo pasado respondió en gran manera a la recepción y apropiación que tuvieron entre los historiadores aquellos textos fundamentales como los de Maurice Halbwachs, Yosef Yerushalmi y Pierre Nora. El sociólogo argentino rememora la influencia de estos referentes en los inicios de los estudios de memoria e historia reciente en Argentina. De Yerushalmi (2002) rescata sus aportes para reflexionar sobre los vínculos entre pasado, presente y futuro, entre poder y memoria, y la práctica de la justicia. Sobre Halbwachs (2004), la propuesta de pensar pluralmente la memoria en términos colectivos y sociales para analizarla en función de cuadros o marcos que la contienen. Respecto a Nora (1996-1998), su argumento sobre la pérdida de vigencia de la memoria como elemento de reproducción social servía para entender, paradójicamente, el fenómeno de explosión conmemorativa en el contexto moderno de crisis de las instituciones tradicionales.

Sobre estas influencias teóricas, Elizabeth Jelin (2021, p. 87) destaca la relevancia que tuvo la postura de Dominick LaCapra como dirección alternativa para escapar de los extremos positivista/constructivista, al poner el centro de atención en la tensión que se da «entre la reconstrucción objetiva del pasado y un intercambio dialógico con él y con otros investigadores». Aunque los acontecimientos traumáticos pueden llegar a ser reprimidos, incluso negados, la sugerencia de LaCapra (2005) posibilitó entender al trauma como anclaje de identidad y, por esto, para Jelin (2021), la construcción de dichas memorias sobre el pasado se convirtió en un objeto de estudio particular para las ciencias sociales que implicó «historizar las memorias» (Zeitler, 2022).

Gabriela Águila (2012) nos ofrece un excelente balance sobre los estudios de la historia reciente en Argentina, destacando las contribuciones tempranas desde la historia oral –en el estudio de los exilios y la militancia–, el acompañamiento institucional y el financiamiento, además de la relevancia que fueron adquiriendo diversas mesas temáticas dedicadas al estudio del pasado cercano en jornadas y congresos del país; lo que reforzó el intercambio académico –aún a falta de una agenda o de referentes consagrados– y el afianzamiento de nuevos investigadores que reclamaban no sólo la legitimidad del campo, sino también la validez de su posicionamiento político-ideológico: en ese sentido, esto

30. Un panorama historiográfico sobre las violencias estatales en la Argentina del siglo XX, en Bohoslavsky y Franco (2020).

acercó la historia a la memoria y la academia a la esfera pública³¹. Águila (2012, p. 73) destaca como «notas distintivas» de los estudios de historia reciente argentina el predominio del enfoque social, del período 1960-70 y de metodologías cualitativas y fuentes orales, aunque estas particularidades no alcanzaron a definir una manera diferente de hacer historia.

El trabajo de Franco y Lvovich (2017) brinda indicadores recientes (mesas temáticas, participantes, ponencias) que evidencian que la historia reciente argentina ya es un «campo de investigación en expansión». Una revisión de las publicaciones permite a los autores rastrear la evolución de las temáticas trabajadas, sea desde el periodismo, la sociología, la politología o la historiografía académica. Destacan las investigaciones sobre los procesos socioeconómicos, los autoritarismos y las transiciones, las violaciones de derechos humanos, el sistema represivo, los partidos políticos y el ejército, incorporándose paulatinamente los estudios sobre memorias, el enfoque regional y comparativo, las burocracias estatales, el movimiento obrero, los actores civiles, pero siempre en torno a la violencia política como núcleo problemático³². Aún así, reconocen que esta expansión no implica necesariamente un giro profundo de perspectivas e interpretaciones, aunque se viene dando una mayor flexibilización en torno a delimitaciones temporo-espaciales y una progresiva ampliación de técnicas, enfoques y escalas de análisis.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACHA, O. (1995). El pasado que no pasa. La *Historikerstreit* y algunos problemas actuales de la historiografía. *Entrepasados*, (9), 113-139.
- _____. (2010). Encrucijadas y obstinaciones en la distinción de historia y memoria: en torno a las prácticas memoriográficas en la Argentina. Jornadas Internacionales: Historia, memoria y patrimonio. UNSM.
- ÁGUILA, G. (2012). La *Historia Reciente* en la Argentina: un balance. *Historiografías*, (3), 62-76.
- _____. (2013). La represión en la historia reciente argentina: perspectivas de abordaje, conceptualizaciones y matrices explicativas. *Contenciosa*, (1), 1-13.
- AGUILAR, P. (1996). *Memoria y Olvido de la Guerra Civil Española*. Alianza.
- AGULHON, M. (1994). *Historia Vagabunda*. Instituto Mora.

31. Un panorama historiográfico sobre los estudios de los exilios, en Jensen (2011).

32. Un panorama historiográfico sobre los estudios de la represión, en Águila (2013).

- ALBERTO, D. (2013). Maurice Halbwachs y *Los marcos sociales de la memoria* (1925). Defensa y actualización del legado durkhemiano: de la memoria bergsoniana a la memoria colectiva. *X Jornadas de Sociología*, Buenos Aires, UBA.
- ALLIER MONTAÑO, E. (2018). Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico. *Revista de Estudios Sociales*, (65), 100-112.
- ALLIER MONTAÑO, E. y Crenzel, E. (coords.) (2015). *Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y memoria política*. Bonilla Artigas Editor.
- ALONSO, L. (2018). La «Historia reciente» argentina como forma de Historia actual: emergencia, logros, ¿bloqueos? *Historiografías*, (15), 72-92.
- APAZA, H. (2007). Un capítulo ausente en *Historia Reciente*: la constitución y consolidación de un campo historiográfico académico. *Interpretaciones*, (3), 12.
- ARÓSTEGUI, J. (2004a). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Alianza.
- _____. (2004b). Retos de la memoria y trabajos de la historia. *Pasado y Memoria*, (3), 15-36.
- AUGÉ, M. (1995). *Antropología de los mundos contemporáneos*. Gedisa.
- BALLESTER, G. (2013). Reflexiones en torno al rol social del historiador en la historia presente argentina. *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Mendoza, UNC.
- BÉNDARIDA, F. (1998). Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, (20), 19-27.
- BERNECKER, W. (1992). La historiografía alemana reciente. *Historia Contemporánea*, (7), 31-49.
- _____. (1998). La investigación histórica del «tiempo presente» en Alemania. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 43(174), 17-37.
- _____. (2018). La historiografía del «tiempo presente» en Alemania. *Historiografías*, (15), 52-71.
- BOHOSLAVSKY, E. y Franco, M. (2020). Elementos para una historia de las violencias estatales en la Argentina en el siglo XX. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilia Ravignani*, (53), 205-227.
- BRIENZA, L. (2008). La escritura de la historia del pasado reciente en la Argentina democrática. *Anuario del Centro de Estudios Históricos «Prof. Carlos S. A. Segreti»*, 8(8), 223-241.



- CALVEIRO, P. (2008). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*. Verticales de Bolsillo.
- CARRERAS ARES, J. J. y Forcadell, C. (eds.) (2003). *Usos públicos de la historia*. Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza.
- CATROGA, F. (2001). *Memoria, Historia e Historiografía*. Quarteto Editora.
- CATTARUZZA, A. (2011). Las representaciones del pasado: historia y memoria. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, (33), 155-164.
- _____. (2012). Dimensiones políticas y cuestiones historiográficas en las investigaciones históricas sobre la memoria. *Storiografia*, (16), 23-43.
- CONNERTON, P. (1989). *How societies remember*. Cambridge University Press.
- CORAZA, E. y Dutrénit, S. (2020). *Historia reciente de América Latina: hechos, procesos y actores*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, El Colegio de la Frontera Sur.
- CRENZEL, E. (2010). Historia y memoria. Reflexiones desde la investigación. *Aletheia*, 1(1), 12.
- CUESTA BUSTILLO, J. (1997). *La historia del tiempo presente en España: reflexiones*. Universidad Pontificia de Salamanca.
- _____. (1998). Memoria e historia: un estado de la cuestión. *Ayer*, (32), 203-246.
- _____. (comp.) (1999). *Memoria e Historia*. Marcial Pons.
- _____. (2010). La historia del tiempo presente: estado de la cuestión. *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 1.
- DA SILVA CATELA, L. (2001). *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de familiares de desaparecidos*. Al Margen.
- _____. (2022). Marcas, Huellas y Territorios de Memoria en Argentina. *Passés Futurs*, 12.
- DEVOTO, F. (2010). *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina en los últimos veinte años (1990-2010)*. Biblos.
- DÍAZ ARIAS, D. (2006-2007) Memoria colectiva y ceremonias conmemorativas. Una aproximación teórica. *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, 7(2), 172-191.
- DUMOULIN, M. (1993). Cómo hacer hoy la historia de Europa. En M. Montanari et al. (eds.) *Problemas actuales de la historia* (pp. 131-140). Ediciones Universidad de Salamanca.
- FAZIO VENGOA, H. (2007). La historia del tiempo presente y la modernidad mundo. *Historia Crítica*, (34), 184-207.



- _____. (2010). *La Historia del Tiempo Presente: historiografía, problemas y métodos*. Ediciones Uniandes.
- FEIERSTEIN, D. (comp.) (2009). *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*. Prometeo Libros.
- FRANCO, M. y Levin, F. (comps.) (2007). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Paidós.
- FRANCO, M. y Lvovich, D. (2017). La Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, Tercera Serie, (47), 190-217.
- GINZBURG, C. (1991). *Il giudice e lo storico*. Giulio Einaudi editore.
- GROPPO, B. (2002). Las políticas de la memoria. *Sociohistórica*, (11-12), 187-198.
- HALBWACHS, M. (2004a). *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos.
- _____. (2004b). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- HIRSCH, H. (1995). *Genocide and the Politics of Memory: Studying Death to Preserve Life*. University of North Carolina Press.
- HUYSEN, A. (2007). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. FCE.
- JEDLOWSKI, P. (2000). La sociología y la memoria colectiva. En A. Rosa, G. Bellelli y D. Bakhurst (eds.) *Memoria colectiva e identidad nacional*, Biblioteca Nueva.
- JELIN, E. (2000). Memorias en conflicto. *Puentes*, 1(1), 6-13.
- _____. (comp.) (2002). *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas «in-felices»*. Siglo XXI.
- _____. ([2002] 2021). *Los trabajos de la memoria*. FCE.
- JENSEN, S. (2011). Exilio e Historia Reciente. Avances y perspectivas de un campo en construcción. *Aletheia*, 1(2), 21.
- LACAPRA, D. (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Nueva Visión.
- _____. (2009). *Historia y memoria después de Auschwitz*. Prometeo Libros.
- LAVABRE, M. C. (2007). Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria. En A. Pérotin-Dumon (dir.) *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Universidad Alberto Hurtado.
- LEONI, M. S. (2006). Historia, Memoria e Identidad. *Revista Nordeste*, 2ª Época, (26), 137-143.
- LEONI, M. S. y Núñez Camelino, M. (coords.) (2022). *Pasados periféricos. Historia y memoria en el Nordeste Argentino*. Eudene.

- LESGART, C. (2002). Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta. *Estudios Sociales*, (22-23), 163-182.
- LEVÍN, F. (2008). El pasado reciente: entre la historia y la memoria. En *La historia reciente como desafío a la investigación y pensamiento en Ciencias Sociales*. Caicyt-Conicet.
- LÓPEZ, M., Figueroa, C. y Rajland, B. (eds.). (2010). *Temas y procesos de la historia reciente en América Latina*. Arcis-Clacso.
- LVOVICH, D. (2008). *La cambiante memoria de la dictadura: discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*. Biblioteca Nacional.
- MANN, T., Nolte, E., y Habermas, J. (2011). *Hermano Hitler: El debate de los historiadores*. Herder.
- MENJÍBAR OCHOA, M. (2005). Los estudios sobre la memoria y los usos del pasado: perspectivas teóricas y metodológicas. En M. Menjibar Ochoa et al. (eds.) *Historia y Memoria: perspectivas teóricas y metodológicas* (pp. 9-28). Flacso.
- MUDROVICIC, M. I. y Rabotnikof, N. (coords.) (2013). *En busca del pasado perdido; Temporalidad, historia y memoria*. Siglo XXI.
- NORA, P. (1980). Seminario Historia del Presente. *Annuaire des École des Hautes Etudes en Sciences Sociales*. Ehes.
- _____. (1984). Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux. En P. Nora (ed.) *Les lieux de mémoire* (T. 1. «La République»). Gallimard.
- _____. (1996-1998). *Realms of Memory: rethinking the French past*. Columbia University Press.
- OZOUF, M. (2020). *La fiesta revolucionaria, 1789-1799*. Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- PASAMAR ALZURIA, G. (2003). Los historiadores y el «uso público de la historia»: viejo problema y desafío reciente. *Ayer, Revista de la Asociación de Historia Contemporánea*, (49), 221-248.
- _____. (2009). Orígenes de la Historia del Presente: el modelo de las «historiae ipsius temporis» en los siglos XVI y XVII. *Tiempos Modernos*, (19), 32.
- _____. (2023). La Historia del tiempo presente y la Transición a la democracia en España. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 53(2).
- PEIRÓ MARTÍN, I. (2004a). La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea. *Ayer*, 53(1), 179-205.
- _____. (2004b). La era de la memoria: reflexiones sobre la historia, la opinión pública y los historiadores. *Memoria y Civilización*, (7), 243-294.

- PÉREZ GARZÓN, J. S. (2004). De fracasos y modernizaciones en la historia: agitaciones de la memoria y zozobras identitarias. *Pasado y Memoria, Revista de Historia Contemporánea*, (3), 5-54. Universidad de Alicante-Espagrac.
- PEROTIN-DUMON, A. (dir.) (2007). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Universidad Alberto Hurtado.
- PESCADER, C. (2003). Cuando el pasado reciente se hace historia. Notas sobre teoría de la historia. *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, 8(9), 115-128.
- PHILP, M. (2006). Héroes guerreros y hombres virtuosos para la salvación de la patria. Usos del pasado durante la última dictadura. *II Coloquio de Historia y Memoria. Los usos del pasado en las sociedades post dictatoriales*. Universidad Nacional de La Plata.
- _____. (2009). Memoria y poder. Una mirada desde la Historia Política. En *Memoria y política en la Historia Argentina reciente: una lectura desde Córdoba*. Universidad Nacional de Córdoba.
- _____. (comp.) (2013). *Territorios de la historia, la política y la memoria*. Alción Editora.
- POLLAK, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio: la producción social de identidades frente a situaciones límites*. Ediciones Al Margen.
- PRADES PLAZA, S. (2017). El pasado presente: reflexiones sobre el actual contexto historiográfico. *Historiografías*, (13), 109-127.
- RICOEUR, P. (2007). Historia y memoria. La escritura de la Historia y la representación del pasado. En A. Pérotin-Dumon (dir.) *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Universidad Alberto Hurtado.
- _____. (2010). *La memoria, la historia, el olvido* (2ª ed.). FCE.
- RIOUX, J.-P. (1997). La memoria colectiva. En J.-P. Rioux y J. F. Sirinelli (eds.) *Para una historia cultural* (pp. 341-373). Taurus.
- ROMERO, L. A. (2007). La violencia en la historia argentina reciente: u estado de la cuestión. En A. Pérotin-Dumon (dir.) *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Universidad Alberto Hurtado.
- ROUSSO, H. (1990). *Le syndrome de Vichy de 1944 á nos jours*. Seuil.
- _____. (2018) *La última catástrofe. La historia, el presente, lo contemporáneo*. Editorial Universitaria.
- RUIZ TORRES, P. (2007). Los discursos de la memoria histórica en España. *Hispania Nova*, (7).
- SÁBATO, H. (1997). Memoria e historia: reflexiones sobre nuestro pasado reciente. *Revista uruguaya de psicoanálisis*, (86), 4.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, J. (2007). La historia del tiempo presente en España y los estudios sobre la Transición democrática española: un balance y algunas reflexiones. En R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (coord.) *Historia de la transición en España: los inicios del proceso democratizador* (pp. 45-59). Biblioteca Nueva.

- SÁNCHEZ MOSQUERA, M. (2008). Memoria: actores, usos y abusos. Perspectivas y debates. *Entelequia. Revista Interdisciplinar*, (7), 97-114.
- SAUVAGE, P. (1998). Una historia del tiempo presente. *Historia Crítica*, (17), 59-70.
- SCHWARZSTEIN, D. (2001). Historia Oral, memoria e historias traumáticas. *Historia Oral*, (4), 73-83.
- SCHWARZSTEIN, D. (2002). Memoria e Historia. *Desarrollo Económico*, 42(167), 471-482.
- SOTO GAMBOA, A. (2004). Historia del Presente: estado de la cuestión y conceptualización. *Historia Actual Online*, (3), 101-116.
- SOULET, J. F. (1999). L'Histoire immédiate en Europa occidentale. *Cahiers d'histoire immédiate*, (16), 45-57.
- _____. (2009). *L'histoire immédiate. Historiographie, sources et méthodes*. Armand Colin.
- SPINELLI, M. E. (2008). La impronta de la transición democrática en la historiografía sobre la segunda mitad del siglo XX argentino. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 9(10), 11-28.
- _____. (2009). Historiadores ante el análisis de la política de la segunda mitad del siglo XX. *Boletín Bibliográfico Electrónico*, (4), 83-89.
- TODOROV, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Paidós.
- TRAVERSO, E. (2007). Historia y Memoria. Notas sobre un debate. En M. Franco y F. Levín (comps.) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (pp. 67-96). Paidós.
- _____. (2011). *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Marcial Pons-Prometeo.
- _____. (2012). *La historia como campo de batalla: interpretar las violencias del siglo XX*. FCE.
- TURNER, V. (1974). *Dramas, fields and metaphors*. Cornell University Press.
- VEZZETTI, H. (1986). Derechos Humanos y Psicoanálisis. *Punto de Vista*, IX(28), 5-8.
- _____. (2007). Conflictos de la memoria la Argentina. Un estudio histórico de la memoria social. En A. Perotin-Dumon (dir.) *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Universidad Alberto Hurtado.
- VIDAL, C. (2006). *La guerra que ganó Franco: historia militar de la guerra civil española*. Planeta.
- VIDAL-NAQUET, P. (1996). *Los judíos, la memoria y el presente*. FCE.
- VIEGAS, J. (2007). Memoria e historia. Los usos sociales del pasado. *Teoría y Praxis*, (10), 109-121.

- WHITE, H. (2002). Prefacio. En C. Godoy (ed.) *Historiografía y Memoria colectiva. Tiempos y Territorios* (pp. 11-15). Miño y Dávila.
- WIEWIORKA, A. (1998). *L'ére du témoin*. Plon.
- YERUSHALMI, Y. H. ([1982] 2002). *Zajor: la historia judía y la memoria judía*. Rubí/Anthropos/Fundación Cultural Eduardo Cohen.
- ZÁRATE TOSCANO, V. (2010). Los hitos de la memoria o los monumentos en el Centenario de la Independencia de México. Ópera imaginaria en una obertura y tres actos. *Historia mexicana*, 60(1), 85-135.
- ZEITLER, E. (2009). El campo historiográfico argentino en la democracia. Transición, profesionalización y renovación. *Estudios Históricos*, (3).
- ____ (2015). Cuarenta años de *La escritura de la historia*. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricoeur. *Historiografías: revista de historia y teoría*, (9), 65-80.
- ____ (2022). Del testimonio a la escritura. Voces y textos sobre la Masacre de Margarita Belén. *Coordenadas. Revista de Historia Local y Regional*, 9(1), 187-206.

Capítulo 4. Las historiografías regionales y provinciales. Chaco y Corrientes, de los inicios a la profesionalización del campo historiográfico

MARÍA SILVIA LEONI

LA HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA DE LOS ESPACIOS PROVINCIALES Y REGIONALES

En un repaso sobre la historia de la historiografía regional, advertimos su inclusión en uno de los primeros análisis sobre la historiografía argentina, correspondiente a Rómulo Carbia (1925 -1940), quien distingue «grandes escuelas» de «géneros menores».

Entre estos últimos, bajo el rótulo «crónicas regionales» ubica los textos históricos elaborados en las provincias entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, a los que atribuye escaso mérito historiográfico debido a ciertos rasgos compartidos: la reunión de datos ordenados cronológicamente; la circunscripción del relato a los episodios políticos con sus principales implicancias; la reticencia a ir más allá de la reproducción de fuentes escritas o su empleo –al igual que la tradición oral– sin mediar crítica. Carbia (1940) también desaprueba la subjetividad de los autores, cuyas interpretaciones le parecen más acordes con el panfleto político que con la historia pretendida como disciplina científica.

Posteriormente, Clifton Kroeber, en un intento por clasificar la historiografía sobre Rosas (1965), identifica a una serie de historiadores de la década de 1920 como «provincialistas», caracterizados por un revisionismo moderado que proponía, frente a la visión «porteñocéntrica» de la historia argentina, una interpretación desde la perspectiva de las provincias, que rescataba el papel de los caudillos provinciales.

El riojano Armando Raúl Bazán (1983) fue uno de los primeros que se dedicó a analizar y revalorizar el lugar que ocupan las historias y los historiadores provinciales en el marco de la historiografía argentina. Si bien, por un lado, reconoce los méritos de la obra de Carbia, lamenta que esa línea de análisis no haya tenido inmediatos continuadores y también comparte en muchos aspectos los criterios de clasificación aplicados, al mismo tiempo, por otro, se erige en defensor de las crónicas e historias regionales.

A fines de la década de 1980, estas historias se visibilizan en el campo historiográfico argentino. En las II Jornadas del Comité Argentino de Ciencias Históricas (Paraná, 1988)

se propusieron realizar un balance sobre la producción historiográfica de las tres décadas anteriores en distintas áreas temáticas. Por primera vez aparecía allí un panel dedicado a la «Historiografía de la Historia Regional», donde se reunieron presentaciones referidas a una provincia (Córdoba, Entre Ríos y Santa Fe) con otras que abarcaban regiones (Nordeste, Noroeste, Cuyo y Patagonia). Algunos de los autores incluidos se dedicaban particularmente a la historia de la historiografía (Armando Raúl Bazán, María del Carmen Ríos, Cristina de Pompert de Valenzuela); el resto, aunque eran figuras reconocidas en los estudios históricos sobre esos espacios, no desarrollaba trabajos sobre historia de la historiografía.

La Academia Nacional de la Historia, con motivo de su centenario, publicó *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina: 1893-1938* en dos tomos (1996/1997). El segundo tomo incluye una tercera parte titulada «Historiografía regional y provincial» que, como en el caso anterior, también contiene artículos sobre regiones (Cuyo, Noroeste, Nordeste y Patagonia) y otros sobre provincias (Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe). Sólo dos de los autores se dedican a la historia de la historiografía (Bazán, 1983; Leoni, 1991, 1993, 1995, 1996, 1997, 1999, 2000, 2021, 2022) y se repite con respecto a la obra anterior un solo autor, Bazán. Los trabajos combinan información sobre historiadores y obras destacados con datos sobre instituciones locales: juntas, museos y actividades, como congresos, que evidencian un incipiente desarrollo de la HH regional a partir de la década de los 90. La consolidación de este campo se manifiesta hoy a través de distintos factores: su inclusión como asignatura en los planes de estudios universitarios, la conformación de grupos de investigación en las distintas universidades, la participación en redes internacionales, una creciente producción visible en libros y artículos en revistas especializadas, la organización de mesas, simposios específicos y reuniones científicas, en consonancia con un desarrollo muy significativo en otros países latinoamericanos, como México, Colombia y Brasil.

Desde los comienzos de la historiografía argentina hubo regiones y provincias que realizaron una importante contribución. Tal es el caso del Noroeste¹, donde sobresalen Joaquín Carrillo y Bernardo Frías; Cuyo, con Damián Hudson y Nicanor Larraín; Córdoba, con Ignacio Garzón; Entre Ríos, con Benigno Tejeiro Martínez. Esta historiografía no se restringió al esclarecimiento del pasado local, sino que aportó a la revisión de la perspectiva liberal, al revalorizar a los caudillos, destacar la contribución de las provincias al desarrollo histórico de la nación y proponer nuevas representaciones.

Ya en las primeras décadas del siglo XX, distintas provincias efectuaron ediciones documentales, fundamentalmente a través de sus archivos históricos. Por su parte, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires inició la tarea de relevamiento documental de los archivos provinciales, con un significativo resultado. Y la Academia Nacional de la Historia publicó, a partir de 1941, las Actas Capitulares de Santiago del Estero, Corrientes, Mendoza y Río Cuarto.

1. Es importante destacar el aporte de Paul Groussac, quien escribió un *Ensayo Histórico sobre el Tucumán* (1882).

Los historiadores de las provincias irían sumando nuevos aportes para la comprensión del pasado nacional. Tal es el caso de Juan Álvarez, Manuel Cervera (Santa Fe), Pablo Cabrera, Pedro Grenón y Ramón J. Cárcano (Córdoba), Juan B. Terán, Ricardo Jaimes Freyre (Tucumán), Juan W. Gez (San Luis) y Martín Ruiz Moreno (Entre Ríos).

En la década de 1920, los historiadores denominados «provincialistas» por Clifton Kroeber manifestaron un revisionismo moderado, que se centró en proponer, frente a la visión porteña de la historia argentina, una interpretación desde la perspectiva de las provincias, con el fin de demostrar la contribución de estas al desarrollo nacional. En muchos casos, rescataron el rol de los caudillos provinciales. Se destacaron José Luis Busaniche, Leoncio Gianello (Santa Fe, 1959-1966) y Dardo de la Vega Díaz (La Rioja).

A partir de la década de 1930 comenzó la organización institucional del campo historiográfico en las provincias, con la creación de Juntas de Estudios Históricos, las que, en algunos casos, llegaron a publicar boletines o revistas y a organizar congresos, cuya temática estuvo centrada en los héroes locales y, entre ellos, los caudillos. La progresiva formación de los historiadores provinciales a través de una carrera universitaria² permitiría la definición de un campo profesional en el ámbito de las provincias.

La realización de los Congresos de Historia Argentina y Regional, organizados por la Academia Nacional de la Historia desde la década de 1970, contribuyó a incentivar y difundir la producción historiográfica de las distintas regiones, en un esfuerzo por ampliar las perspectivas hasta entonces vigentes.

En el marco del desarrollo de la historiografía regional y provincial –sobre el cual hemos brindado una muy apretada síntesis– advertimos que no se produjo una historiografía de la región Nordeste como tal; las provincias que hoy constituyen la región Nordeste presentan un desarrollo diferenciado en el campo historiográfico –debido a que vivieron procesos históricos diferentes–, lo que obliga a abordar su estudio por separado. Para 1890, Corrientes contaba ya con una larga y activa participación en la historia argentina, un campo intelectual dinámico y una conciencia histórica arraigada, en cuya formación no fueron ajenos los gobiernos provinciales; estos factores la colocarían en una situación de privilegio en el campo historiográfico con respecto a los demás componentes de la región Nordeste. Por su parte, el Chaco acababa de integrarse efectivamente al país como Territorio Nacional y se hallaba inmerso en un proceso organizativo y de ocupación del espacio.

En este trabajo nos proponemos brindar a los estudiantes un panorama descriptivo de las historiografías de Corrientes y Chaco, tema incluido en el programa de Historia de la Historiografía. Su elaboración responde a las dificultades que se presentan en el abordaje bibliográfico de la temática. Ello se debe, por un lado, a que la historiografía correntina, a pesar de su importancia dentro del desarrollo historiográfico del país, ha sido objeto de estudio solo recientemente; antes había sido encarada en forma fragmentaria, dispersa y exclusivamente desde lo biográfico. Esta situación se agudiza aún más en el caso de la historiografía chaqueña. Por otro lado, los nuevos trabajos o bien se encuentran inéditos o bien

2. Tucumán y Mendoza incorporaron la historia a la universidad en 1939.

son de difícil acceso. Recientemente se han publicado dos obras que reúnen trabajos sobre historia de la historiografía del Chaco y Corrientes. Por un lado, *Historia de la Historiografía argentina. Modelo para armar* (Philp, Leoni y Guzmán, 2022), que contiene dos trabajos que sintetizan el desarrollo de las historiografías de Chaco y Corrientes, respectivamente. Por otro, *Pasado periféricos* (Leoni y Núñez Camelino, 2022), resultado de proyectos de investigación realizados por el Grupo de Historia de la Historiografía, en el que se atienden diversas temáticas relativas a la historiografía y los usos del pasado en las dos provincias.

En este capítulo abordaremos el desarrollo, a lo largo de un siglo, de la historiografía de las dos provincias, cada una con sus peculiares características; no obstante, la vinculación existente entre ambas. Para ello, identificamos sus historiadores más representativos, con sus concepciones teóricas y metodológicas sobre la historia, los enfoques y problemas planteados y las áreas temáticas abordadas. También se busca establecer la inserción de la historiografía del Chaco y de Corrientes en el contexto nacional y regional. El objetivo es que este trabajo sirva de marco para el análisis que realicen los alumnos de los distintos autores.

En cuanto a la determinación temporal, si bien señalamos aquí algunos emprendimientos historiográficos de mediados del siglo XIX, partimos de fines de este, cuando en Corrientes comienza a definirse un campo historiográfico, para abarcar hasta los inicios de la labor de la Universidad Nacional del Nordeste, en la que se formaron los historiadores profesionales de la región, que darían un nuevo perfil a los estudios históricos en las últimas décadas del siglo XX.

Por último, se incluye una bibliografía con aquellos trabajos que se circunscriben a la historia de la historiografía de estas dos provincias o bien contribuyen a su análisis.

HISTORIOGRAFÍA CORRENTINA

Cuando a mediados del siglo XIX comienza el desarrollo de la historiografía nacional, surge también el interés por el estudio del pasado correntino. En esas primeras historias argentinas se incluyó el análisis de la participación de Corrientes en las luchas por la independencia y por la organización nacional, pero desde una perspectiva centrada en Buenos Aires. A los historiadores correntinos correspondería el esfuerzo por brindar estudios desde la perspectiva de su provincia. Aparecieron entonces, en el ámbito local, los primeros trabajos históricos sobre Corrientes. Por otra parte, el mismo contenido del pasado provincial los obligó a extender sus preocupaciones historiográficas sobre la región Nordeste y los países limítrofes.

Entre los primeros trabajos dedicados específicamente a la provincia de Corrientes se encuentran los de Vicente Quesada, autor de *La provincia de Corrientes* (1857), que contiene datos históricos, y *Fundación de la ciudad de San Juan de Vera de las Siete Corrientes. Historia de la fundación. La Cruz de los Milagros. Padrón de repartición de tierras de los años 1591 y 1598* (1861), aparecido en la *Revista del Paraná*. También puede mencionarse *Antigüedades correntinas* (1867), de fray Juan Nepomuceno Alegre que, según Carbia, no llega a ser una

crónica, pues constituye una «especie de ramillete de apuntes, tradiciones y documentos considerados importantes». Juan M. Pujol Vedoya, con su *Province de Corrientes. Son passé, son présent et son avenir* (París, 1883), tenía por objetivo difundir el conocimiento de Corrientes en el exterior.

En 1878, Bartolomé Mitre publicó *Una provincia guaraní*, opúsculo en el que rescataba el papel jugado por Corrientes en las luchas contra «la más bárbara y la más poderosa de las tiranías» (Mitre, 1878, p. 3); iniciaba así una interpretación que sería continuada por los distintos historiadores correntinos.

Los intereses iniciales de aquellos correntinos que incursionaron en el campo historiográfico apuntaron a recordar las circunstancias de la fundación de la ciudad capital y, en la década de 1880, a la probanza de los derechos correntinos sobre el territorio de Misiones.

Creación de una infraestructura para los estudios históricos

Los gobernantes correntinos se preocuparon por fortalecer la conciencia histórica de la comunidad, mediante la difusión del conocimiento de la historia local, la publicación de obras históricas, la creación de la infraestructura necesaria para la investigación (archivo, museos, instituciones vinculadas con los estudios históricos, recopilaciones documentales). Un papel central lo cumplió la realización de grandes homenajes públicos en conmemoración de los centenarios de batallas —como la de Pago Largo—, de la fundación de ciudades, de las gestas de héroes locales —como en 1912 el sacrificio del sargento Cabral— y de acontecimientos políticos —como en 1914 la provincialización de Corrientes y en 1921 de la recuperación de su autonomía—.

En relación con este tema, desde la esfera oficial, las figuras más destacadas fueron los gobernadores Juan Ramón Vidal (1909-1913), Benjamín González (1925-1929) y Juan Eusebio Torrent (1935-1939). Durante el gobierno del primero se emprendió la labor de edición documental. En la gestión del segundo se publicaron numerosas obras históricas y se realizaron ediciones documentales, se organizó en la provincia el Tercer Congreso de Historia Argentina, se dispuso la determinación de los monumentos y lugares históricos en el territorio provincial y se proveyó su custodia, se crearon el Museo Histórico y el Museo Colonial. A Torrent se debe el apoyo brindado a la producción historiográfica y la creación de la Junta de Estudios Históricos de Corrientes.

La existencia de una conciencia archivística favoreció el desarrollo historiográfico correntino. Ya en 1821 se había creado el Archivo General de la Provincia y se adoptaron diversas medidas para salvaguardar la documentación oficial. A principios del siglo XX se realizó una fecunda tarea de organización, conservación y difusión del material documental. Testimonio de ello es el elogioso informe que Eduardo Fernández Olguín elevó al Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en 1921, tras realizar una visita.

La organización del archivo fue acompañada por una significativa tarea de edición documental, auspiciada por el gobierno correntino. En la segunda mitad del siglo XIX se publicaron trabajos históricos, principalmente entre 1877 y 1881, cuando Corrientes buscó probar

sus derechos sobre Misiones; tal es el caso de la *Colección de datos y documentos referentes a Misiones como parte integrante del territorio de la provincia de Corrientes* (1877), en tres tomos, debida a Ramón Contreras, Lisandro Segovia, Juan Valenzuela y José Alsina.

Con el establecimiento de la tercera Imprenta del Estado³, en 1913, obra del gobernador Juan Ramón Vidal, se inició una prolífica tarea de edición que comprendió las Actas Capitulares de Corrientes, publicaciones conmemorativas, reproducciones facsimilares, el Registro Oficial de la Provincia y compilaciones documentales. Se destacó la gestión del gobernador Benjamín González en este sentido.

En 1909 se inició la publicación de la *Revista del Archivo*, en la que se transcribieron los documentos de gobierno aparecidos entre 1570 y 1592. En 1914 apareció la segunda época de la revista, con la edición de las Actas Capitulares de Corrientes.

Se elaboraron repertorios bibliográficos, entre los que merece destacarse la *Bibliografía de la Imprenta del Estado de Corrientes* (1919), de Manuel V. Figuerero. En ella, la prolija descripción de los impresos aparecidos entre 1826 y 1865 es acompañada con notas, transcripciones y reproducciones facsimilares. En 1928, Hernán Gómez publicó *Apuntes para una bibliografía de Corrientes*; la primera parte está dedicada a los trabajos sobre historia de Corrientes y la segunda, a una bibliografía general.

Corrientes, a lo largo de la primera mitad del siglo XX, no tuvo centros de estudios superiores en el área historiográfica. La investigación de la historia local se fomentó en sus colegios secundarios y a través de instituciones –como la Academia de Estudios Históricos y Sociales de Corrientes y la Junta de Estudios Históricos– que, sin embargo, tuvieron corta vida. La Junta de Estudios Históricos fue creada en 1937 por el gobernador Torrent, su finalidad era estimular en toda forma la investigación del pasado regional, organizar la publicación periódica de un boletín y la formación de un archivo documental⁴.

En la ciudad de Buenos Aires también se contó con instituciones que promovieron los estudios sobre la historia correntina. A la iniciativa de Wenceslao N. Domínguez se debe la unión de los correntinos provenientes de diversas extracciones políticas para la fundación de la Asociación Correntina General San Martín, en 1935, de la que sería secretario. También son obras suyas dos instituciones más que surgieron en el seno de la asociación, para luego adquirir entidad propia. La primera, el Instituto Correntino de la Historia, fundado en 1940, el que desarrolló clases, conferencias, debates, lecturas y comentarios de obras históricas, ediciones de trabajos y exposiciones. El primer presidente del instituto fue Ángel Acuña, a quien sucedió Domínguez. En el instituto se estableció una cátedra de guaraní que, dado su éxito, motivó la creación de la Academia Correntina del Idioma Guaraní, de la que Domínguez fue presidente. Esta academia realizó una intensa labor: se dieron clases de gramática, historia del hombre y del habla guaraní, se editó un boletín donde se

3. La primera Imprenta del Estado (1826) se debió a la iniciativa del gobernador Pedro Ferré y la segunda (1853), a la del gobernador Juan Gregorio Pujol.

4. La presidía Justo Díaz de Vivar y la integraban Juan Ramón Mantilla, Hernán Gómez, Manuel Figuerero y Pedro Díaz Colodrero.

publicaban las actividades, se realizaron discusiones sobre gramática y se adoptó un diccionario de la lengua guaraní. Fue también significativa la tarea de la editorial del instituto.

En 1957 surgió el Instituto Histórico y Geográfico de Corrientes, presidido por Federico Palma. Dedicado a estudiar y divulgar esas disciplinas, el instituto llegó a publicar siete folletos sobre temas históricos.

Ninguna de las instituciones aquí reseñadas logró una proyección significativa, que le permitiera convertirse en un verdadero punto de convergencia de los historiadores o en motor de los estudios históricos provinciales. La actividad siguió siendo una empresa de tipo individual, con contactos eventuales entre sus cultores.

La Junta de Historia de Corrientes, fundada en 1966, alcanzó a desarrollar una labor más significativa. Fue su presidente Federico Palma hasta que, con su muerte en 1985, la junta desapareció. Esta institución llegó a publicar una revista con valioso material y apoyó la creación de Juntas de Historia en el interior, como la de Goya (1970) y Paso de los Libres (1974).

Desarrollo de la producción historiográfica

Los movimientos historiográficos prevalecientes en Buenos Aires tuvieron su proyección en la provincia, que buscó incorporar los adelantos metodológicos introducidos por aquellos. Esta influencia, que llegará a Corrientes a fines del siglo XIX, se observa particularmente en el interés por exhumar documentos y someterlos a crítica.

A ello se sumó el papel de la Nueva Escuela Histórica Argentina, desde la década de 1910, con su proyecto de relevar los archivos provinciales, como paso preliminar de toda investigación histórica; su propuesta de lograr una historia científica, basada en la estricta aplicación de los principios metodológicos y la decisión de revisar todo lo escrito hasta entonces sobre la base de estos postulados; el propósito de abarcar la historia nacional en toda su dimensión temporal y geográfica. Para alcanzar esta última finalidad, procuró vincular las historias provinciales con la de Buenos Aires.

Una de las figuras centrales de esta escuela, Emilio Ravignani, se preocupó por los problemas relativos al origen de las autonomías y de las instituciones provinciales, la génesis y el desarrollo del federalismo en el Río de la Plata. Se había propuesto incentivar la revalorización del aporte de las provincias y sus caudillos en el proceso de construcción del orden institucional argentino. Al iniciarse la década de 1940, señalaba Ravignani, refiriéndose a la producción historiográfica, que el enfoque se había ampliado en el tiempo hasta 1880; en su contenido, al interesarse por la historia político-económica, social y cultural, y en el marco espacial, al extenderse a toda la nación. Desde esta perspectiva, consideraba que se empezaba a comprender, por fin, la historia política argentina. Estos principios que caracterizan a la Nueva Escuela y que marcaron el desarrollo de la historiografía argentina, se manifestaron en la obra de los historiadores correntinos más destacados del siglo XX.

Por otra parte, los historiadores correntinos de las primeras décadas del siglo XX pueden incluirse entre los denominados autores «provincialistas», caracterizados por su revisionismo moderado, consistente en brindar una visión de la historia argentina desde la

perspectiva de las provincias, con el fin de demostrar la contribución de estas al desarrollo nacional. También se distinguieron por su enfrentamiento con el revisionismo rosista, de gran efervescencia desde la década de 1930, con el que polemizaron. En coincidencia con la historiografía liberal, juzgaron a Rosas como un tirano, que cercenó la autonomía correntina. Estas polémicas se agudizaron ante la conmemoración de centenarios, como el de la batalla de Pago Largo, sobre cuya significación diferían los historiadores correntinos con los revisionistas.

El aporte heurístico de la historiografía correntina, la labor de sus historiadores más destacados y las polémicas historiográficas surgidas en su seno repercutieron en la historiografía argentina, desde fines del siglo XIX a mediados del XX. La presencia alcanzada por la historiografía correntina en el terreno nacional se advierte en varios aspectos.

En primer lugar, en la inserción de sus historiadores en los ámbitos más prestigiosos, como la Junta de Historia y Numismática Argentina y Americana, luego Academia Nacional de la Historia, a la que se incorporaron como miembros de número, Manuel Florencio Mantilla (este fue, además, un destacado integrante del grupo que dio origen a la junta) y Manuel V. Figuerero. Hernán Gómez, por su parte, llegó a presidir la Sociedad de Historia Argentina. Estas instituciones, junto con el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, dieron cabida en sus reconocidas publicaciones a trabajos de los autores mencionados, así como a Ángel Acuña o Wenceslao N. Domínguez. Mantilla también trabajó por la organización de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, desde 1896.

Otro ejemplo de esta presencia fue la organización del 3º Congreso de Historia Nacional, en 1928, que la Academia Americana de la Historia se proponía llevar a cabo en la capital correntina, «como un homenaje a su gloriosa Historia y el heroísmo de sus hijos por la libertad y la organización nacional» (p. 5). Esta academia tenía el objetivo de realizar congresos periódicos en distintas zonas del país, para estimular el estudio de los hechos históricos regionales, así como la organización y el conocimiento de sus archivos. Había llevado a cabo el primero en Buenos Aires (1922) y el segundo en Jujuy (1927). Si bien, por razones organizativas, el Congreso de 1928 se efectuó finalmente en Buenos Aires, esta iniciativa constituye un indicador del interés por el pasado correntino. El temario especial del encuentro incluía el federalismo en el litoral argentino, Corrientes en la cruzada contra Rosas, la política exterior de las provincias litorales entre 1837 y 1852, la obra del litoral en la expedición de Belgrano y la República Entrerriana.

El desarrollo historiográfico correntino tuvo, como eje fundamental, la labor de figuras prestigiosas, como Manuel Florencio Mantilla (1853-1909), Manuel Vicente Figuerero (1864-1938) y Hernán Félix Gómez (1884-1945). Estos tres historiadores se caracterizaron por sus intentos por brindar una explicación integral y «científica» de la historia correntina, aunque desde contextos políticos diferentes. También a ellos se debe la vinculación de la historiografía correntina con la del resto del país y la de países vecinos. A estas figuras deben sumarse los nombres de Valerio Bonastre (1881-1949), Francisco Manzi (1883-1954), Justo Díaz de Vivar, Esteban Bajac, Juan Esteban Guastavino y Ángel Acuña, que hicieron que la actividad historiográfica fuera prolífica en la primera mitad del siglo XX.

De esta manera, Corrientes atravesó una etapa de desarrollo historiográfico, manifiesto en la importante labor heurística, con la adopción de los adelantos introducidos en Buenos Aires, una rica producción y polémicas de nivel, que alcanzaron amplio eco en la prensa nacional. Se publicaron obras fundamentales, que constituyeron, más allá de la adscripción partidaria de sus autores (que los llevó a adoptar juicios encontrados sobre determinados sucesos, personajes o gobiernos), coincidentes esfuerzos por proporcionar una interpretación correntina de la historia nacional y por encontrar una línea de desarrollo en la vida provincial que se proyectara desde la fundación de la ciudad de Corrientes hasta su actualidad.

Los historiadores

Manuel Florencio Mantilla

A su actuación política en las filas del liberalismo se vincula su valiosa tarea historiográfica. Se ha coincidido en considerarlo como un cronista esmerado y completo, así como el primer investigador orgánico de la historia de su provincia. Marcado por la lectura de los clásicos, recibió también la influencia del historicismo alemán. Luchó contra las tradiciones que habían sido tomadas como verdades históricas, contraponiéndoles el documento sometido a crítica. Realizó una fructífera labor en el Archivo General de la Nación, fue miembro fundador de la Junta de Historia y Numismática Americana y bregó por la organización de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en la que ocupó distintos cargos. Publicó *Estudios biográficos sobre patriotas correntinos* (1884), *Bibliografía periodística de la provincia de Corrientes* (1887). *La ciudad de Vera. La cruz del milagro* (1888), *Páginas históricas* (1890) y *Premios militares de la República Argentina* (1892), y numerosos trabajos en periódicos de Buenos Aires y de Corrientes, así como en revistas especializadas.

Su obra de mayor trascendencia es la *Crónica Histórica de la Provincia de Corrientes*, en dos tomos, terminada en 1897, aunque no se publicó hasta 1928, por expresa voluntad de su autor. Concebida como un manual para uso de los escolares correntinos, constituye el primer intento por ofrecer una visión genética e integral de su pasado, desde la perspectiva del liberalismo correntino. La obra parte de los primitivos habitantes de Corrientes hasta llegar a 1896, fecha de su redacción. Si bien adopta un punto de vista eminentemente político-militar, se preocupa también por reseñar la situación social, económica y financiera de la provincia. Este documentado trabajo se convirtió en una obra de consulta obligada.

Hernán Félix Gómez

Su pensamiento historiográfico, estrechamente vinculado con el de la Nueva Escuela Histórica Argentina, constituyó el primer intento por brindar un marco teórico a la investigación de la historia regional. Asimismo, realizó una valiosa tarea heurística, una vasta producción e impulsó numerosas iniciativas, favorables al desarrollo historiográfico, las que contaron con apoyo gubernamental. Se encargó de la recopilación y edición de material documental, como *Corrientes en la guerra del Brasil* (1929), *Corrientes y la Convención*

Nacional de 1828 (1928), *El general Artigas y los hombres de Corrientes* (1929), *Corrientes y la República Entrerriana* (1929), *Ley N° 732 honrando el centenario de Pago Largo y la epopeya por la libertad y la constitucionalidad* (1938).

Elaboró una *Historia de la Provincia de Corrientes* (1928-1929), en tres tomos: «Desde la fundación de la ciudad de Corrientes a la Revolución de Mayo», «Desde la Revolución de Mayo al Tratado del Cuadrilátero» y «Desde el Tratado del Cuadrilátero a Pago Largo». Su objetivo era desentrañar el desarrollo de la personalidad social y política de Corrientes. Así determina que en el primer período se produce el proceso de nacimiento y definición del organismo social de Corrientes. En el segundo, la personalidad social de Corrientes busca definirse en las nuevas ideas filosóficas y políticas, basadas en los conceptos de libertad e igualdad. Y con el Tratado del Cuadrilátero se abre el período de los gobiernos regulares, en que la sociedad política se robustece con la ley escrita. Se afirma la individualidad provinciana, que debe defenderse de los ataques del unitarismo nacional o del centralismo porteño.

Completó el análisis de todo el proceso histórico correntino con *Vida pública del doctor Juan Pujol* (1922), *Los últimos sesenta años de democracia y gobierno en la Provincia de Corrientes* (1931), *Ñaembé* (1937), *La victoria de Caá Guazú* (1942), *Toledo el bravo: crónica de las guerras civiles y del período oligárquico* (1944). *Los últimos sesenta años...* fue publicada al calor de la revolución del 6 de septiembre de 1930; el objetivo expreso era proporcionar materiales a la juventud correntina para que realizara una elección política racional. Sin embargo, el propósito de la obra es, por un lado, destacar el papel jugado por el autonomismo y brindarle una justificación histórica que lo presentara como única alternativa válida para completar el desarrollo provincial; y, por otro, reivindicar la constante lucha de Corrientes por contrarrestar la creciente intervención del gobierno nacional en la política correntina. Esta obra no responde a las características metodológicas de los otros trabajos históricos, pues se nutre, fundamentalmente, de los propios recuerdos y de testimonios orales.

Merece señalarse una importante novedad introducida por Hernán Félix Gómez: el análisis institucional, con su *Instituciones de la provincia de Corrientes* (1922)⁵. Allí plantea la necesidad de contar con obras que estudien doctrinalmente el origen y evolución de las instituciones provinciales, ante el total desconocimiento que existe fuera del ámbito provincial sobre sus instituciones, generándose la desvinculación de la conciencia ciudadana.

En la década de 1940, también investigó la historia de pueblos y ciudades, como Yapeyú, Curuzú Cuatía y Santo Tomé, entre otros. Escribió un trabajo sobre *Los territorios nacionales y límites interprovinciales hasta 1862* (1942) para la *Historia de la Nación Argentina*, publicada por la Academia Nacional de la Historia, y *Nuestra Señora de Itatí* (1944), donde estudia el origen y desarrollo de la reducción y del culto a la Virgen.

5. Analiza el proceso constitucional, la organización del Estado provincial, los derechos individuales, los derechos políticos, el régimen electoral, las relaciones con la Iglesia, la educación pública, la policía, la asistencia social, las actividades económicas, la legislación financiera, rural y el régimen municipal.

Manuel Vicente Figuerero

Su actividad historiográfica es contemporánea a la de Hernán Félix Gómez, aunque es generacionalmente anterior. De formación positivista, buscó materiales en archivos públicos y particulares, y sometió sus fuentes a severa crítica. Interesado en temas de historia de la educación y biográficos, es también autor de la ya citada *Bibliografía de la Imprenta del Estado de Corrientes* (1919), considerada entonces por José Torre Revello (1968) como una de las obras más valiosas sobre una provincia argentina. Publicó trabajos en el *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana* y elaboró, en colaboración con Enrique de Gandía, un trabajo sobre «Hernandarias de Saavedra» para la *Historia de la Nación Argentina*, editada por la Academia Nacional de la Historia. También inició una historia general de Corrientes, que quedó inconclusa (abarca hasta la participación correntina en las invasiones inglesas), bajo el título de *Lecciones de historiografía de Corrientes* (1928). Dedicadas a las escuelas, estas *Lecciones...* transcriben fragmentos de obras y documentos, ya que el autor se propuso reunir el aporte de los investigadores de la Junta de Historia y del Instituto de Investigaciones Históricas.

Valerio Bonastre

Se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires, donde tomó contacto con nuevas ideas. Alcanzó el título de doctor en jurisprudencia, en 1909, con su tesis «Organización política de los Territorios Nacionales». Fue considerado el guía de la generación posterior, de Federico Palma, quien no dudaba en señalar a Bonastre como su maestro. Su producción abarca varios libros y alrededor de cien artículos, publicados en distintos periódicos de la provincia y en obras conmemorativas. Su primer trabajo histórico fue una biografía de Manuel Antonio Vallejos, el Pájaro, aparecido en la revista *El Libro*, en 1898.

Como director del Archivo General de la Provincia, compiló y editó, en 1930, los *Acuerdos del Viejo Cabildo de Itatí y El empréstito de guerra de 1839. Documentos relativos a la campaña de Pago Largo*. En el mismo año publicó su obra *Corrientes en la cruzada de Caseros*; presenta allí un estudio sobre el gobierno de los hermanos Virasoro, que condena en la faz política, pues demuestra su rosismo, pero que destaca por sus aportes en los campos social, educativo y económico. Luego, reseña cómo se preparó Corrientes para intervenir en Caseros y reúne veintiséis biografías, principalmente de militares que intervinieron en la campaña. También son obras suyas *Varones correntinos* (1936), que reúne ocho biografías, y *El ejército libertador correntino* (1941), obra en la que estudia la organización de los cinco ejércitos armados por el pueblo de Corrientes para enfrentarse al poder de Rosas. *Figuras legendarias (Del pasado correntino)* es su obra póstuma, aparecida en 1968, con un completo estudio biográfico de César Zoni. Se enfrentó en una polémica historiográfica con Manuel Vicente Figuerero, sobre el asalto a Corrientes por los paraguayos en 1865, polémica que tuvo lugar entre 1926-1927, en las páginas de *El Pueblo*.

Otros historiadores de la primera mitad del siglo XX

Ángel Acuña escribió *Ensayos* (1926), sobre temas históricos y literarios, un completo estudio biográfico sobre Manuel Florencio Mantilla, que sirvió de introducción a la *Crónica*

de aquel y *Mitre historiador* (1936), en dos tomos. También colaboró con la *Historia de la Nación Argentina*, con el capítulo dedicado a Corrientes.

Esteban Bajac es autor de *La Santísima Cruz de los Milagros* (1929). Juan Esteban Guastavino, de *La cuna de San Martín* y de *Hernandarias, fundador de Corrientes* (1928). Francisco Manzi escribió *Tradiciones y leyendas correntinas* (1938) y artículos publicados en periódicos locales y nacionales. Por último, Justo Díaz de Vivar escribió *Las luchas por el federalismo* (1936), primer intento de un historiador correntino por reivindicar la figura de Rosas, e *Ideas para una biología de la democracia* (1937).

Los historiadores de la segunda mitad del siglo XX

Sobresalen las figuras de Federico Palma (1912-1985) y Wenceslao N. Domínguez (1898-1984).

Federico Palma

Recibió también claramente la influencia de la Nueva Escuela Histórica, en cuanto a la sujeción a una metodología rigurosa y la búsqueda de la objetividad. Su aproximación al campo historiográfico estuvo marcada por Valerio Bonastre, a quien consideraba su maestro. Su labor se inició en 1936, con un trabajo biográfico. Se preocupó por crear una estructura institucional, con la organización del Instituto Histórico y Geográfico de Corrientes (1957) y una nueva Junta de Historia de Corrientes. Asimismo, fue miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia, desde 1970, y de numerosas juntas e instituciones de distintas provincias. En 1980, la Universidad Nacional del Nordeste le otorgó el Doctorado *honoris causa*. Entre su producción, que abarca la biografía, la historia político-institucional, historia de pueblos e historia cultural, se destacan *El coronel Genaro Berón de Astrada* (1939), *Juan Eusebio Torrent. Apuntes biográficos* (1941) y *Manuel Leiva, pregonero de la organización nacional* (1946).

Wenceslao Néstor Domínguez

Estuvo radicado desde su juventud en Buenos Aires. Allí desarrolló, a lo largo de cincuenta años, su intensa labor de investigación y divulgación de la historia y la cultura de Corrientes, mediante sus obras, cursos y conferencias y la organización de una estructura institucional.

Se vinculó con historiadores de la Nueva Escuela Histórica Argentina. Su conexión con Emilio Ravignani fructificó en la cátedra del prestigioso Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Fue invitado, primero, a dar conferencias y, luego, un curso libre sobre la historia de Corrientes. Allí inició la línea de investigación que seguiría a lo largo de su vida, sobre las luchas de Corrientes por la autonomía y la organización nacional.

Debemos destacar su contribución a la revisión de la historia de Corrientes, sobre una base documental y crítica. Buscó aclarar y desarrollar aspectos hasta el momento omitidos, tratados superficialmente o que consideraba tergiversados, tanto por historiadores consagrados, como por la tradición oral. Temas como el Milagro de la Cruz, el papel de

Corrientes en la guerra con el Paraguay, el desempeño de distintas figuras, el sentido de las revoluciones, la formación de los dos partidos tradicionales, merecieron su atención con el fin de proporcionar los elementos necesarios para finalizar polémicas que consideraba estériles.

Producto de sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras, aparecieron *Ferré, Paz y el Ejército de Reserva. Hasta Caá Guasú* en 1942, al celebrarse el centenario de este combate, y *Ferré, Paz y el Ejército de Reserva. Después de Caá Guasú* (1943). Luego seguirían *La revolución de 1868* (1947), *El primer Congreso correntino* (1964), *La toma de Corrientes. El 25 de mayo de 1865* (1965). En *El artiguismo en Corrientes* (1973) se propone popularizar la obra de los federales, demostrar su fidelidad a los principios originales de la Revolución de Mayo y explicar su derrota frente a «quienes supieron aprovechar el apoyo interesado de las nuevas tendencias de la iniciación del preimperialismo europeo».

En *El idioma guaraní. Filosofía-raza-lengua* (1971), producto de sus clases en la Academia Correntina del Idioma Guaraní, señala la necesidad de rescatar la participación del indígena en nuestra nacionalidad.

Enfoques y temas

Si partimos de la premisa de que la historiografía siempre ha cumplido una función social, como factor de identificación, legitimación y orientación del grupo humano al que representa, dentro del contexto donde este se encuentra emplazado (Enrique Morardiello), observamos que los historiadores correntinos han asumido explícitamente esta función social.

Así, Mantilla, Gómez, Bonastre, Domínguez o Palma, desde sus distintas pertenencias partidarias y en los diversos momentos históricos en los que actuaron, se propusieron demostrar la contribución de Corrientes a la organización política del país y determinar una línea histórica que, atravesando todo el pasado correntino, llegara al presente, para proyectarse al futuro.

Si damos un repaso a la historiografía correntina, advertimos que ella se inserta, mayoritariamente, en el campo de la historia política. Cabe aclarar que, en la actualidad, por historia política se entiende a una pluralidad de modos de construcción del relato historiográfico. Pero advertimos que en Corrientes nos han privado uno de esos modos, el más clásico y conocido en los países latinos, el que pretende recrear rasgos culturales duraderos. En él, las elites que protagonizan el discurso historiográfico encarnan los mismos ideales (políticos, ideológicos, culturales) que, más o menos consciente y abiertamente, defiende el historiador. Este modo constituyó durante mucho tiempo la manera convencional de ser del historiador en estos países. Nos introducimos aquí en el conocido terreno de la historia como instrumento de la política; así entendida, la historia posibilita la validación o rectificación del presente en función del pasado. Como veremos, es esta modalidad la que ha predominado en el desarrollo de la historia correntina hasta tiempos recientes y le ha proporcionado algunas de las obras más significativas.

Asimismo, más allá de sus diversas adscripciones partidarias, por sus comunes ideas conservadoras, coincidieron en la necesidad de dar continuidad al desarrollo político provincial, para lo que buscaron sus fundamentos y su línea directriz en el pasado. Concordaron en que

sustraerse a la dinámica político-social significaría un esfuerzo estéril. El interés se centró entonces en demostrar la contribución de Corrientes a la organización política del país y en la definición de una línea histórica que, llegada al presente, debía proyectarse al futuro. Como afirmara Hernán Gómez: «En las claras fuentes de la vieja Argentina beberán su espíritu las generaciones de la nueva Argentina».

La defensa de la especificidad de la cultura correntina dentro del contexto nacional condujo a adoptar una particular perspectiva en los enfoques. Gómez subrayará que la historia argentina es una indivisa, pero puede ser vista desde la plataforma de las catorce provincias, que actuaron con ideas y sentimientos propios en el devenir de los sucesos. Sobre esta base, criticó la historia escrita hasta el momento:

los libros generales de historia argentina fueron escritos desde el punto de vista geográfico social en que su autor residía, en que actuaba o a cuyo núcleo cultural correspondía. Por eso todos, en términos generales, ofrecen una visión no exacta de la realidad tal cual fue... Otros escritores nos han brindado libros de historia limitados al grupo, región o provincia en que actuaban, y naturalmente, si éstos son ciertos en cuanto a la crónica y a la motivación social de lo consignado, los asiste una deficiencia principista equivalente a la anterior: la vista no se levanta del horizonte inmediato, y apenas sí se advierten los enlaces con la vida nacional. (Archivo General de la Provincia de Corrientes, s/d, Carpetas de Hernán Gómez, N° 64)

La problemática se centra en la determinación de la importancia de las autonomías provinciales para el fortalecimiento de la nación. Los historiadores propusieron recuperar el lugar que consideraban le correspondía a la provincia en el contexto nacional, a través de la reivindicación de su aporte al proceso de construcción del orden institucional argentino. Apelaron al pasado para fundamentar su reclamo de una mayor participación de Corrientes en una realidad nacional que denunciaron avanzaba hacia la centralización. Reclama Domínguez: «los correntinos obstinémonos en el ideal de que Corrientes sea, como ayer, al frente de los pueblos, índice rector en el Río de la Plata» (Domínguez, 1947, p. 43). El lema «Hacer la Nación en la provincia», formulado por Gómez, con algunas variantes, aparece en todos ellos.

Por otro lado, buscaron la adecuación de los grupos dirigentes provinciales a las nuevas realidades. Ante los cambios producidos en el país, volvieron los ojos al pasado para legitimar o revisar el papel asignado a esos grupos y determinar su acción futura. De allí el lugar central que otorgaran a la política en la historia, al constituir la en el motor de los acontecimientos.

Para Gómez, la clave en el proceso histórico nacional no está ni en la emancipación ni en el sentimiento patrio, sino en el sentimiento de individualidad. En la historia argentina se dieron paralelamente dos procesos: uno que iba dando forma a la existencia común de los pueblos y otro que, lentamente, manifestaba la existencia de cada provincia. Para hacer la historia provincial, según Gómez, se debía atender a la encarnación de los grandes sentimientos que profesó el pueblo.

Este autor desea concentrar sus esfuerzos historiográficos en la superación de lo que

llamó «la historia instintiva de Corrientes», que consiste en la crónica local de los sucesos, que cultiva el odio y la disolución. Señalaba, como ejemplo, que el estudio analítico y la ponderación necesaria para determinar la acción de Corrientes en las luchas por la independencia estaban lejos de haberse realizado. La palabra definitiva sería el resultado de un esfuerzo colectivo armónico.

Un repaso a las temáticas abordadas por la historia política nos permite señalar la preferencia por el marco temporal del siglo XIX, la narración de los acontecimientos político-militares, especialmente los referidos a la lucha contra Rosas, la gestión de distintos gobiernos y las biografías individuales. Los trabajos sobre estos temas se han sucedido a lo largo del siglo, proporcionando a veces una revisión de estos, basada en nueva documentación o en una diversa interpretación de la ya existente. La conmemoración de los centenarios de batallas, como la de Pago Largo o la de Caá Guazú, motivó la publicación de numerosos trabajos de investigación, ediciones documentales y polémicas periodísticas entre los historiadores correntinos y los revisionistas rosistas.

La interpretación de la historia correntina

Los historiadores correntinos encontraron el principio directriz de la historia provincial en la reivindicación de la autonomía de Corrientes frente a la hegemonía del gobierno de Buenos Aires, reivindicación siempre inserta en un marco nacional. En 1928, Ángel Acuña advertía sobre la preocupación política excluyente de los correntinos, educados en el recelo de la tiranía:

El aislamiento prolongado fortificó el espíritu de autonomía y acentuó su tradicionalismo. La conciencia colectiva elabora así su concepción política, concibiendo a la libertad como aspiración superior de vida: la provincia, entidad local, en la nación, pero no la nación sin la provincia. (Acuña, 1928, p. VIII)

Ejemplificaremos con el pensamiento de Gómez y Domínguez esta búsqueda de una línea interpretativa. Gómez se propone rescatar, a través del estudio de la historia, una ideología que considera yace en lo profundo de la conciencia colectiva. Esta ideología es lo que denomina el dogma o programa de Mayo, que contiene los siguientes principios: la personalidad social, la individualidad política y la constitucionalidad orgánica. Estos principios se revelan «en todas las manifestaciones de la vida popular, en todos los hechos y en todos los acontecimientos producidos por la fuerza incontrarrestable de la Revolución de Mayo». Toma como hilo conductor el proceso de formación de la personalidad política de Corrientes; estudia cómo el núcleo local trabaja su personalidad, la organiza en un Estado y la consolida con acuerdos que garantizan su existencia, logrando así la individualidad política.

Por su parte, Domínguez revelaría que Corrientes estuvo marcada desde su origen por la idea de autonomía. La conjunción hispano-guaraní fundamentó y desarrolló el carácter democrático y federal de las incipientes instituciones:

El estallido de la Revolución de Mayo hizo renovar en Corrientes el recuerdo de los tiempos comuneros con los principios de una patria americana; el derecho de sostener la libertad por las armas y constituir libremente sus propias autoridades. (Domínguez, 1973, p. 14)

Este historiador encuentra una línea de desarrollo dentro del proceso histórico correntino signada por la defensa de la libertad democrática federal de Corrientes frente a la hegemonía monopolista del gobierno de Buenos Aires. Esta contraposición entre el pensamiento político correntino y el porteño constituye la base dialéctica de su obra. Al ideario político de los hombres de Corrientes, se contraponen los intereses económicos de la ciudad-puerto. Sus trabajos giran en torno a la concepción de un federalismo que es asumido por los prohombres de Corrientes como bandera indeclinable y es legitimado mediante el respaldo popular. Las ideas federales se hallaban arraigadas en el cuerpo social de la provincia, por lo cual sus conductores, incluso Artigas, no habían impulsado ideas segregacionistas, como lo pretendiera la historiografía clásica, sino que defendieron la autonomía provincial en un marco nacional.

La historiografía correntina y el revisionismo histórico

Los historiadores correntinos, como se ha señalado, se distinguieron por su enfrentamiento con el revisionismo rosista. Este revisionismo fue producto de un contexto político nacional e internacional de desvalorización de la democracia, que impulsó a algunos intelectuales argentinos a buscar una tradición nacional opuesta a la tradición liberal. Así, los enfrentamientos en torno a la historia adquirieron gran proyección. A partir de 1934, tomó gran ímpetu la querella sobre el pasado argentino, que se acompañó de numerosas acusaciones contra la historia oficial y de una total reivindicación de la figura de Rosas.

La historiografía correntina no dejó de intervenir en estas polémicas. En coincidencia con la historiografía liberal, defendió las ideas democráticas y juzgó a Rosas como un tirano que cercenó la autonomía provincial e impidió la definitiva organización del país. Bonastre se propuso demostrar el papel central, prácticamente exclusivo, jugado por Corrientes en la lucha contra la tiranía y en favor de la instauración de un orden constitucional: «Ningún pueblo, ninguna provincia, lo secundó con su esfuerzo, auxilios pecuniarios, provisiones de cualquier naturaleza, ni siquiera lo estimuló con su aplauso en esta singular justa». En esta epopeya sobresale el espíritu de abnegación y sacrificio de los correntinos:

El recuerdo es grato al sentimiento nacional, y sobre todo al pueblo de Corrientes, cuyos hijos, dicho sea, sin hipérbole, fueron los únicos que en el transcurso de la ominosa tiranía no cejaron jamás en sus arraigados amores de libertad, fiel tributo que ocasionó su martirio y la devastación de las mejores fuentes de su economía. (Bonastre, 1930, p. 111)

Pero el sacrificio de Corrientes no sólo tuvo su triunfo en Caseros, sino que también se proyectó en la definitiva organización del país:

Los principios liberales de un sano republicanism de Berón de Astrada y de Joaquín Madariaga, alfa y omega de la cruzada libertadora, se presentaron incólumes el 3 de febrero de 1852, recibiendo su sanción definitiva en la constitución nacional. (Bonastre, 1930, p. 112)

Los juicios de Bonastre sobre Urquiza son formulados desde esta perspectiva:

Fuimos con Urquiza el implacable adversario, pero después de redimirle espiritualmente a fuerza de nuestra perseverancia en los designios sostenidos desde 1839, energía moral que logró vencer sus bárbaros escrúpulos, hasta trocarse en manso aliado de Corrientes. (Bonastre, 1930, p. 111)

Ante el rechazo de la conmemoración de la batalla de Caseros por parte de los revisionistas rosistas, manifestará:

Caseros es la jornada que redime al pueblo argentino después de soportar una bárbara dictadura de veinte años, uno de los períodos más largos que registra la Historia, y durante cuyo tiempo se libraron batallas sangrientas en las que el denuedo, patriotismo y abnegación corrían paralelos teniendo en vista el ideal único de salvar a la patria. (Bonastre, 1930, p. 112)

Frente al calendario cívico propuesto por el revisionismo rosista, los historiadores correntinos propusieron rescatar los grandes acontecimientos que marcaron el camino hacia organización definitiva del país. Estos hitos están constituidos por las batallas de Pago Largo, Caá Guazú, Arroyo Grande, Laguna Brava, Vences y Caseros.

Hernán Gómez también sostuvo que las ideas federales se concretaron en Berón de Astrada, quien se levantó en defensa de los derechos correntinos. Su derrota en Pago Largo costó a la nación doce años de tiranía (Gómez, 1937). Asimismo, Gómez se enfrentó a Julio Irazusta debido al informe sobre la actuación de Berón de Astrada que este publicara en la *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*; apareció así en el periódico *El Liberal*, en marzo de 1939, una serie de artículos bajo el título «La verdad histórica y lo actuado por el Instituto...»

Domínguez marcó las diferencias entre el federalismo correntino y el federalismo rosista; el federalismo correntino:

pretende imponer el respeto nacional hacia los diferentes pueblos y culturas del Río de la Plata, aspirando a consolidar la Nación mediante la consolidación y progreso de las provincias; ambiciona la asimilación de las riquezas culturales europeas condicionándolas a la idiosincrasia local, acrecentando así las virtudes autóctonas; aspira al desenvolvimiento sostenido y permanente del progreso social e industrial para superar el nivel colonial en que se mantenía el pueblo americano; es tolerante en materia de religión y abre las puertas al progreso de las ciencias, tanto en el orden material como en el espiritual. (Domínguez, 1947, p. 16)

Mientras que el federalismo rosista:

pretende unificar por la violencia sangrienta el país; es reacio a la civilización europea; ampara el estancamiento social y su dinamismo tiende a retrotraer al país al estado económico-social de la colonia hispana rioplatense; propulsa el fanatismo religioso y obstaculiza la evolución cultural. (Domínguez, 1947, p. 16)

Así, frente al rosismo imperante en importantes sectores intelectuales, Domínguez bregó por la reivindicación del ideario democrático correntino, en un momento en que veía al país amenazado por ideologías totalitarias.

Las biografías

Junto con los estudios sobre el desarrollo político de Corrientes, la biografía ha constituido el campo preferentemente abordado. Se consideró que la historiografía, básicamente, debía cumplir una finalidad cívica, por ser un instrumento imprescindible para la formación de los ciudadanos y estímulo para las acciones valiosas. Los grandes hombres son los que encarnan los ideales políticos del pueblo y merecen emulación.

Gómez identifica como hombres símbolo a quienes fueron síntesis de la voluntad colectiva contraria a la tiranía de Rosas: Berón de Astrada es el «mártir», el «maestro» de la nueva religión que enfervorizaría al pueblo de Corrientes. Pedro Ferré es el «político», el ciudadano hábil y sereno que conduce a la luz del principismo federal. Pujol es el «estadista», que construye sobre las ruinas y que crea con las instituciones el espíritu civil. Joaquín Madariaga es la encarnación del culto a la patria y la libertad.

Para Domínguez, la biografía de los conductores «alumbra rumbos en la educación de los pueblos, y el pueblo correntino, grande y brioso, lo merece de sus historiadores». (Domínguez, 1947, p. 17).

Estos conductores son los que marcan el camino, encarnando los ideales:

En la época que estamos estudiando, las diferenciaciones encarnan en determinados hombres dirigentes, que rodean su nombre con una aureola político-social que más tarde ha de servir de plataforma a las organizaciones políticas que forman y acaudillan. (Domínguez, 1947, p. 17)

Federico Palma, al estudiar a Juan Eusebio Torrent, rescata todos aquellos principios que considera constitutivos de la realidad correntina:

Su trayectoria ha sido luminosa y es fuerza que Corrientes y la nación se honren honrándole, conociendo una vida que bregó por el afianzamiento de la democracia, por la libertad del sufragio, por el progreso colectivo y, en fin, por todo aquello que eleva el nivel moral del hombre. (Palma, 1941, p. 3)

Sobre esta base, formula su objetivo:

Los contornos de su trayectoria... se han desdibujado para la generación presente, y es nuestro propósito revivir ese recuerdo, que es fuente de civismo puro, en una hora en que pareciera estar triunfando el espíritu chato... Su recuerdo, vivificante, tónico, y el ejemplo de su trayectoria, han de servir de pauta a nuestra juventud para mirar el porvenir de su provincia. (Palma, 1941, p. 6)

Más allá de los diversos juicios, a veces polémicos y contrapuestos, sobre estos personajes, se observa la coincidencia en buscar en ellos referentes para la acción contemporánea.

Las polémicas historiográficas

Las fuertes polémicas que marcaron la actividad historiográfica nacional entre las últimas décadas del siglo pasado y las primeras del presente, constituyen un indicador tanto del desarrollo metodológico como de los enfrentamientos políticos, ideológicos y por el predominio dentro del campo historiográfico. El ambiente intelectual correntino no fue ajeno a esta característica. Las polémicas historiográficas suscitadas en Corrientes, ampliamente difundidas por el periodismo local, alcanzaron, en algunos casos, repercusión popular y proyección en el ámbito nacional. Esto demuestra el gran interés despertado por la historia local en la opinión pública y la importancia asignada a estas cuestiones por parte de los gobiernos provinciales, que reconocieron la utilidad política de la historia. Tampoco fueron ajenas estas polémicas a la definición del campo intelectual de la provincia y a la conformación de un ámbito historiográfico en el cual sus integrantes buscaban reforzar sus respectivas posiciones. Asimismo, estas encendidas y duras controversias proporcionaron un significativo aporte heurístico y hermenéutico a la historiografía correntina.

Hemos seleccionado tres de los principales temas de discusión: la fundación de Corrientes, las características del escudo provincial y la ubicación de la casa natal de San Martín, por considerarlos particularmente significativos para el análisis. Se ha procedido a la determinación de los participantes, del contexto político y cultural en el que se insertaron y de las perspectivas desde las cuales fueron abordados.

La fundación de Corrientes

El tema de la fundación de Corrientes encerraba una serie de cuestiones controvertidas, como la individualización de su verdadero fundador, la determinación del lugar preciso en que se trazó la ciudad y la autenticidad del Milagro de la Cruz.

La polémica, iniciada en 1888, tuvo como protagonistas, en un primer momento, a Manuel F. Mantilla y a Ramón Contreras. Surgió tras los esfuerzos por buscar datos que negaran o comprobaran, respectivamente, la veracidad de la tradición que se habría de rememorar en el tricentenario de la fundación de Corrientes. El gobierno autonomista de Juan Ramón Vidal encargó a Contreras la elaboración del material histórico. Mantilla, representante de la oposición, procuró demostrar los errores cometidos por el oficialismo

en dos artículos publicados en el periódico *Las Cadenas*. Pero no sólo deben encontrarse factores políticos en esta polémica, sino que en ella también se advierte el choque de dos corrientes de pensamiento: Contreras defiende la tradición católica, mientras que Mantilla, adhiriendo al positivismo, la ataca.

Contreras sostenía la llegada previa de Alonso de Vera y Aragón, quien habría establecido el primer asiento de Corrientes, para que posteriormente el adelantado Juan Torres de Vera y Aragón realizara la fundación oficial. El trazado original de la ciudad se habría efectuado en Arazatí, para luego trasladarlo a su actual emplazamiento. También defendió la veracidad del Milagro de la Cruz, testimoniado por la tradición.

Mantilla, por su parte, negaba la llegada previa de Alonso de Vera y Aragón; determinó que el asiento originario de la ciudad fue el actual y rechazó el Milagro de la Cruz, porque «la historia no admite ni puede admitir milagros, porque jamás los hubo en el mundo».

Cuarenta años más tarde, polemizarían Juan Esteban Guastavino y Vicente Figuerero, como consecuencia de la publicación, por parte del primero, de *Hernandarias, fundador de Corrientes*, en 1928. Figuerero refutó esta tesis en el artículo «El Adelantado Juan Torres de Vera y Aragón, único y verdadero fundador de Corrientes» (1929), trabajo fundamentado en numerosos documentos. La tesis de Guastavino no recibió apoyo. En los otros puntos de controversia, Figuerero defendió las aseveraciones de Contreras. Ello le valió que Ángel Acuña saliera en defensa de las afirmaciones de Mantilla. Otros autores, como Esteban Bajac y Ángel Navea, participarían luego de estas controversias, pero sin realizar nuevos aportes.

En forma contemporánea, Hernán Gómez abordó el tema en su *Historia de la Provincia de Corrientes* (1928). Las conclusiones allí expuestas serían ampliadas en *La fundación de Corrientes y la Cruz de los Milagros*, obra emprendida poco antes de su muerte y que no llegó a concluirse⁶. Para su investigación recurre, fundamentalmente, a las Actas Capitulares de Corrientes, que los autores anteriores no pudieron aprovechar por no estar ordenadas. Sobre los puntos en cuestión, Gómez sostiene que Alonso de Vera y Aragón había explorado, delineado y poblado el paraje, antes de su fundación; este establecimiento provisorio se realizó en Arazatí. La fundación fue formalizada por el adelantado Juan Torres de Vera y Aragón; el primitivo asiento de Arazatí fue corrido hacia el noroeste, buscando aguas más profundas y puertos protectores. Así, la ciudad no fue trasladada, sino que el adelantado la trazó en el emplazamiento actual, en punta San Sebastián.

Las conclusiones a las que arribó Gómez intentaban conciliar las dos posiciones de la polémica. Por otro lado, sostuvo, contra la afirmación generalizada, que la ciudad se llamó Vera, no por su fundador, sino por la Provincia de Vera, a la que pertenecía. El nombre de San Juan se debió al día de desembarco de Alonso de Vera y Aragón. Sus ideas le impedían admitir el Milagro de la Cruz. Ello se observa tanto en su *Historia de la Provincia de Corrientes* como en *Nuestra Señora de Itatí*. Pero su respeto por la tradición provincial, unido

6. César Zoni se encargó de su publicación en 1973.

a las críticas recibidas y un oportuno consejo de César Zoni, lo llevaron a adoptar una posición más conciliadora. Afirma entonces que no interesa tanto la consideración del hecho objetivo, sino la percepción que de él tiene la sociedad. El descubrimiento y la conquista de América pueden ser considerados una obra milagrosa realizada al amparo de la cruz. En este contexto, el milagro ocurrido en Corrientes simbolizaría la misión redentora de los vencedores y la afirmación de la nueva ley del cristianismo.

El escudo provincial

En 1920, el gobierno provincial encomendó a Vicente Figuerero la reconstrucción del escudo de armas de la provincia. Debía presentar un modelo, el memorial y el proyecto de ley del caso, ya que, hasta esa fecha, existía total anarquía en su diseño. Tras una intensa labor de investigación, Figuerero cumplió el objetivo propuesto y el gobierno adoptó el escudo presentado. El autor había ido publicando las conclusiones parciales de su tarea.

Hernán Gómez las criticó desde las páginas de *El Liberal* y presentó su propio proyecto de escudo. Figuerero contestó en *Comprobaciones históricas. Réplica a las objeciones formuladas por El Liberal a la precedente monografía*. Allí determinaba que el escudo defendido por *El Liberal* no era el escudo auténtico de Corrientes, de acuerdo con los antecedentes históricos y heráldicos, y que los ornamentos y atributos propuestos eran «peregrinos e imaginarios».

Juan Alfredo Ferreira apoyó las conclusiones que Figuerero expusiera en la obra *El escudo de Corrientes* (1921). En ella se establece que, desde su fundación, la ciudad tuvo en uso cinco escudos, desde el nobiliario de su fundador, Juan Torres de Vera y Aragón, hasta el establecido bajo el gobierno de Juan José Fernández Blanco (1822) y perfeccionado en sus ornamentos bajo el gobierno de Pedro Ferré (1825), el que fue tenido en cuenta para la elaboración del proyecto de escudo presentado por este autor.

Gómez retomará el tema en *La fundación de Corrientes y la Cruz de los Milagros*, donde reconoce la justeza de las conclusiones obtenidas por Figuerero, más allá de las justificaciones que proporciona para la postura contraria que él había sostenido. Puede concluirse que esta polémica estuvo motivada en una lucha por la hegemonía en el campo historiográfico correntino por parte de estos dos historiadores y que, si bien Figuerero salió airoso de la misma, Gómez terminó por imponerse al obtener su desplazamiento y reemplazarlo, en 1926, en la tarea de recopilación y edición documental que le encargara el gobierno de la provincia.

El solar natal de José de San Martín

La polémica de mayor trascendencia fue la relativa a las ruinas de la casa natal de San Martín. Los esfuerzos correntinos, ya desde el gobierno de Juan Pujol, se concentraron en recuperar el solar natal de San Martín, para convertirlo en centro de los homenajes a su memoria. En 1915, el diputado por Corrientes Ramón A. Beltrán presentó en la Cámara de Diputados de la Nación un proyecto de ley en el que se autorizaba al Poder Ejecutivo la compra de la manzana de terreno ocupada por las ruinas de la casa de San Martín en

Yapeyú, con el objeto de convertirla en monumento nacional. Sancionado como la Ley N° 9655 (16 de julio de 1915), el Poder Ejecutivo designó una comisión compuesta por Emilio Frers, José Marcó del Pont y Juan A. Pradére para que propusiera las medidas reglamentarias y dirigiera el cumplimiento de esta ley. Producida la renuncia de Marcó del Pont, fue reemplazado por Beltrán.

Esta ley provocó un intenso debate, reflejado en los principales periódicos del país. En un artículo de Juan Esteban Guastavino sobre «La casa de San Martín», publicado en el diario *La Nación*, se señalaba la falta de fundamentos sólidos para la determinación del solar. Para precisar el lugar exacto de las ruinas, el gobierno de Corrientes comisionó a Juan Walter Gez, director de la Escuela Normal de Profesores de Corrientes y miembro correspondiente de la Junta de Historia y Numismática Americana, quien elaboró un informe negativo. La Junta de Historia y Numismática designó una comisión integrada por Martiniano Leguizamón, Adolfo Decoud y Carlos I. Salas para realizar una investigación histórica sobre el tema. Leguizamón realizó un extenso informe, con un dictamen negativo, que fue aprobado por la junta. Se editó así *La casa natal de San Martín. Estudio crítico presentado a la Junta de Historia y Numismática Americana con documentos, vistas y planos aclaratorios*, en 1915, que determinaba que la familia de San Martín debió habitar en el colegio de los padres, contiguo a la iglesia⁷.

Frers y Pradére comunicaban, a principios de 1916, que la comisión había decidido dar por finalizado su cometido, con las reservas de Beltrán. Terminaba así la primera parte de este debate. Según Hernán Gómez, el fracaso en la aplicación de esta ley se debió a los errores que contenía.

En Corrientes continuaron los esfuerzos de quienes defendían la autenticidad de las ruinas, como Isidro Nin, el presbítero Maldonado y Tomás Frías. Desde 1916, comisiones populares de Yapeyú y Paso de los Libres movieron a la opinión pública en este sentido. En 1922, por iniciativa del Colegio Nacional de Corrientes, el gobierno provincial organizó un acto de homenaje al Brasil en Yapeyú, ocasión en la que se insistió sobre el tema. El periódico *Crítica*, de Buenos Aires, se hizo eco del movimiento suscitado en Corrientes, a través de varios artículos.

Hernán Gómez realizó nuevas investigaciones que reabrieron la polémica. En 1923 aparece *Yapeyú y San Martín*, destinada a «afirmar la tradición popular que autentica el solar del prócer, y a ponderar en la crónica rectificadora del proceso histórico la acción propia del pueblo que fue su cuna». Unido al testimonio brindado por la tradición oral, Gómez recurre al estudio del terreno, de las ruinas y efectúa la reconstrucción de la planta del pueblo. Esta obra fue severamente criticada por Ernesto Quesada –quien advierte que su bibliografía no es completa y que el autor se contenta con afirmar, sin analizar– y por Leguizamón (1924). Juan W. Gez y Juan Esteban Guastavino abonaron esta última posición,

7. Concluía Leguizamón (1915): «en el fondo de este asunto sólo existe la ficción de una bella leyenda, cuyo misterio acaso nunca será dado esclarecer: pero creemos también que, silenciando la verdad, no habríamos cumplido la tarea que la Junta nos encomendó».

como lo expusieran en *Las ruinas de Yapeyú*, el primero y en «La cuna apócrifa. Tradición sin antecedentes», el segundo, desde las páginas de *La Nación*, en 1924.

Dada esta situación, el Poder Ejecutivo Nacional designó una comisión presidida por Leguizamón e integrada por Antonio Dellepiane, Hernán Gómez, Eduardo Maldonado, Martín S. Noel y Enrique Udaondo, para aunar criterios, lo que no se logró. Finalmente, el gobierno nacional aprobó la construcción de un templete protector de las ruinas, inaugurado en 1938, con lo que se impondría la tesis de Gómez. Más allá de quien haya sido el triunfador, la trascendencia nacional alcanzada por esta polémica, llevó a Gómez a proyectarse como un defensor de la tradición popular de la provincia, aun a pesar de su endeble fundamentación metodológica.

HISTORIOGRAFÍA CHAQUEÑA

La preocupación por la zona chaqueña fue escasa en el ámbito nacional. Los primeros aportes al conocimiento geohistórico de la región provinieron de los religiosos que se introdujeron para evangelizar y de los conquistadores que cruzaron el territorio en busca de rutas alternativas. Entre ellos, deben mencionarse la *Descripción Corográfica del Gran Chaco Gualamba* (1733), del Padre (S. J.) Pedro Lozano, primera crónica del descubrimiento, conquista y evangelización del Chaco, y el *Ensayo sobre la Historia Natural del Gran Chaco* (1789), del Padre (S. J.) José Jolís.

El interés se concentró fundamentalmente en el estudio de los aspectos etnográficos. La edición de las memorias de quienes participaron activamente en el proceso evangelizador, como en el caso de las *Memorias* del prefecto de misiones fray Rafael Gobelli OFM (1912-1916), o en el de ocupación del espacio –como Manuel Obligado, quien publicó *La conquista del Chaco austral: contribución a la historia* (1925)– proporcionarían valioso material para los estudios históricos posteriores.

La función del historiador en el Chaco del siglo XX se orientó a definir la problemática de la identidad. Sentadas las bases organizativas, pacificado el territorio nacional e iniciado el desarrollo urbano, en Resistencia, la ciudad capital, se formó una esfera pública en cuyo seno se planteó la necesidad de dotar de una identidad propia al Chaco de un sentimiento de pertenencia que uniera a sus habitantes, frente al panorama imperante de una «moderna Fenicia». Hubo quienes plantearon, tanto desde el ámbito educativo como desde la prensa, que el progreso económico obtenido debía ir acompañado de un desarrollo espiritual que le otorgara validez. Se comenzó a sentir la necesidad de disponer de alguna forma de saber organizado en torno a los orígenes, las características y el sentido del desarrollo, sus rasgos distintivos, sus logros y fracasos.

El Chaco aparecía como la yuxtaposición de distintos sistemas culturales, sin unidad y muchas veces en conflicto. Los observadores locales de esta realidad advirtieron la falta de un marco de referencia inclusivo. La idea de patria, por un lado, estaba vinculada con la tierra natal de los inmigrantes y, por otro, no aparecía en quienes venían de provincias vecinas. Se perfilaron las dificultades propias de la ausencia de un sentimiento de

pertenencia que uniera a sus habitantes. La formación de una conciencia histórica fue considerada imprescindible para forjar la identidad chaqueña.

El propósito de conocer la propia historia surgió de los intelectuales locales que advirtieron su importancia, aunque la labor historiográfica tuvo un escaso desarrollo hasta mediados de siglo. Este panorama se contrapondría al de Corrientes, que contaba con prestigiosos historiadores y una importante producción, que también incluyó el estudio del pasado chaqueño.

Más allá de la ausencia de esfuerzos sistemáticos, se observa un intento por despertar la conciencia histórica, manifiesto en el contenido de distintos artículos periodísticos y la organización de festejos y conmemoraciones. En esta construcción del pasado, el periodismo jugó un papel central. La historia ha constituido un campo frecuentemente abordado por el periodismo argentino, lo que facilitó su difusión. En las páginas de diarios y revistas nacionales se incluían con asiduidad, desde el siglo pasado, artículos sobre temas históricos: memorias, cartas, informes, relatos de testigos. Estos trabajos, inorgánicos y dispersos, si bien no dieron lugar a un saber sistemático, contribuyeron a formar el sentido de pertenencia, crear interés, ilustrar acerca de sucesos y personajes, preparando el camino de la conciencia histórica. El periodismo chaqueño no fue ajeno a esa tradición. Los periódicos se encargaron de rescatar los orígenes de ciudades y pueblos a través de artículos que reflejaban su nacimiento y desarrollo, para cuya elaboración se recurría al testimonio de los primeros habitantes, así como impulsaron la organización y difusión de los festejos conmemorativos. Estos trabajos buscaban rescatar personajes o hechos considerados significativos. Tal como ocurrió en las páginas de *El Colono* (1906-1922), *La Voz del Chaco* (1915-1946), el *Heraldo del Chaco*, luego *Heraldo del Norte* (1917-1928), y la revista *Estampa Chaqueña* (1929-1943).

En *El Colono*, Carlos Christiensson publicó «Resistencia y los primeros pobladores del Chaco» en 1918. En 1919, el *Heraldo del Chaco* reproducía el capítulo de la obra aún inédita de Mantilla, *Crónica histórica de la Provincia de Corrientes* (1928), sobre la fundación de San Fernando, en 1749. Y en 1920, en el *Heraldo del Norte* (su continuador), el director, Benito Malvarez, publicaba un extenso artículo sobre la fundación de Resistencia. Por su parte, *Estampa Chaqueña* contó con una sección «Misceláneas: Divulgación de conocimientos útiles, históricos y científicos», firmada por Nicolás Rojas Acosta, en la que se recogían datos sobre expediciones y fundaciones en territorio chaqueño.

La Voz del Chaco organizó a fines de 1915 un concurso sobre el «Origen de la ciudad de Resistencia y su desarrollo hasta nuestra época», destinado a las personas domiciliadas en el territorio. Un lector, alentado por la idea, afirmaba que: «Hay que reunir materiales, recordar hechos, nombres y circunstancias, que permitan a los historiadores del futuro escribir este pedazo de historia argentina: es hacer obra de nacionalismo». Una carta dirigida al periódico por un docente de Colonia Popular resulta esclarecedora sobre la vinculación con el pasado existente en el momento en que se celebraba el centenario de la Independencia:

no hemos visto ningún homenaje a la noble figura del coronel José María Ávalos que acallase las protestas reivindicadoras que lanzan los ancianos y camaradas que le sobreviven. Esa gallarda figura militar asomada en todas las fiestas de su ingrata Resistencia, imperdonable omisión que correspondería cubrir a las generaciones del presente en estos años históricos de gloriosos centenarios, cuyas dianas de conmemoración llegaron a las últimas colonias del territorio... Resistencia lleva en sus calles nombres de estadistas extraños a su infancia social. (La Voz del Chaco, 12-IX-1916, pp. 1-2)

Este reclamo encontró eco en un grupo de vecinos que, días después de la publicación del artículo, solicitaba al municipio que se impusiera a una calle el nombre de Ávalos. Fue este uno de los intentos iniciales por rescatar la figura de uno de los primeros habitantes del lugar.

El lento desarrollo de un marco institucional

El Chaco, como Territorio Nacional, no contó con gobiernos que se ocuparan de promover las actividades historiográficas ni de proporcionar las condiciones para su desarrollo.

Se debe a Enrique Lynch Arribálzaga el primer Museo del Territorio, creado en el ámbito de la Municipalidad de Resistencia junto con la Biblioteca Municipal que funcionó entre 1923 y 1925. El objeto de esta institución era «reunir, exhibir y estudiar materiales y documentos sobre la historia, la geografía, la bibliografía, la fauna, la flora, la etnografía, la agricultura y la industria del Chaco, en general, y de Resistencia, en particular» (Consejo Municipal, Decreto del 8-VII-1923).

Los trabajos a que dieran lugar estos estudios, en tanto no contaran con un órgano de publicidad propio, debían publicarse en el Boletín Municipal. En el Proemio de la Sección Museo y Biblioteca de este, Lynch Arribálzaga daba a conocer sus propósitos:

hallarán, por tanto, las personas de estudio o simplemente curiosas, si no precisamente la historia del Chaco a lo menos los materiales con los que se la podrá elaborar más adelante, una vez depurados y comentados los acontecimientos de nuestro pasado, tan poco conocidos hasta ahora... expondremos imparcialmente los hechos; el lector juzgará, de acuerdo con sus ideas. (Boletín Municipal N° 1, 1924)

El ambicioso objetivo era convertir al boletín en una revista con alcance internacional. Así se inició el intercambio con centros universitarios y científicos de Buenos Aires. Sin embargo, el conflictivo desarrollo de la política municipal obligó a Lynch Arribálzaga a alejarse del cargo, finalizando esta interesante iniciativa un año después de iniciada.

A mediados de la década del 40, asistimos a un movimiento de revalorización de lo indígena, hasta entonces prácticamente ignorado o despreciado. En 1945, en la sede de la Asociación del Magisterio del Chaco, se reunió un grupo de docentes para constituir una Peña Nativa, para mantener vivas las expresiones tradicionales, «exaltando lo nativo para darle una base folklórica al Chaco con una raigambre regional, que constituya en su conjunto la base tradicional sobre la que se asientan los pueblos que tienen fisonomía propia».

En 1949 se fundó, en el seno de la Escuela Normal Sarmiento, el Seminario Ichoalay, con los fines de realizar una investigación de la historia regional y crear un museo, el Museo Histórico Regional Ichoalay, obra de la docente Inés García de Marqués, quien donó su colección privada de acervos de las culturas aborígenes. Las actividades del seminario, integrado por alumnos de los últimos años, se tradujeron en la recopilación de valiosos testimonios orales sobre distintos temas de la historia del Chaco. Entre las acciones culturales realizadas, se destacan el primer acto en homenaje al hachero correntino y el dictado de un cursillo de lengua qom.

De gran importancia fue la creación, ya bajo el gobierno provincial de Felipe Gallardo, del Archivo, Biblioteca y Museo Histórico de la Provincia. El archivo estaba encargado de compilar, clasificar, catalogar y conservar los documentos relativos a la historia provincial, así como de impulsar la investigación histórica. Al frente de esta institución, a la que se proveyó de elementos y equipos técnicos, se colocó a monseñor José Alumni. Las secciones de biblioteca y de museo no llegaron a organizarse, probablemente por no resultar necesidades tan perentorias como el archivo. En sus fundamentos, el decreto de creación señalaba que era urgente e impostergable

compilar, clasificar, catalogar y conservar los documentos relativos a la historia de la provincia... nada más eficaz para impulsar las investigaciones históricas... que concentrar en un solo lugar todos los documentos... nada es más eficiente... que la existencia de un organismo técnico destinado específicamente para cumplir de modo permanente esa labor. (Decreto provincial N° 2318 del 25-IX-1954)

La tarea de Alumni al frente del archivo fue importante: rescató, ordenó y clasificó gran cantidad de documentación y sentó las bases de su organización.

Hasta la década de 1970, no hubo una institución que se interesara por los estudios históricos. Entonces haría su aparición la Junta de Historia del Chaco que, presidida por Seferino Geraldí, estaba integrada por historiadores «amateurs» y universitarios, en un esfuerzo por unir estos dos grupos. Su principal aporte consistió en los tres números de su revista, aparecida entre 1978 y 1980. En el primer número enunciaba sus objetivos de «llenar un vacío en la información histórica sobre el Chaco»:

Para ello abre sus páginas a todos los estudiosos para hacer conocer el fruto de sus esfuerzos. Pretendemos ir desentrañando nuestra historia de su origen, la historia de los pueblos y conocer a personajes que, cada uno dentro de su ámbito, contribuyeron a conformar este Chaco de hoy. (Revista de la Junta de Historia del Chaco, 1978, p. 3)

Sus reuniones fueron esporádicas, limitadas a programar conferencias y adhesiones, por lo que fue languideciendo hasta desaparecer.

Los primeros historiadores

En el Chaco, hasta que comienza la profesionalización del campo historiográfico, la producción fue obra fundamentalmente de periodistas, docentes y descendientes de los primeros pobladores. Aunque desde distintas perspectivas, buscaron en el pasado las líneas de acción que llegaban a su presente, en un intento por rescatar los elementos que consideraban valiosos para orientar a esa nueva sociedad en gestación.

Enrique Lynch Arribálzaga (1856-1935)

Fue un destacado naturalista que participó de expediciones al Chaco hasta que se estableció en él. Publicó numerosos trabajos científicos y artículos sobre problemáticas políticas, sociales y económicas en diarios y revistas de Buenos Aires, La Plata y Chile. Tuvo a su cargo la fundación y dirección de la reducción de Napalpí, fue director de *El Colono* (1920-1922) y comisionado municipal de Resistencia (1931). Efectuó un singular aporte con sus *Materiales para una bibliografía del Chaco y de Formosa* (1924), dirigidos a «llamar la atención a la juventud del Chaco y Formosa sobre las fuentes del conocimiento y de la historia de estos territorios». En esta obra buscaba, a través del conocimiento del pasado, despertar el amor por el terruño y, al mismo tiempo, promover el surgimiento de un núcleo intelectual. Ofrece una bibliografía crítica y analítica, ordenada cronológicamente, que comprende lo producido entre 1567 y 1918. Trabajo heurístico no superado por décadas, tiene su antecedente en la labor bibliográfica de Pedro de Angelis. También indagó sobre los orígenes de Resistencia; sus resultados fueron publicados en el Boletín Municipal, trabajo reeditado en 1972, bajo el título de *Fastos precursores e iniciales de la ciudad de Resistencia*.

Juan Ramón Lestani (1904-1954)

Era descendiente de una de las primeras familias italianas que desembarcaron en el Puerto de San Fernando en 1878, llegadas para poblar la colonia Resistencia. Se incorporó a las filas del socialismo y fue el primer intendente nativo de Resistencia, cargo que desempeñó en dos oportunidades, entre 1933-1935 y 1940-1942. Fue director y colaborador de *La Verdad*, periódico del Partido Socialista, y dirigió *Región* (1936). Encaró el análisis del pasado reciente en *El Territorio Nacional del Chaco (Oro y miseria)* (1935), para señalar todos los problemas subyacentes al progreso económico y abogar por la provincialización. En *Unidad y conciencia* (1938) reflexiona sobre las características del ambiente; para realizar su diagnóstico, recurre a la historia de Resistencia, a partir de 1878, que le permite explicar la conformación moral de sus habitantes. En colaboración con Carlos Primo López Piacentini, realizaron el estudio de los antecedentes históricos del Chaco, del que publicaron, en 1947, tres trabajos: *Chaco. Etimología del vocablo. Antecedentes históricos, geográficos y políticos; Reducción de San Buenaventura del Monte Alto y Resistencia*.

José Alumni (1907-1963)

Estuvo radicado en el Chaco entre 1936 y 1956. Fue secretario de la Vicaría Eclesiástica y Vicario de la Diócesis en Sede Vacante (1951-1955). Propuso una perspectiva diferente

para el abordaje del pasado regional, abonada en la década del 40 desde el campo católico. En 1942 aparecieron dos trabajos sobre la obra realizada por los jesuitas en el Chaco: *San Fernando del Río Negro* y *Sobre las huellas de viejas glorias*. Resultado de sus trabajos arqueológicos fue *Nuestra Señora de los Dolores y Santiago de La Cangayé* (1948). Con motivo del segundo centenario de la fundación de la reducción de San Fernando, publicó *El Chaco. Figuras y hechos de su pasado* (1951).

Carlos López Piacentini (1919-1988)

Impulsado por Juan Ramón Lestani, López Piacentini (1956) continuó en esta senda, iniciada por Enrique Lynch Arribálzaga, a quien también dedicó un estudio biográfico. Su mayor preocupación se centró en el conocimiento y la difusión de las distintas áreas de la realidad chaqueña: antropología, historia, folklore, ciencias naturales, preocupación que se tradujo en la publicación, a lo largo de esta etapa, de veintidós folletos sobre estas temáticas. También buscó despertar la conciencia histórica de los chaqueños, para fortalecer en el medio el sentimiento de pertenencia. Tras esa finalidad, se propuso destacar el plano épico de los sucesos: resaltó el sacrificio y el valor de los actores, tanto aborígenes, como criollos e inmigrantes. Inició trabajos arqueológicos, que se tradujeron en publicaciones sobre la fauna prehistórica del Chaco. Editó también material destinado a las escuelas primarias del territorio. A través de sus publicaciones y conferencias, realizó una constante tarea de difusión de la vida chaqueña. Entre sus numerosas publicaciones figuran sus dos *Historia de la Provincia del Chaco* (1969-1970, vol. 2 y 1979, vol. 5). Fue declarado Doctor *honoris causa* de la Unne, título recibido *pos mortem*.

Guido Miranda (1912-1994)

Se recibió de maestro en la Escuela Normal en 1930. Integró la redacción de *La Voz del Chaco* y *El Territorio*, y colaboró con *La Verdad* y *Estampa Chaqueña*. Fue la figura proveniente del socialismo más destacada en el campo historiográfico. En 1954 publicó *El paisaje chaqueño*, donde estudia el medio geográfico, al apreciar «la importancia que el conocimiento del medio físico tiene para la interpretación de múltiples aspectos del desarrollo histórico y social», así como los pueblos aborígenes.

Al año siguiente apareció la obra que se transformaría en un clásico de la historiografía chaqueña: *Tres ciclos chaqueños (Crónica histórica regional)*. En ella, parte de la fundación de Resistencia para llegar a 1950, a través de «un cuadro somero del proceso de ocupación del territorio, que con cierta vocación de equidad pretende abarcar todas las fases constructivas de la aventura colonizadora» (Miranda, 1955, p. 283). Distingue entonces tres etapas o ciclos: Fundación, Tanino y Algodón, en las que Resistencia cumple un papel central. La obra, que cuenta con abundante documentación, transita por los caminos del ensayo, a fin de detectar los problemas planteados por el desarrollo económico del Chaco, así como sus posibles soluciones.

También publicó *Al norte del paralelo 28°* (1966), *Historia del cooperativismo chaqueño* (1984) y *Fulgor del desierto verde (1925-1947)* (1985).

Miranda retomó las preocupaciones de Juan Ramón Lestani: buscó desentrañar la identidad histórica y cultural del Chaco, para lo que proporcionó una visión globalizadora y dinámica del proceso histórico chaqueño. Señala Alfredo Veiravé (1983) que la originalidad de Miranda consiste en invertir los términos de la historia de la nación, vista ahora desde una aparente periferia que deja de ser dependiente en cuanto se convierte en centro diseminador de una nueva colonización. Advierte que, sin falsos localismos, fue ampliando el círculo de los contextos regionales para insertarse en la realidad nacional.

En 1982, la Unne le otorgó el Doctorado *honoris causa* por su original interpretación de los ciclos históricos de la región, su función en la docencia primaria y universitaria, sus informes y proyectos destinados a elevar la calidad de la enseñanza, establecer orientaciones didácticas y ampliar fuentes documentales, su labor periodística, por forjar las raíces de los estudios humanísticos en la región y en el país. Se manifestaba así el reconocimiento por parte de la universidad hacia quienes, sin haber recibido una formación académica, habían ocupado un lugar central en el campo intelectual chaqueño, en un acercamiento ante la dicotomía planteada entre universitarios y no universitarios.

Otros autores

Seferino Geraldi (1917-1991) cumplió una destacada función en diversas instituciones culturales y desarrolló una intensa actividad periodística. Descendiente de los inmigrantes friulanos, publicó *Lo que me contaron mis abuelos* (1965).

José García Pulido, desde el pensamiento socialista, aportó trabajos en los que se entrelazan el pasado, su proyección en el presente y las propuestas para el futuro chaqueño. Publicó *Cooperativismo. Breve reseña histórica* (1966), *La ciudad del futuro* (1968), *Resistencia ayer y hoy* (1973), *La explotación del quebracho. Historia de una empresa* (1975) y *Un repaso al pasado... al presente y al futuro* (1979).

Ramón de las Mercedes Tissera (1920-1981) publicó *Chaco Gualamba, historia de un nombre* (1972), el *Calendario histórico del Chaco (desde 1526 hasta 1976)* y *De la civilización a la barbarie* (1976) (dedicado a la expulsión de los jesuitas).

Ricardo Zalazar, quien ya había publicado trabajos sobre temas filosóficos e incursionado en la historia de la Iglesia, dio a conocer su *Historia de la Iglesia en el Chaco. Reseña de sus hechos* (1976).

La búsqueda de la identidad chaqueña

Al buscar las raíces de la identidad chaqueña, se delinearon dos posturas: la de quienes las escudriñaban en el período hispánico y trataban de establecer una tradición centenaria, y la de quienes tomaban la fundación de Resistencia como punto de partida de una aventura inédita: «hacer Chaco». Esta visión finalmente se impondría en la memoria colectiva, como lo revelan las conmemoraciones realizadas; el 2 de febrero quedaría consagrado como aniversario de la ciudad y la fecha histórica más significativa para el Chaco.

Juan Ramón Lestani, en su esfuerzo por dotar de una cultura nueva al Chaco, reconocería el papel central de la historia para originar un sentimiento de arraigo y pertenencia:

Nuestra formación moral será la consecuencia beneficiosa que obtendremos con el cultivo de la historia autóctona. Allá, en la obscuridad de nuestros antecedentes, habitaba aquí una raza de indios... valientes y heroicos para defender su suelo nativo y mantener la integridad moral de las tribus... ¡Digna enseñanza para los hombres de hoy! La historia cultiva los sentimientos... la juventud estudiosa habrá aprendido que nada dignifica más la personalidad humana que el culto al solar nativo, como principio básico de la nacionalidad. (Lestani, 1940, p. 9)

Un importante aporte al conocimiento de la historia chaqueña provendría de los historiadores correntinos, a partir de la década de 1920, como Manuel Florencio Mantilla y Hernán Félix Gómez, quienes abordaron esta temática en tanto se vinculaba con el pasado de su propia provincia. Gómez es autor de la primera *Historia de la Gobernación Nacional del Chaco* (1939), obra destinada a los estudiantes del territorio. Se proponía que

los futuros ciudadanos de estas zonas, que próximamente llegarán a la dignación institucional de provincias, se sitúen en la armonía indivisa del espíritu nacional y rehagan los viejos enlaces que estructuraron la patria. (Gómez, 1939, pp. 5-6)

Gómez también advertía la falta de sentimientos comunes y del sentido de pertenencia, al afirmar que:

Sobre la historia regional de los territorios nacionales del Nordeste argentino debe actuarse para poner en la actividad exclusivamente material de su población, la preocupación de los valores selectos que anidaron su advenimiento. (Gómez, 1939, p. 9)

Este primer intento por dar una visión integral del pasado chaqueño abarca desde el descubrimiento hasta llegar a la época del autor, con información sobre aspectos políticos, administrativos, sociales, militares y educativos. Estos datos le permiten demostrar que, más allá del desarrollo económico alcanzado por el territorio, el mismo se asienta sobre frágiles bases, que impiden su transformación en provincia.

Desde mediados de la década de 1930, la Iglesia católica comenzaría a adquirir un espacio central en la vida territorial. Opuesta a la orientación que consideraba a Resistencia punto de partida de la historia chaqueña, se delinearía otra que sostenía la necesidad de remontarse al pasado hispánico. En las Palabras preliminares de *El Chaco. Figuras y hechos de su pasado* (2022), de Alumni, el obispo monseñor Nicolás de Carlo, mentor de la obra, señalaba que:

Este libro contribuirá a plasmar la conciencia histórica de nuestro pueblo [...] El conocimiento de nuestra tradición rechazará la utopía de querer comenzar la historia del Chaco en un cercano ayer, velando la verdadera fisonomía del Territorio y adulterando o encubriendo los hechos, que determinaron nuestro presente progresista. (Alumni, 2022, pp. XIV-XV)

Alumni sostiene que se deben encontrar en el pasado hispánico las raíces de la identidad chaqueña e intenta dar a conocer el pasado que vive en el presente:

sobre las ruinas de la extinguida reducción jesuítica, al conjuro del esfuerzo de tantos héroes ignorados, surgiría pujante nuestra ciudad de Resistencia, milagro de la tenacidad y del esfuerzo humano, entroncada en un pasado de abnegación y sacrificio unido a este presente de triunfo por el lazo místico del glorioso San Fernando, que, en lejanas edades fuera proclamado patrono de esta región y cuyo nombre, desafiando los siglos, ataría para siempre en estrecho y simbólico abrazo la vieja reducción con nuestra pujante metrópoli que mira confiada el porvenir porque se sabe fundada sobre cimientos seculares que le dan una tradición de heroísmo y sacrificio... (Alumni, 2022, p. 174)

Para fundar su tesis, Alumni analiza la función del Chaco dentro del conjunto general de la conquista americana. Parte de la exploración de Juan de Ayolas, en 1536 y llega hasta la fundación de Resistencia. Un último capítulo, dedicado a la Iglesia, lleva su estudio hasta la asunción del primer obispo diocesano, en 1940. A través de la investigación histórica y el trabajo arqueológico, Alumni propone rescatar las raíces católicas de la cultura chaqueña y recuperar una tradición anterior al nacimiento del territorio, pero constitutiva de él.

Frente a la interpretación católica, la línea interpretativa socialista, que parte de la fundación de la colonia, sustentaría el proyecto de Constitución presentado por los convencionales de ese partido a la Convención provincial reunida en 1957. Del análisis del pasado extraerían la premisa subyacente al Artículo 1º de la Constitución, el que puntualiza cuáles deben ser los aspectos tipificantes de la realidad chaqueña: «un Estado fundado en el trabajo, que organiza su gobierno bajo el sistema republicano, democrático, social y laico».

Por su parte, Ramón de las Mercedes Tissera advertiría con más firmeza sobre la perspectiva que hacía nacer al Chaco en épocas recientes, definiéndola como la «invertida historia del Chaco»: «No alarma mayormente el contenido mesiánico que se le asigna al 2 de febrero de 1878 sino la subestimación que lleva implícita respecto a las demás corrientes propulsoras del Chaco moderno».

Su crítica iba dirigida a:

La idea de una tierra nueva sin herencias, sin ancestro... Para ello se ha considerado hasta saludable desglosar el pasado anterior a las últimas décadas del siglo XIX como un aditamento no imprescindible, casi un adorno. La etapa hispanoamericana... se valora como un esfuerzo meritorio pero estéril... (Tissera, 1972, p. 46)

Reconocería las consecuencias negativas que esta visión de nuestro pasado tenía para la formación de las nuevas generaciones. Frente a este panorama, fijaba las prioridades que debían establecerse en el campo historiográfico: «abocarse al redescubrimiento del pasado chaqueño, pero especialmente a la recomposición prolija de etapas cuyos ensambles han sido asombrosamente dislocados».

Ricardo Zalazar, en su *Historia de la Iglesia en el Chaco. Reseña de sus hechos* (1976), se propone

contribuir al mejor conocimiento de la obra misional de la Iglesia, vinculando de este modo al hombre de hoy al acervo espiritual chaqueño, en sí mismo una epopeya y en su proyección un factor del progreso alcanzado y de la formación de la imagen y de la fisonomía del Chaco.

Finalmente, se concluiría por aceptar la convergencia de los distintos componentes étnicos y culturales para la formación de una nueva cultura. Tissera (*El Territorio*, 1968, p. 35) destaca la

capacidad chaqueña de aclimatar y absorber hasta lo más caprichosamente excéntrico para revestirlo a su –sin embargo– cambiante realidad de cada día; porque el Chaco, humanamente considerado, es una pizarra donde se han escrito y borrado muchas impresiones... Constituimos en realidad un viejo solar al que los cambios, la transformación constante, han impuesto la mutación como norma y característica.

Esta representación del Chaco como imagen fragmentada se repetirá al hablar del «crisol de razas» o del «rostro cambiante del Chaco». Frente a quienes buscaron hacer prevalecer la contribución de uno u otro de los grupos actuantes, se impuso finalmente la representación de un Chaco multiforme, cuya característica distintiva estaría dada por la aptitud para incorporar la diversidad.

Los trabajos arqueológicos

En la década de 1940 comenzaba a desarrollarse en el Chaco la arqueología. En 1942, Fernando Márquez Miranda daba a conocer *Hallazgos arqueológicos chaqueños*, y dos años después, Ana Biró de Stern, antropóloga que estuvo radicada en el Chaco, *Hallazgos de alfarería decorada en el territorio del Chaco*, trabajo en el que reconocía la falta de investigaciones sistemáticas sobre el tema. Ambos aparecieron en las *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*.

La labor de Alfredo Martinet, industrial de Sáenz Peña que activamente intervino en las búsquedas, junto con la de monseñor Alumni, permitieron descubrir varios sitios. En 1942 se encontraron las ruinas del Km 75, que serían atribuidas a Concepción del Bermejo y al año siguiente, las de Pampa Tolosa. En 1943, tras la actuación de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos, se habían declarado lugares históricos en el Territorio Nacional del Chaco al sitio de la Reducción de Nuestra Señora de Dolores y Santiago de Mocobí o La Cangayé, de la Reducción de San Bernardo de Vértiz y de la ciudad de Nuestra Señora de la Concepción del Bermejo y Timbó (Ramírez Juárez, 1943). Esta medida se debió a la iniciativa del teniente coronel Evaristo Ramírez Juárez y de Hernán Gómez, quienes se habían propuesto realizar tareas arqueológicas junto con Alumni. La muerte de aquellos dos impidió que cumplieran su objetivo.

El sitio de La Cangayé, fundado por Francisco Gabino Arias en 1780 a orillas del Bermejo, fue ubicado en 1946. Este hallazgo significó un poderoso estímulo para la investigación histórica chaqueña. Para divulgarlo, se organizó una conmemoración y una excursión a las ruinas presidida por las autoridades del territorio. Así lo reconocía con entusiasmo monseñor Alumni:

El Chaco ha recibido alborozado la noticia de que en su suelo los restos de viejas y heroicas poblaciones, debido al esfuerzo privado, vuelven a la luz para constituirse en monumentos venerados de nuestro pasado. Un justo anhelo abrigan todos los estudiosos del pasado y la población en general de que las autoridades del Territorio y el gobierno de la Nación faciliten los medios necesarios para continuar las investigaciones iniciadas por el esfuerzo privado ya que hay otras ruinas muy importantes que deben ser estudiadas. Las que han sido halladas deben ser cuidadas y es de esperar que este anhelo se vea satisfecho para honor de nuestra cultura y salvaguarda de nuestras gloriosas tradiciones. (Alumni, 1948, p. 65)

Los resultados de las investigaciones realizadas por Alumni aparecieron en *Nuestra Señora de los Dolores y Santiago de La Cangayé* en 1948. Esta obra contiene una síntesis histórica de los sucesos ocurridos entre 1760 y 1804, realizada sobre la base de documentación que Alumni encontrara en el Archivo General de la Nación y en el Archivo del Cabildo de la Catedral de Córdoba, la narración de los resultados de las investigaciones arqueológicas realizadas en las ruinas de La Cangayé y un valioso apéndice documental. La arqueología continuaría su desarrollo ya desde el ámbito universitario. Pero la finalidad era rescatar el legado de los evangelizadores:

Sus figuras recias y viriles nos son muy queridas, y al recorrer las selvas en busca de sus huellas y al desenterrar los restos de sus Iglesias y viviendas, un sentimiento de profunda admiración embargó nuestro espíritu y hemos creído un estricto deber de justicia arrancar del olvido sus nombres y proponer como ejemplo a las generaciones presentes su abnegación y su heroísmo. (Alumni, 1948, p. 2)

La cuestión del origen de Resistencia

El interés también se centró en el problema del origen de la ciudad de Resistencia, lo que permitió dar una filiación a determinados grupos para que jerarquizaran su ubicación en la estructura social, como se observa en la discrepancia en torno a sus «verdaderos» fundadores. Quedan claramente perfiladas dos perspectivas enfrentadas en su interpretación: la que encuentra sus orígenes en un pasado ligado con la historia de Corrientes, por la acción de los obrajeros correntinos, y la que toma como punto de partida, la llegada de los primeros inmigrantes, y concluye que Resistencia es obra de los colonos friulanos. Este debate respondió también a la búsqueda de la autonomía del Chaco con respecto a la tutela política y cultural de Corrientes.

A partir de la década de 1920, los descendientes de los primeros inmigrantes friulanos que arribaron a Resistencia buscaron afirmar su lugar recurriendo a la historia. Si bien

inicialmente la conmemoración del arribo, en 1878, para poblar la colonia, quedó restringida a un grupo, luego se buscó imponerla en la comunidad, transformándola en la conmemoración de la fundación de la ciudad.

Para dilucidar la fecha de fundación de Resistencia, el municipio encargó a Enrique Lynch Arribálzaga la compilación de los antecedentes. Tras analizar el proceso de ocupación del espacio hasta 1878, Lynch determinó quiénes fueron los primeros pobladores, anteriores a la fundación de la ciudad: eran principalmente obrajeros, tres argentinos y cinco italianos.

Otro debate pondría la cuestión de los orígenes de Resistencia en el centro de la escena. En 1929, *Estampa Chaqueña* dio cabida en sus páginas a la controversia sobre el gentilicio que debían adoptar los habitantes de Resistencia. Lynch Arribálzaga, quien sostenía que los primeros gentilicios habían comenzado a emplearse en 1916, no aceptaba los hasta entonces utilizados o propuestos (resistense, resistanceño, resistenciero, resistenciano), por no ser agradables al oído, y exponía la conveniencia de adoptar el de «fernandinos». Para ello, recurría a fundamentos históricos, ya que la ciudad se había ubicado en la zona de la antigua reducción de San Fernando del Río Negro. Esta propuesta fue rechazada, entre otros, por Nicolás Rojas Acosta, quien defendía el gentilicio «resistenciano», que finalmente se impuso. Estas discusiones se insertaban en el marco de la búsqueda de la identidad y planteaban si las raíces debían buscarse a partir de 1878 o bien la etapa fundacional era anterior a aquella fecha.

La polémica en torno a los orígenes de Resistencia se desarrolló en la década de 1930 entre Juan Ramón Lestani y Federico Palma, en las páginas del diario *El Territorio*. Lestani rechaza la afirmación de que Corrientes jugó un papel central en el origen de Resistencia y niega que hubiera sido una colonización correntina el punto de partida de la ciudad, para reivindicar la celebración del 2 de febrero:

Ya ve usted por lo que sostengo si tenemos razón los chaqueños de crear nuestro día, para que la historia tenga punto de arranque y sirva a las generaciones del futuro como estímulo, por el esfuerzo realizado. En esta fecha, para nosotros emotiva, todo comenzó... (Lestani, *El Territorio*, 13-II-1937, p. 4)

Esta mirada al pasado le permitía independizar la historia chaqueña de la correntina, al no admitir más filiación para Resistencia que la de los inmigrantes italianos; la conclusión era que el Chaco nada debía a Corrientes. Finalmente, en 1935, bajo la intendencia de Lestani, la Municipalidad declaró fiesta cívica el 2 de febrero.

Lestani no dejó de comparar la realidad del Chaco con la de Corrientes, provincia de cuya tutela deseaba sacar al territorio. Mientras que este era sinónimo de progreso y promesa por realizar, aquella representaba el estancamiento, producto del peso de la tradición; uno tenía la mirada puesta en el futuro, la otra, en el pasado.

En la década del 60, otros exponentes continuarían el desarrollo de las líneas anteriormente trazadas. Manuel Meza rescata el 25 de abril de 1876, fecha en que culminan los distintos malones soportados por los pobladores de San Fernando, gracias al coraje del hachero correntino, sin el cual «no hubiera habido la Resistencia». El Chaco, en su progreso, según

Meza (*El Territorio*, 1958), olvidó su basamento étnico y reclama de los poderes públicos y de las instituciones culturales que recojan los anhelos del pueblo y agreguen en el calendario de festividades esta jornada.

Seferino Geraldí defiende la posición de que Resistencia fue fundada el 2 de febrero de 1878, pues el hecho de que hubieran existido reducciones en el Chaco «no significa de modo alguno que Resistencia u otro pueblo de nuestra provincia les deba algo inmediato» (p. 209).

Carlos López Piacentini, si bien consideraba que el 2 de febrero no era la fecha de fundación de la ciudad, adhería a la visión de la línea inmigratoria, al sostener que «es a partir de ese 2 de febrero que se inicia la verdadera etapa de colonización en Resistencia... San Fernando del Río Negro no puede considerarse como el origen de la actual ciudad de Resistencia» (López Piacentini, 1978, pp. 9-10).

LA REGIÓN COMO PROBLEMA

Al plantearse la problemática de la identidad chaqueña, se presentó el problema de la definición de la región. Las diversas concepciones en torno a ella condujeron también a delinear límites distintos y a buscar sus raíces históricas en diferentes momentos y circunstancias. En 1928, Hernán Gómez (1928) proponía constituir a Corrientes en centro de la Mesopotamia. Pero, ya en 1944, abogaba por la unidad de la región Nordeste, siempre en torno a Corrientes, para encontrar una solución a sus hondos problemas económicos:

Iguales problemas, en lo material y lo cultural, enlazan el destino de las comunidades que lo integran. Antes fue el sello de la raza guaraní, señorial y autóctona, que está en la toponimia, en el lenguaje popular, en el tipo racial de la masa que construye. (Gómez, 1944, p. 151)

La creación de la Universidad Nacional del Nordeste, que abarcaba Formosa, Misiones, Chaco y Corrientes, en 1956, contribuyó a la definición del ámbito regional. En los propósitos de sus organizadores quedaba establecida la inserción regional de la institución⁸. Sin embargo, se irían produciendo sucesivos desmembramientos con las creaciones de las universidades de Misiones y Formosa.

En 1967, según el esquema Conade, se definía a la Región Nordeste como integrada por las provincias de Misiones, Corrientes, Formosa, Chaco y Norte de Santa Fe. Una revisión realizada a la organización de las estructuras administrativas, a los periódicos zonales, a

8. «Convencidos de que el Nordeste del país presenta características propias y de que las instituciones superiores de cultura deben estar enraizadas en la realidad física y humana en la que viven, creemos imprescindible que esta nueva institución no sea copia de una universidad –nacional o extranjera– sino la expresión de este suelo y de esta sangre del Nordeste argentino... ésta debe ser una Universidad regional» (Frondizi, 1958, p. 11).

las denominaciones de establecimientos e instituciones permitía demostrar el arraigo de esta perspectiva (Centro de Estudios Regionales del Nordeste Argentino, 1978).

Por otro lado, en el caso del Chaco, también se hablaba de Región Chaqueña, posición apoyada por el gobierno provincial en 1975, al lanzar el Primer Congreso Económico Regional del Chaco Gualamba; esta región comprendía las provincias de Chaco, Formosa, este de Salta, Noreste de Santiago del Estero y Norte de Santa Fe, unidas por la continuidad geográfica y por comunes problemáticas económicas y de ocupación del espacio.

Los historiadores chaqueños también se preocuparon por definir el ámbito regional. Ramón Tissera, en un momento donde se imponía el concepto de región Nordeste, opondría el de gran Chaco o Chaco Gualamba (Leoni, 2010). Argumenta que el concepto de región se apoya sobre dos ejes, la ecología y la historia: «Un ámbito llega a ser región cuando el largo proceso generacional alcanza conciencia de su integración como grupo humano sobre un territorio con el que se siente consustanciado» (Tissera, 1973, pp. 22-23). En lo que respecta al Chaco, región caracterizada como pocas, ha sido llevado a la distorsión precisamente por factores que pudiendo ser coadyuvantes actuaron como agentes disociadores hasta colocarnos al borde de la disolución o, por lo menos, de la deformación.

Advierte que: «Sería preciso escribir una historia de cuatro siglos para descubrir las causas hondas que obraron en este proceso, cuyas consecuencias soportamos actualmente» (Tissera, 1972, p. 48). Se plantea a qué región pertenece Resistencia, si al Chaco o al Nordeste, y destaca el peligro de adherir a la segunda postura: «Ahora, la regionalización nordestina amenaza desviar las mejores posibilidades hacia otro ámbito geográfico, con el divorcio consiguiente al Chaco profundo, vital, base de sustentación de la estructura capitalina» (Tissera, 1973, p. 22).

Esta región definida por Tissera comprende Chaco, norte de Santa Fe, este de Salta y Formosa; este es el Gran Chaco histórico, «todavía vigente para una geopolítica sin ficciones...» (Tissera, 1973, p. 23).

Esta dificultad para definir el marco regional debida en gran parte al tardío proceso de conformación de lo que Van Young denomina regionalismo (identificación consciente, cultural, política y sentimental que grandes grupos de personas desarrollan con el espacio regional), llevó a la reducción de los estudios históricos, en su gran mayoría en la etapa estudiada, dentro de los marcos político-administrativos provinciales y a la ausencia de visiones globales.

UNIVERSIDAD E HISTORIOGRAFÍA

La profesionalización del ámbito historiográfico se inició en el Nordeste con la creación de la Facultad de Humanidades, en 1958. La definición de un campo profesional de la historia brindaría cimientos más sólidos para los estudios históricos y la determinación de líneas de trabajo, en un intento por encarar esfuerzos sistemáticos. Pero los resultados de esta labor metódica se difundieron solamente en un estrecho círculo. Desde algunos sectores de la opinión pública surgió el reclamo para que los nuevos historiadores profesionales

continuaran cumpliendo con la función social que tradicionalmente desempeñaran los historiadores «amateurs», función que aquellos parecían haber desechado. Por una parte, la concentración en una tarea erudita consumía gran proporción de los esfuerzos, dejando para más adelante el debate intelectual en el cual se les reclamaba participar; por otra, los resultados obtenidos, como hemos señalado, no contaron con los canales de difusión necesarios y, muchas veces, se reprochó la ausencia de lo que en realidad se desconocía que ya se había realizado.

Lentamente, comenzarían a palparse los resultados de la labor investigativa de la universidad pues, como bien ha sido señalado, esta producción exige un período de maduración en el cual se van gestando ideas y perfilando autores (Borrini, 1994). El motor del Instituto de Historia fue Ernesto Maeder, quien en 1962 iniciaba la publicación de una serie de índices generales de revistas, como la de Buenos Aires, del Paraná, del Río de la Plata y la Biblioteca, entre otros. En 1967 realizó su primera contribución a la historia provincial con la «Historia del Chaco y de sus pueblos», para la *Historia Argentina Contemporánea* publicada por la Academia Nacional de la Historia. Este trabajo, cimentado en una exhaustiva consulta de todo lo publicado hasta el momento, abarca desde el descubrimiento y la exploración inicial del Chaco hasta 1930, con la consideración de tres épocas: española, nacional y del Territorio Nacional del Chaco; constituyó una sistematización y puesta a punto de lo investigado en el área regional. Sobre una sólida base heurística, el análisis del desarrollo histórico del Chaco permitía afirmar a su autor que:

En el suelo descubierto y colonizado en la época española, perdido y reconquistado una y otra vez, hasta que el país tuvo aliento para ocuparlo definitivamente, se asentaba ahora una comunidad vigorosa, que había desplazado al indio y que unía a su empuje y diversidad de orígenes, un hondo y común anhelo de arraigarse y construir el Chaco que cada uno llevaba en su imaginación. (Maeder, 1967, pp. 279-280)

Está presente aquí la consideración de una línea de desarrollo en la que se enlazan los distintos momentos, dando unidad y sentido al proceso histórico chaqueño.

Maeder también ha efectuado un importante trabajo sobre la *Historia económica de Corrientes en el período virreinal (1776-1810)*, obra considerada por Tulio Halperin Dongui (1986) como una de las principales contribuciones historiográficas aparecidas entre 1973-1983.

En 1969 se estableció el plan de publicaciones del Instituto de Historia de la Facultad de Humanidades, que comprendía la edición de separatas y folletos necesarios para el trabajo docente; la edición de fuentes para la historia regional, la revista *Folia Histórica del Nordeste* y la edición de monografías independientes.

Podemos distinguir en la vida del instituto una etapa inicial, que se extiende hasta 1973, en la cual se produjo la organización y consolidación de este; se estableció su estructura, se lo dotó de los elementos de trabajo indispensables, tanto bibliográficos como técnicos. Las tareas que se realizaron fueron la catalogación de publicaciones, la elaboración de una cronología histórica argentina y americana, la confección de listas de funcionarios

de la Argentina entre 1500-1970 y una relevante labor de publicación de índices de revistas. Se continuaron los trabajos de campo en Kilómetro 75 y Campo Lestani y se realizó la catalogación de las piezas del Museo Regional de Antropología; también se publicaron los resultados de la labor de la Sección de Arqueología, encabezada por el profesor Eldo Morresi, con el título *Las ruinas de Km 75 y Concepción del Bermejo. Primera etapa de investigación arqueológica histórica regional*, en 1971. Asimismo, se efectuó una importante tarea de traducción y publicación de trabajos fundamentales para nuestro pasado, como la *Historia de los Abipones*, de Martín Dobrizhoffer, o el *Ensayo sobre la Historia natural del Gran Chaco*, de José Jolí.

Una segunda etapa se inicia a partir de 1973, con la labor crítica, elaboración y síntesis del material acumulado, para realizar una historia del Nordeste. Se efectuaron entonces tareas de relevamiento documental, ediciones de fuentes, publicación de monografías sobre temas en condiciones heurísticas de ser abordados. El plan de tareas comprendía la búsqueda de material en archivos nacionales y provinciales, la elaboración de una bibliografía sobre Chaco, Corrientes, Formosa y Misiones. Se presentaron dificultades por la falta de monografías de base, sobre todo para el período contemporáneo. La labor de extensión consistió en cursos y conferencias sobre variados temas históricos.

El aporte de la universidad en el campo historiográfico se reflejó a partir de 1975 en la *Folia Histórica del Nordeste*, publicación especializada que contiene artículos sobre temas históricos regionales, documentos de historia regional y reseñas bibliográficas. Esta revista, luego editada juntamente con el Instituto de Investigaciones Geohistóricas, presenta continuidad hasta el día de hoy.

La formación de un campo profesional de historiadores por parte de la universidad traería aparejados diversos conflictos en el esfuerzo por delinear sus límites, legitimidad y pertenencias. Dichos conflictos se harían palpables, por ejemplo, en el tema del trabajo en los sitios históricos.

Otra institución que se incorporó al campo profesional de la historia es el Instituto de Investigaciones Geohistóricas, ya mencionado, fundado el 29 de marzo de 1979. Dependiente del Conicet, los proyectos y las tareas realizadas han tendido principalmente a conocer el proceso de poblamiento y ocupación del espacio del Nordeste Argentino.

No analizaremos aquí la actividad historiográfica de la última etapa, marcada por la consolidación del campo profesional, el surgimiento de una nueva generación de historiadores profesionales, que han extendido su ámbito de estudios a Corrientes y Formosa. Nos limitaremos a señalar que hoy se cuenta con la posibilidad de difundir los resultados de esta tarea, con la existencia de instituciones como las Juntas de Historia del Chaco y de Corrientes, publicaciones periódicas especializadas y foros, como los Encuentros de Geohistoria Regional, y, fundamentalmente, por la atención de una sociedad que vuelve los ojos al pasado para preguntarse sobre su lugar en el nuevo contexto regional, para lo que requiere, como se señalara al principio, de un factor de identificación, legitimación y orientación dentro del mismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Academia Americana de la Historia (1928). *III Congreso de Historia Nacional*. Anales. Imp. del Estado.
- Academia Nacional de la Historia (1995-1996). *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina* (T. 2). ANH.
- ACUÑA, Á. (1926). *Ensayos*. Espiasse y cía.
- ____ (1928). Notas biográficas. En M. F. Mantilla (eds.) *Crónica histórica de la Provincia de Corrientes* (T. 1). Espiasse.
- ____ (1936). *Mitre historiador* (T. 1 y 2). Coni.
- ____ (1942). Corrientes: 1810-1862. En R. Levene (ed.) *Historia de la Nación Argentina* (pp. 489-553). El Ateneo.
- ALEGRE, J. N. (1867). *Antigüedades correntinas*. Imprenta del Estado.
- ALUMNI, J. (1942). San Fernando del Río Negro. *Estudios*.
- ____ (1942b). *Sobre las huellas de viejas glorias*. s.i.
- ____ (1948). *Nuestra Señora de los Dolores y Santiago de La Canga-yé*. *Apuntes históricos*. Imprenta Moro.
- ____ (1951). *El Chaco. Figuras y hechos de su pasado*. Imprenta Moro.
- ____ (2022). *El Chaco. Figuras y hechos de su pasado*. Contexto.
- Archivo General de la Provincia de Corrientes (s.f.) *Carpetas de Hernán Gómez*. Carpeta N° 64.
- BAJAC, E. (1929). *La Santísima Cruz de los Milagros*. Imprenta del Estado.
- BAZÁN, A. R. (1983). La historiografía regional argentina. *Revista de Historia de América*, (96). Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- BIRÓ DE STERN, A. (1942). Hallazgos de alfarería decorada en el territorio del Chaco. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 4, 157-161.
- BONASTRE, G. (1968). Esteban Bajac. El historiador de la Virgen de Itatí. *Revista de la Junta de Historia de Corrientes*, (3).
- BONASTRE, V. (1898). Manuel Antonio Vallejos, el Pájaro. *El Libro*.
- ____ (1930). *Corrientes en la cruzada de Caseros*. Imprenta del Estado.
- ____ (1930). *Los Acuerdos del Viejo Cabildo de Itatí*. Imprenta del Estado.
- ____ (1930). *El empréstito de guerra de 1839. Documentos relativos a la campaña de Pago Largo*. Imprenta del Estado.
- ____ (1930). *Corrientes en la cruzada de Caseros*. Imprenta del Estado.

- _____. (1936). *Varones correntinos*. Librería y Editorial La Facultad.
- _____. (1941). *El ejército libertador correntino*. Editorial Claridad.
- _____. (1968). *Figuras legendarias (Del pasado correntino)*. Imprenta López.
- BORRINI, H. R. (1994). *La geografía humana y su desarrollo en la región centro-oriental del Chaco*. IIGHI.
- CARBIA, R. D. (1940). *Historia crítica de la historiografía argentina*. Coni.
- Centro de Estudios Regionales del Nordeste Argentino (1978). *Sobre región y regionalismo*. Corrientes.
- CHRISTIENSSON, C. (1918). Resistencia y los primeros pobladores del Chaco. En *El Colono*.
- Consejo Municipal (8-VII-1923). *Decreto*. Archivo Municipal. Digesto Municipal.
- DÍAZ DE VIVAR, J. (1936). *Las luchas por el federalismo*. Viau y Zonas.
- _____. (1937). *Ideas para una biología de la democracia*. Bernabé.
- DOBRIZHOFFER, M. (1968). *Historia de los Abipones*. Instituto de Historia, Facultad de Humanidades, UNNE.
- DOMÍNGUEZ, W. (1943). *Ferré, Paz y el Ejército de Reserva. Después de Caá Guasú*. Peuser.
- (1947). La revolución de 1868. *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, T. XXIX.
- _____. (1947). *La revolución de 1868*. Peuser.
- _____. (1964). *El primer Congreso correntino*. Edición del autor.
- _____. (1965). *La toma de Corrientes. El 25 de mayo de 1865*. Imprenta López.
- _____. (1971). *El idioma guaraní. Filosofía-raza-lengua*. La Gráfica.
- _____. (1973). *Corrientes en las luchas por la democracia. El artiguismo en Corrientes*. La Gráfica.
- _____. (1973). *El artiguismo en Corrientes*. La Gráfica.
- _____. (s.f.) *El gobierno de los Virasoro*. (Inédito).
- «El coronel José María Avalos. Tardía pero improrrogable reivindicación» (12-IX-1916). En *La Voz del Chaco*, pp. 1-2.
- FERNÁNDEZ OLGUÍN, E. (1921). Los archivos de la ciudad de Corrientes. *Publicaciones de la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, (8).
- FIGUERERO, M. V. (1919) *Bibliografía de la Imprenta del Estado de Corrientes*. Coni.
- _____. (1921). Comprobaciones históricas. Réplica a las objeciones formuladas por El Liberal a la precedente monografía. En *El escudo de Corrientes y comprobaciones históricas sobre el mismo con motivo de su fijación por decreto de 31 de agosto de 1921*. Coni.

- _____. (1928). *Lecciones de historiografía de Corrientes*. Kraft.
- _____. (1929). El Adelantado Juan Torres de Vera y Aragón, único y verdadero fundador de Corrientes. En *Lecciones de Historiografía de Corrientes*. Kraft.
- FIGUERERO, M. V. y De Gandía, E. (1942). Hernandarias de Saavedra. En R. Levene (ed.) *Historia de la Nación Argentina* (pp. 489-553). El Ateneo.
- FRONDIZI, R. (1958). *Hacia la Universidad nueva*. UNNE.
- GARCÍA PULIDO, J. (1966). *Cooperativismo. Breve reseña histórica*. Moro.
- _____. (1968). *La ciudad del futuro*. Librería y Papelería Casa García SRL.
- _____. (1973). *Resistencia ayer y hoy*. Librería y Papelería Casa García SRL.
- _____. (1975). *La explotación del quebracho. Historia de una empresa*. Librería y Papelería Casa García SRL.
- _____. (1979). *Un repaso al pasado... al presente y al futuro*. Librería y Papelería Casa García SRL.
- GERALDI, S. (1965). *Lo que me contaron mis abuelos*. Talleres gráficos del Banco de la Provincia del Chaco.
- GEZ, J. W. (1924). Las ruinas de Yapeyú. *Boletín de la Junta de Historia y Numismática*, (1), 83.
- GIANELLO, L. (1959). Vida y obra del Dr. Manuel F. Mantilla. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, XXX.
- _____. (1966). Estado de los estudios históricos en el Litoral y el Nordeste argentinos. *Revista de la Junta de Historia de Corrientes*, (1).
- GOBELLI, R. (1912-1916). *Mis memorias y apuntes varios*. Editorial Rafael Tula. Gobierno de Corrientes (1877). *Colección de datos y documentos referentes a Misiones como parte integrante del territorio de la provincia de Corrientes*. La Verdad.
- GÓMEZ, H. F. (1922). *Vida pública del doctor Juan Pujol*. J. Lajouane y cía, Librería Nacional.
- _____. (1922). *Instituciones de la provincia de Corrientes*: (trabajo aprobado por el primer Congreso de la Historia Nacional reunido en Buenos Aires el 29 de julio de 1922). J. Lajouane y cía.
- _____. (1923). *Yapeyú y San Martín*. J. Lajouane.
- _____. (1928). *Páginas de Historia*. Corrientes. Imprenta del Estado.
- _____. (1928). *Historia de la Provincia de Corrientes*. Imprenta del Estado.
- _____. (1928). *Apuntes para una bibliografía de Corrientes*. Imprenta del Estado.
- _____. (1928). *Corrientes y la Convención Nacional de 1828*. Imprenta del Estado.

- _____. (1928-1929). *Historia de la Provincia de Corrientes* (T. 1, 2 y 3). Imprenta del Estado.
- _____. (1929). *Corrientes y la República Entrerriana*. Imprenta del Estado.
- _____. (1929). *El general Artigas y los hombres de Corrientes*. Imprenta del Estado.
- _____. (1929). *Corrientes en la guerra del Brasil*. Imprenta del Estado.
- _____. (1931). *Los últimos sesenta años de democracia y gobierno en la Provincia de Corrientes*. L. J. Rosso.
- _____. (1937). Posición de Berón de Astrada en los sucesos del Plata (1838-1839). En Academia Nacional de la Historia (ed.) *III Congreso Internacional de Historia de América*. Academia Nacional de la Historia.
- _____. (1937). "Ñaembé (Crónicas de la guerra de López Jordán y de la epidemia de 1871). Talleres gráficos San Pablo.
- _____. (1938). *Ley N° 732 honrando el centenario de Pago Largo y la epopeya por la libertad y la constitucionalidad*. Imprenta del Estado.
- _____. (1939). *Historia de la Gobernación Nacional del Chaco*. Gráfica San Pablo.
- _____. (1939). La verdad histórica y lo actuado por el Instituto... En *El Liberal*.
- _____. (1942). *La victoria de Caá Guazú: desde los días que siguieron a Pago Largo hasta Arroyo Grande*. Imprenta del Estado.
- _____. (1942). Los territorios nacionales y límites interprovinciales hasta 1862: Patagonia, Gran chaco, Misiones, Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. En R. Levene (ed.) *Historia de la Nación Argentina* (pp. 489-553). El Ateneo.
- _____. (1944). *Nuestra Señora de Itatí*. Ed. Corrientes.
- _____. (1944). *Toledo el bravo: crónica de las guerras civiles y del período oligárquico*. Imprenta Corrientes.
- _____. (1973). *La fundación de Corrientes y la Cruz de los Milagros*. Banco de la Provincia de Corrientes.
- GUASTAVINO, J. E. (1915). La casa de San Martín. En *La Nación*.
- _____. (1924). La cuna apócrifa. Tradición sin antecedentes. En *La Nación*.
- _____. (1928). *Hernandarias, fundador de Corrientes*. Pesce.
- _____. (1928). *La cuna de San Martín y de Hernandarias, fundador de Corrientes*. s.i.
- GROUSSAC, P. (1882). *Ensayo Histórico sobre el Tucumán*. Imprenta y librería de Mayo.

- HALPERIN DONGUI, T. (1986). Un cuarto de siglo de historiografía argentina. *Desarrollo Económico*, 25(100).
- JOLÍS, J. ([1789] 1972). *Ensayo sobre la Historia natural del Gran Chaco*. Instituto de Historia, Facultad de Humanidades, UNNE.
- KROEBER, C. B. (1965). *Rosas y la revisión de la historia argentina*. Fondo Editor Argentino.
- LEGUIZAMÓN, M. (1915). La casa natal de San Martín. Estudio crítico presentado a la Junta de Historia y Numismática Americana con documentos, vistas y planos aclaratorios, 74-75.
- LEGUIZAMÓN, M. (1924). Homenaje al Dr. Mantilla. *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, I.
- LEONI, M. S. (1996). El aporte de Hernán Félix Gómez a la historia y la historiografía de Corrientes. *Folia Histórica del Nordeste*, (12). IIGHI-Conicet.
- _____. (1991). Biobibliografía de Carlos P. López Piacentini. *Folia Histórica del Nordeste*, (10).
- _____. (1993). Biobibliografía de Seferino A. Geraldí. *Folia Histórica del Nordeste*, (11).
- _____. (2021). Conflictos de narrativas sobre el pasado en los márgenes de la Argentina: el Chaco en la primera mitad del siglo XX. *Estudios*, (45), 117-133.
- _____. (2022). La construcción historiográfica del nordeste argentino y su relación con la historia del Paraguay. En L. Brezzo (ed.) *Invitación a la historia del Paraguay. Escrituras y representaciones del pasado*. Intercontinental.
- _____. (2000). La historia política de Corrientes en el siglo XX: Tendencias e historiadores. *Nordeste*, (10). UNNE.
- _____. (1997). Juan Ramón Lestani y el problema de la identidad chaqueña. *XVI Encuentro de Geohistoria Regional*. Resistencia: IIGHI-CONICET.
- _____. (1995-1996). El Nordeste. En Academia Nacional de la Historia (ed.) *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina*. (T. 2). ANH.
- _____. (2010). Ramón Tissera, entre historia y política en la provincia del Chaco. *Revista Escuela de Historia*, 9(1)
- _____. (1999). Wenceslao Néstor Domínguez y la escritura de la historia correntina. *XVIII Encuentro de Geohistoria Regional*. Resistencia: IIGHI-CONICET.
- LEONI, M. S. y Núñez Camelino, M. del C. (coords.) (2022). *Pasados periféricos. Historia y memoria en el Nordeste argentino*. Eudene.
- LEONI, M. S. y Quiñonez, M. G. (2001). Combates por la memoria. La elite dirigente correntina y la invención de una tradición sanmartiniana. *Anuario de Estudios Americanos*, LVIII(1).



- LESTANI, J. R. (1935). *El Territorio Nacional del Chaco (Oro y miseria)*. s.i.
- _____. (13, II, 1937). Sobre la fundación de Resistencia. *El Territorio*, p. 4.
- _____. (1938). *Unidad y conciencia. Aspectos morales del Chaco. Hacia la formación de la unidad territorial*, Resistencia. Imprenta Chaco.
- _____. (1940). *En los caminos del Chaco (bocetos regionales)*. Imprenta La Argentina.
- LESTANI, J. R. y Piacentini, C. P. (1947). *Chaco: etimología del vocablo: antecedentes históricos, geográficos y políticos*. s.i.
- LYNCH ARRIBÁLZAGA, E. (1924). *Materiales para una bibliografía del Chaco y de Formosa*. Juan Moro.
- _____. (1972). *Fastos precursores e iniciales de la ciudad de Resistencia*. Editorial Región.
- LÓPEZ PIACENTINI, C. P. (1956). *Síntesis biográfica de don Enrique Lynch Arribálzaga*. Subsecretaría de Educación y Cultura.
- _____. (1969-1970). *Historia de la Provincia del Chaco* (Vol. 2). Región.
- _____. (1978). *De San Fernando a la Resistencia*. Región, 9-10.
- _____. (1979). *Historia de la Provincia del Chaco* (Vol. 5). Región.
- LOZANO, P. (1733). *Descripción Corográfica del Gran Chaco Gualamba*. Colegio de la Assumpcion.
- MANZI, F. (1938). *Tradiciones y leyendas correntinas*. J. F. Torrent.
- MAEDER, E. J. A. (1967). Historia del Chaco y de sus pueblos. En Academia Nacional de la Historia (ed.) *Historia argentina contemporánea 1862-1930* (Vol. 4, pp. 279-280). ANH.
- _____. (1981). *Historia económica de Corrientes en el período virreinal (1776-1810)*. Academia Nacional de la Historia.
- MANTILLA, M. F. (1884). *Estudios biográficos sobre patriotas correntinos*. Casavalle.
- _____. (1887). *Bibliografía periodística de la provincia de Corrientes*. Imprenta y Librería de Mayo.
- _____. (1888). *La ciudad de Vera, La cruz del milagro*. M. Biedma.
- _____. (1890). *Páginas históricas*. Coni.
- _____. (1892). *Premios militares de la República Argentina*. Coni.
- _____. (1928). *Crónica Histórica de la Provincia de Corrientes*. Espiasse y cía.
- MÁRQUEZ MIRANDA, F. (1942). Hallazgos arqueológicos chaqueños. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 3, 43.
- MEZA, M. (12-VIII-1958). El heroísmo del hachero correntino y una fecha para la historia del Chaco. En *El Territorio*. Resistencia.



- MIRANDA, G. (1955). *Tres ciclos chaqueños (Crónica histórica regional)*. Norte Argentino.
- _____. (1966). *Al norte del paralelo 28°*. Norte Argentino.
- _____. (1984). *Historia del cooperativismo chaqueño*. Fundación Co-secha.
- _____. (1985). *Fulgor del desierto verde (1925-1947)*. Región.
- MITRE, B. (1878). *Ayererécó Quahá Catú (Una provincia guaraní)*. La Nación.
- Municipalidad de Resistencia (8-VII-1923). *Decreto*. Digesto Municipal. Archivo Municipal.
- _____. (1924). *Boletín Municipal N° 1*. Archivo Municipal.
- MORRESI, E. (1971). *Las ruinas de Km 75 y Concepción del Bermejo. Primera etapa de investigación arqueológica histórica regional*. Instituto de Historia, Facultad de Humanidades, UNNE.
- OBLIGADO, M. (1925). *La conquista del Chaco austral: contribución a la historia*. Talleres gráficos Linari y cía.
- PALMA, F. (1939). *El coronel Genaro Berón de Astrada*. Imprenta Mercatali.
- _____. (1941). *Juan Eusebio Torrent. Apuntes biográficos*. Imprenta Nueva Época.
- Poder Ejecutivo de la Provincia del Chaco (1954). *Decreto provincial N° 2318 del 25-IX-1954*. Boletín Oficial.
- _____. (1946). *Manuel Leiva, pregonero de la organización nacional*. Colmegna.
- PUJOL VEDOYA, J. M. (1883). *Province de Corrientes. Son passé, son présent et son avenir*. Imprimerie de Marpon et Flammarion.
- QUE-SADA, V. (1857). *La provincia de Corrientes*. El Orden.
- _____. (1861). Fundación de la ciudad de San Juan de Vera de las Siete Corrientes. Historia de la fundación. La Cruz de los Milagros. Padrón de repartición de tierras de los años 1591 y 1598. *Revista del Paraná*.
- RAMÍREZ JUÁREZ, E. (1943). Fundación de las Reducciones de Nuestra Señora de Dolores, San Bernardo de Vértiz y Ciudad de Nuestra Señora de la Concepción del Bermejo. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, año V, (5).
- TISSERA, R. (1968). La misión del hombre en la tierra. En *El Territorio* (ed.) 50 años haciendo Chaco (p. 35). Resistencia.
- _____. (1972). La invertebrada historia del Chaco. *Región*, año III, (20).
- _____. (1972). *Chaco Gualamba, historia de un nombre*. Cultural Nordeste.
- _____. (1973). La región es el Gran Chaco. *Región*, Año V, (42).

- _____. (1976). *De la civilización a la barbarie*. Peña Lillo.
- _____. (1977). *Calendario histórico del Chaco (desde 1526 hasta 1976)*. Cultural Nordeste.
- TORRE REVELLO, J. (1968). Vida y obra de Manuel Vicente Figuerero. *Revista de la Junta de Historia de Corrientes*, (3).
- VEIRAVÉ, A. (1983). Chaco en el territorio de la imaginación. En Universidad Nacional del Nordeste (ed.) *Testimonios*. Facultad de Humanidades-UNNE.
- ZALAZAR, R. (1976). *Historia de la iglesia en el Chaco: reseña de sus hechos*. Moro Hnos.
- ZONI, C. (1973). A manera de prólogo. En H. F. Gómez (ed.) *La fundación de Corrientes y la Cruz de los Milagros*. Banco de la Provincia de Corrientes.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- ÁLVAREZ DE TOMASSONE, D. T., Romero, V. M. e Iturrioz, M. (2000). *El Museo Ichoalay, pionero de la cultura chaqueña*. Gobierno de la Provincia del Chaco.
- CAILLET BOIS, R. (1960). La historiografía. En R. A. Arrieta (ed.) *Historia de la literatura argentina* (T. VI). Peuser.
- DEVOTO, F. J. (1999). Entre ciencia, pedagogía patriótica y mito de los orígenes. El momento de surgimiento de la historiografía profesional argentina. *Estudios de historiografía argentina II*. Biblos.
- GOICOECHEA, H. N. (1990). Biobibliografía de Monseñor José Alumni (1907-1963). *Folia Histórica del Nordeste*, (9).
- MAEDER, E., Leoni, M. S., Quiñonez, G. y Solís Carnicer, M. del M. (2004). *Visiones del Pasado. Estudios de Historiografía de Corrientes*. Moglia Ediciones.
- OGARA, H. (1995). Ecos del centenario de la Independencia en el Chaco. La Exposición Regional. *Decimocuarto Encuentro de Geohistoria Regional*. IIGHI-Conicet.
- PALMA, J. (1971). Bibliografía de Valerio Bonastre. *Revista de la Junta de Historia de Corrientes*, (5-6).
- PHILP, M., Leoni, M. S. y Guzman, D. (eds.) (2022). *Historiografía argentina. Modelo para armar*. Imago Mundi.
- QUIÑONEZ, M. G. (2000). Entre el pasado y el presente: Historia y política en Corrientes en torno de la lucha contra la «tiranía rosista». *Revista de Historia de América*, (126). IPGH.
- RIVERA, A. A. (1984). *Bibliografía del Dr. Manuel Florencio Mantilla (1853-1909)*. IIGHI-Conicet.

- _____. (1994). *Contribución a la bibliografía histórica de Corrientes (1853-1910)*. IIGHI-Conicet.
- _____. (1990). Contribución para una bibliografía de Federico Palma. *Folia Histórica del Nordeste*, (9).
- _____. (1989). La revista de la Junta de Historia de Corrientes. Historia e índice (1966-1976). *Folia Histórica del Nordeste*, (8).
- ROMERO, J. M. R. (1967). Bibliografía de Hernán Félix Gómez. *Revista de la Junta de Historia de Corrientes*, (2).
- SÁNCHEZ DE LARRAMENDY, M. I. *El periodismo en Resistencia entre 1878-1950. Etapa territorialiana*. Inédito.
- SOLÍS CARNICER, M. del M. (2004). Entre la tradición y la renovación historiográfica. Federico Palma y su contribución a la historiografía correntina contemporánea. En *Visiones del Pasado. Estudios de Historiografía de Corrientes*. Moglia Ediciones.
- TARACENA ARRIOLA, A. (2000). Región e Historia. *Cuadernos Digitales: Publicación Electrónica en Historia, Archivística y Estudios Sociales*, (2). Universidad de Costa Rica.
- VALENZUELA, J. A. (1969). Bibliografía de Francisco Manzi. *Revista de la Junta de Historia de Corrientes*, (4).

Los autores

María Silvia Leoni es profesora titular de Introducción a la Historia y de Historia de la Historiografía, ambas por concurso, del Profesorado y la Licenciatura en Historia de la Facultad de Humanidades-Unne. Además, dirige el Doctorado en Historia de la Unne, dicta cursos de posgrado y de actualización y perfeccionamiento en el área, es Categoría I del Programa de Incentivos, coordina el Grupo de Investigación de Historia de la Historiografía y es autora de libros, capítulos de libros y de trabajos publicados en revistas especializadas y en actas de reuniones científicas. Ha colaborado en colecciones de historia argentina, organizado eventos científicos, coordinado mesas y es comentarista y panelista en congresos y jornadas nacionales e internacionales, y pertenece a comités académicos y editoriales de revistas especializadas nacionales y extranjeras.

Tomás Elías Zeitler es profesor en Historia por la Universidad Nacional del Nordeste y doctor en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente, se desempeña como profesor titular de Historia de América Independiente y jefe de trabajos prácticos de Historia de la Historiografía en la Facultad de Humanidades-Unne. Ha publicado capítulos de libros y artículos científicos en revistas nacionales y extranjeras, y organizó eventos científicos, coordinó mesas y es comentarista y panelista en congresos y jornadas. Es integrante del Grupo de Historia de la Historiografía, director del Departamento de Historia (2021-2023), codirector de proyectos de extensión y director de la Especialización en Historia Regional (FH-Unne).

Historia de la Historiografía se compuso y diagramó en Eudene, en el mes de mayo de 2024.



Rector

Gerardo Omar Larroza

Vicerrector

José Leandro Basterra

**Coordinación General de
Comunicación Institucional**

María Gabriela Bissaro

Gerente

Carlos Quiñonez



Aunque inicialmente su objeto central de estudio fueron los historiadores y sus escritos, la Historia de la Historiografía ha terminado por adaptarse a los cambios producidos en la disciplina histórica y hoy alude a una rama que examina su propia historia en todas sus dimensiones.

Los nuevos intereses historiográficos se vinculan con la emergencia de la memoria experimentada en las últimas décadas y con la circunstancia de que los distintos grupos sociales, políticos, étnicos han ido modificando sus relaciones con el pasado. La HH se interroga sobre estas vinculaciones con el pasado, el sentido del tiempo y la conciencia de ser parte de un hilo histórico.

Analizar las propuestas historiográficas claves, los debates recientes y la conformación del campo, pero también los vínculos de la historiografía con las memorias y los usos públicos de la historia, resulta hoy absolutamente indispensable para quienes se forman en esta disciplina.

HUMANIDADES

APUNTES DE CÁTEDRA



Universidad Nacional
del Nordeste



ISBN 978-950-456-229-1

9 789506 156228 1